INTRUSOS SIDERALES

GEORGE H. WHITE



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Intrusos siderales

George H. White

La Conquista del Espacio/057

CAPÍTULO PRIMERO

«Jodrell Bank, Manchester, 14. — Radioastrónomos de Jodrell Bank interceptaron un misterioso mensaje de radio procedente del espacio exterior.»

John Dukes leyó por dos veces el retazo de papel que acababa de llegarle del teletipo, e inmediatamente formuló una crítica mental contra el sujeto, quienquiera que fuese, que redactó la noticia.

«Un misterioso mensaje procedente del espacio exterior.» La noticia tenía «gancho». ¿Pero qué quería decir? Con unas cuantas palabras más, muy pocas, el informador podría haber arrojado mucha más luz sobre algo que, pudiendo ser interesante, resultaba ininteligible.

Dukes levantó sus azules ojos hasta la media docena de relojes que, uno a continuación de otro, señalaban la hora en distintas partes del mundo: Londres, Nueva York, San Francisco, Honolulú, Manila y Moscú. Eran casi las once de la noche en San Francisco, las siete de la mañana en Londres. En Nueva York eran las dos de la madrugada y las grandes rotativas estarían ya lanzando su edición de la mañana.

Si el parte facilitado por Jodrell Bank resultaba una noticia del estilo de las que le gustaban a Dukes, el San- Francisco Star podría beneficiarse de la diferencia horaria y ser el primero en darla en todo el país.

Con el papel en la mano, Dukes abandonó su mesa, cruzó la ruidosa sala de redacción con su embarullado teclear de máquinas, voces y timbres de teléfono, y se dirigió al despacho encristalado de el gran jefe Ojo de Aguila, vulgarmente conocido por William Allen, jefe de redactores.

Aún antes de entrar, Dukes advirtió que Allen no estaba solo. Una joven alta estaba de pie junto a Allen, inclinada sobre un montón de fotografías.

«Ahí tenemos a esa lagarta», se dijo Dukes, contrariado.

La «lagarta» era Yvonne Hotchkiss, una muchacha de largas piernas que figuraba en la nómina del Star desde hacía dos semanas, y que desde entonces iba incansablemente de un lado a otro con su cámara al hombro en busca de reportajes gráficos.

Pese a la dudosa originalidad de sus fotografías, Ojo de Aguila le publicaba dos o tres cada día. Era natural. La señorita Hotchkiss era la hija de uno de los editores del periódico y estaba allí para aprender el oficio «partiendo del primer peldaño».

Dukes irrumpió en el despacho de Allen según tenía por costumbre; es decir, abriendo bruscamente la puerta y promoviendo una corriente de aire que siempre' hacía volar los papeles sueltos que Allen tenía sobre la mesa.

—¡Dukes, algún día vas a hacer saltar esa puerta de sus goznes, y te descontaré de tu sueldo la compostura! —chilló Allen, mientras atrapaba de un zarpazo un papel en el aire.

—Sí, gran jefe —dijo Dukes, imperturbable—. Aquí tenemos un pedazo de basura que quizá tenga miga.

—¡Cierra esa puerta! ¡Y no me llames gran jefe!

—Sí, gran jefe.

Los grandes ojos de la señorita Hotchkiss estaban fijos en Dukes con expresión regocijada. Tenía unos ojos muy bonitos, justo era reconocerlo, de un azul profundo, casi violeta, y con largas pestañas. Sus cabellos eran largos y rubios, aunque probablemente no de un rubio natural.

—Veamos qué traes ahí —gruñó Allen, arrebatando el papel a Dukes.

Le echó un vistazo. William Allen solía alardear de tener un ojo infalible para barruntar una gran noticia, de ahí su apodo burlón de el gran jefe Ojo de Aguila.

—Tienes razón, esto es basura —dijo, haciendo una bola con el papel y arrojándola a la papelera.

—Jefe, ahí puede haber una noticia —indicó Dukes.

—Yo puedo oler una noticia a mil millas de distancia —replicó Allen, Ojo de Aguila—, Ahí no hay nada. Un mensaje misterioso procedente del espacio exterior, ¡bah! Todavía recuerdo aquella noticia, hace años, en que un aficionado a la radioastronomía anunció haber recibido señales de radio de las estrellas, suponiendo que eran los habitantes de otro mundo que intentaban comunicarse con la Tierra. Esa puede ser una noticia para tu «fanzine», John. No para un periódico serio como el nuestro.

—¿Me permite nacer una llamada a larga distancia?

—¿A Jodrell Bank? ¡Ni lo sueñes, no a cargo del periódico, por supuesto!

—Sólo quiero telefonear a Stanford. Tengo un amigo funcionario de la NASA trabajando en el radiotelescopio de la Universidad de Stanford. Si Jodrell Bank captó un mensaje procedente del espacio exterior, cabe en lo posible que mi amigo lo escuchara también.

—Vete a buscar un teléfono público, llama desde él y aprovecha la noticia para tu ridículo «magazine» de ciencia ficción —dijo Allen con

aspereza.
En efecto, y aparte su empleo como periodista de plantilla del Star, Dukes publicaba por cuenta propia, con la colaboración de algunos jóvenes entusiastas de la ciencia-ficción, un «magazine» de modesta difusión.
Dukes se disponía a dar media vuelta para salir del despacho cuando intervino la señorita Hotchkiss.
—¿Por qué no le permite que haga esa llamada, jefe? ¿Qué puede perderse con hacerlo?
Bill Allen, que en su vida había sido otra cosa que un mediocre periodista, encaramado a su puesto de redactor jefe a fuerza de adulaciones para con los editores y brusquedades para con sus periodistas, arrió los foques y movió hábilmente la caña del timón dando un giro de 180 grados.
—Después de todo, Stanford no está muy lejos —farfulló—. Haz esa llamada, pero sé breve.
Un poco contrariado por tener que deberle este favor a la señorita Hotchkiss, Dukes descolgó el teléfono, solicitó a la telefonista larga distancia y tomó asiento en el borde de la mesa, dando la espalda a Bill Allen y a la señorita Hotchkiss.
Allen conectó el interfono al teléfono para poder escuchar a la vez lo que hablaba su periodista y lo que decían desde Stanford.
—¿Universidad de Stanford? Deseo hablar con el señor Krebs.
—Espere un momento, voy a ponerle con el laboratorio radioastronómico —contestó la soñolienta voz del vigilante nocturno.
Repiqueteó un timbre. Levantaron el aparato.
—¿Sí?
—Por favor, ¿quieren decirle al señor Krebs que se ponga al teléfono? Es de parte de su amigo, John Dukes.
—¿Quiere tener la bondad de esperar un minuto? No se aparte —contestaron desde el otro extremo de la línea.
Pasó un minuto antes de que Krebs tomara el teléfono.
—¿Dukes?
—Si, soy yo. ¿Eres Tom? Oye, disculpa que haya venido a molestarte, pero tengo aquí un galimatías que acaso tú puedas resolverme. Se trata de un parte de Jodrell Bank que acabo de recibir por teletipo.
—¿Un parte de Jodrell Bank? —exclamó Krebs con voz alterada—. Esto me lo venía temiendo yo. ¿Qué dice ese parte?
—Dice así: «Radioastrónomos de Jodrell Bank interceptaron un misterioso mensaje de radio procedente del espacio exterior».
—¿Nada más?
—Sólo eso. Oye, Tom, con sinceridad. ¿Habéis recogido vosotros también ese mensaje? ¿En qué reside su misterio? ¿De qué se trata? —interrogó Dukes con vivacidad.

Se produjo un breve silencio, como si Krebs dudara antes de contestar.
—Tom —repitió Dukes—. Tú sabes algo.
—No puedo decir nada, John, no por teléfono.
—¿Cuántas millas hay hasta Stanford?
—Cincuenta y dos, más o menos...
—Estaré ahí en una hora.
—No vengas, nos veremos mañana.
—Mañana puede ser tarde. Tengo toda la redacción en suspenso, esperando a saber el tamaño de los tipos que deberán encabezar esta noticia.
—Es que no te dejarán entrar, John —gimió Krebs.
—Tú eres alguien ahí, ¿o no?
—Bueno, sí, pero...
—Tom, tengo la impresión de que algo importante está ocurriendo. No te reprocho que quieras guardar el secreto, si es que te han ordenado tener la boca cerrada. Pero yo soy un periodista y mi deber es tener informado al público. Voy a ir. Y no te preocupes, no mencionaré tu nombre ni siquiera que somos amigos, si eso te importa.
—Bueno, John —murmuró Krebs, resignado—. Te conozco y sé que nada te impedirá venir. Y ya que vienes… no olvides de traer contigo ese despacho de Jodrell Bank. Puede servirte de salvoconducto.
—Gracias, Tom —se despidió Dukes. Y colgó el aparato en su horquilla, volviéndose hacia Allen con una sonrisa burlona.
—¿Y bien, gran jefe? —preguntó.
—Bien mirado, tu amigo no nos ha dicho gran cosa —gruñó Allen.
—¿De veras piensa eso, Allen? Yo creo, por el contrario, que nos ha dicho mucho aun sin querer decirlo —rebatió Dukes—, Es evidente que Krebs se alteró mucho cuando le notifiqué que habíamos recibido un despacho de Jodrell Bank. Dijo: «Esto me lo venía temiendo yo». ¿Qué era lo que temía? Evidentemente, que Jodrell Bank u otro observatorio radioastronómico se les adelantara.
—¿Se les adelantara en qué? —inquirió Allen, incisivamente.
—No me lo pregunte, no lo sé. Krebs mostró mucho interés por conocer el contenido de ese despacho, y luego agregó: «¿nada más?» Luego en Stanford saben mucho más que en Jodrell Bank sobre ese «misterioso mensaje procedente del espació exterior». Es por otro lado que existe una censura sobre el asunto. Krebs se negó a comentarlo por teléfono. Y me advirtió que probablemente no me permitirían entrar. No obstante, si llevo conmigo el despacho de Jodrell Bank, puede servirme de salvoconducto. Si detrás de todo esto no se oculta alguna noticia sensacional, o estoy loco o no he aprendido todavía a interpretar el significado de las palabras.
Bill Allen tamborileó en el borde de la mesa con los dedos, al tiempo

que espiaba a la señorita Hotchkiss con el rabillo del ojo.
—Está bien, John. Puedes ir a ver si pescas algo —autorizó. Añadiendo a continuación—: Pero conste que es una tonta jactancia eso de decir que tienes a toda la redacción en suspenso..., esperando a que tu decidas el tamaño de las letras que deberá encabezar tu noticia.
—Sólo fue una argucia. Dejaré a usted que tamaño de los tipos y las columnas que llenará mi titular —dijo Dukes. sonriendo. Y salió rápidamente del despacho.
—Jefe, ¿puedo acompañar a Dukes? —preguntó la señorita Hotchkiss apenas el periodista hubo salido.
—¿Ir con él? —dijo Allen asombrado—. ¿Para qué? Lo más seguro es que se vuelva con el rabo entre piernas. Ni siquiera van a dejarle entrar.
—Usted no siente muchas simpatías por Dukes, ¿verdad?
—¿Sentir simpatía por Dukes, dice? ¿Acaso es simpático él? —exclamó Allen—, Admito que es un buen periodista. Dinámico, jovial, intuitivo... No hay lugar donde Dukes no pueda entrar si se lo propone. Sólo cuando se trata de asuntos relacionados con cosas del espacio pierde la chaveta. El edita una pequeña revista sobre temas científicos.... una especie de folletín dedicado a un público minoritario que cree en los platillos volantes y demás tonterías por el estilo.
—¿Puedo ir con él? —insistió Yvonne, viendo a través de los cristales a Dukes que recogía su sobretodo, introduciendo en el bolsillo una libreta de apuntes.
—Está bien, vaya con él si cree que merece la pena —gruñó Allen.
Ivonne colgó de su hombro la caja de acumuladores del flash, cogió su cámara y su gabardina y fue a inclinarse sobre la papelera, rescatando la pelota de papel que Allen arrojara en ella poco antes.
Salió corriendo del despacho, cruzando la oficina en persecución de Dukes y llamándole:
—¡Señor Dukes! ¡Señor Dukes!
John Dukes se detuvo y se volvió a mirarla con extrañeza. La joven le tendió la pelota de papel.
—Olvidaba usted su salvoconducto.
—¿El despacho de Jodrell Bank? Es verdad, lo olvidé. Gracias.
—Allen me autorizó para que fuese con usted. El piensa que tal vez necesite los servicios de un buen fotógrafo.
Dukes la miraba con socarronería.
—¿Lo es usted?
Las mejillas de la muchacha se cubrieron de rubor. En sus bellas pupilas se reflejaron la contrariedad y la humillación.
—Puede que yo no sea muy buen fotógrafo —dijo agresivamente—. Pero tal vez su reportaje no merezca nada mejor.

—Está bien —sonrió Dukes, apaciguándola con un gesto—. No crea que soy tan tonto que no me he dado cuenta que le debo este favor. Allen sólo accedió a dejarme salir cuando usted intercedió por mí... Puede venir conmigo. Después de todo, no sabría cómo evitarlo.
—Gracias —dijo Yvonne entre dientes. Salieron de la oficina y entraron juntos en el ascensor. Dukes nunca había estado tan cerca de la señorita Hotchkiss como en esta ocasión. Ella era una buena moza, rebasando con su cabeza el hombro de Dukes y esto a pesar de que Dukes era ya un hombre alto. Calzaba botas altas de cuero negro y vestía una minifalda que dejaba admirar hasta mucho más arriba de las rodillas la esbeltez de unas bonitas piernas enfundadas en gruesas medias de punto de algodón.
Dukes deshizo la bola de papel, alisó éste cuidadosamente y lo plegó antes de guardarlo en el bolsillo de su americana.
Una fina llovizna abrillantaba el asfalto de la zona de aparcamiento del edificio, mientras que los focos eléctricos sacaban reflejos metálicos de las carrocerías de los coches allí estacionados.
Dukes se dirigió hacia su coche «Ford» de dos años.
—¿Es éste su auto? —preguntó Yvonne, mientras Dukes buscaba la llave.
—Sí.
—¿Por qué no utilizamos el mío?
—¿Cuál es el suyo? — interrogó Dukes, mirando en derredor.
—Aquél —señaló la señorita Hotchkiss.
Dukes vio un auto deportivo rojo, ancho, bajo y en forma de afilada cuña, con gruesos neumáticos que casi casi rebasaban el ancho de la carrocería, una máquina bella y a la vez poderosa, que se mantenía montón de armatostes recargados de cromados como un galgo de pura raza que desdeñara la promiscuidad con una jauría de perros mestizos.
Dukes, que admiraba cualquier cosa que representara un avance de la técnica y la ciencia, se acercó al automóvil rojo.
—¿Europeo?
—sí- Un «Alfa Romeo» carrozado por Bertone. Serie limitada.
—Sólo para escogidos, ¿eh? Este chisme debe correr mucho.
—Si le parece bien haremos el viaje en él.
—No. Prefiero ir en mi propio auto.
—¿Tiene miedo?
Su vanidad masculina no le permitía a Dukes admitir que lo sentía.
—Está bien, iremos en su auto —refunfuñó.

CAPÍTULO II

Deslizándose suavemente a lo largo de Palm Drive, una amplia avenida bordeada de palmeras, el «Alfa Romeo» pasó entre los pilares de piedra arenisca que guardaban la entrada a los 9.000 acres del campus de la Universidad de Stanford. Desde este punto, siguiendo las indicaciones de sucesivos carteles, subieron por una serpenteante carretera hasta la colina donde se alzaba el edificio del Observatorio Radioastronómico.
Con un último ronquido, el poderoso motor del deportivo enmudeció en la zona de aparcamiento frente al edificio principal. En Palo Alto no había llovido una sola gota. Iluminada por los focos eléctricos, destacaba sobre el fondo negro del cielo nublado la metálica estructura que sostenía la enorme antena parabólica de cuarenta y ocho metros de diámetro.
Junto a la puerta de entrada al edificio montaba guardia un soldado de la policía militar con casco de acero y metralleta al hombro, bien arrebujado en su capote.
De una sola mirada, Dukes advirtió la presencia de dos automóviles militares. Uno de ellos era un jeep con las siglas «P. M.» en gran tamaño sobre el capó. El otro coche era una limousine cerrada de color mostaza con estrellas de general en la portezuela.
Dukes esperó a que Yvonne Hotchkiss se reuniera con él, señalándole la guardia y diciendo:
—¿Se da usted cuenta? El Ejército ha ocupado el observatorio.
—¿Eso es bueno o malo para nosotros?
—Vamos a verlo —repuso Dukes, echando a andar.
El soldado empuñó su metralleta al ver acercarse a la pareja.
—¡Alto! ¿Dónde van ustedes?
—Somos los chicos de la Prensa —dijo Dukes con desparpajo—. Estamos citados con el general.
—Quédense donde están —ordenó el soldado. Abrió la puerta y llamó a voz en cuello—: ¡Cabo!
Un cabo de la policía militar salió por la puerta.
—Son periodistas —señaló el soldado—. Dicen que les llamó el general.
—¿Sus nombres? —interrogó el cabo.
—Yo soy John Dukes, del San Francisco Star. Ella es la señorita Hotchkiss, fotógrafo.
—¿Puedo ver sus credenciales?
Dukes echó mano al bolsillo y sacó su carnet profesional. El cabo le echó un vistazo y se quedó con él, diciendo:
Le será devuelto al salir, si es que les recibe el general.
—Entréguele este papel junto con mi carnet —dijo Dukes, sacando el arrugado despacho recibido por teletipo—. Su general nos recibirá.
El cabo tomó el papel y desapareció por la puerta de cristales

esmerilados. Dukes sacó un paquete de cigarrillos. ofreció a la señorita Hotchkiss y tomó otro para si. Le dio fuego a la muchacha, encendió el suyo y ambos se alejaron discretamente de la puerta.
—¿De veras cree que nos recibirán? —preguntó la joven.
—Tengo ese presentimiento.
—¿Cómo interpreta usted ese despacho de Jodrell Bank? Por más vueltas que le doy no alcanzo a entenderlo.
—Algo debe estar ocurriendo allá arriba —señaló Dukes a una zona de cielo estrellado entre las nubes—. Tal vez un astronauta perdido, demandando angustiado auxilio desde una cápsula que se aleja sin posibilidad de volver... Tal vez unas señales de radio procedentes de otro mundo habitado, descubriendo por primera vez la existencia de una vida inteligente en las estrellas...
—No tenemos astronautas en el espacio en este momento, ¿verdad?
—No que sepamos. Lo cual no quiere decir que no haya sido lanzado alguno en secreto. Todo este despliegue militar debe tener su motivación. Algo, no sabemos qué, se le está ocultando al mundo.
—¿Usted es muy aficionado a la ciencia-ficción, no es cierto?
—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?
—Bill Allen lo dijo allá en la redacción.
—Es cierto, el gran jefe Ojo de Aguila se burló de esta afición mía. No le guardo rencor, Allen en el fondo sólo es un pobre hombre.
En este momento el cabo que les había atendido al llegar salió por la puerta y les llamó. Dukes arrojó su cigarrillo y se acercó seguido de la señorita Hotchkiss
—El general Perkins les recibirá —dijo el cabo. Y devolvió a Dukes su carnet de periodista.
Poco después los dos visitantes eran introducidos en una oficina de regulares dimensiones, amueblada con muebles funcionales de sobria sencillez. Sobre una mesa había un teléfono blanco, y formando parte de una estantería, junto a algunos libros, se veía un receptor de televisión.
Yvonne Hotchkiss se dejó caer en una butaca mientras Dukes consultaba su reloj de pulsera. Eran las doce en punto.
—Edwin Barnes debe estar para comenzar su boletín de noticias —dijo.
Se dirigió al televisor, lo conectó a la red y pulsó el botón de encendido. Mientras se calentaban las válvulas iba surgiendo del aparato la sintonía musical del noticiero «Veinticuatro horas». Edwin Barnes, comentarista de la televisión, apareció en imagen sentado ante su mesa.
—Buenas noches, amigos. Antes de resumir las principales noticias del día, vamos a darles cuenta del despacho recibido desde el Observatorio Radioastronómico de Jodrell Bank. El profesor

Greenhow, director de dicho centro, informa haber captado un mensaje de radio procedente del espacio exterior...

En este momento se abría la puerta de la oficina y el general Perkins se paraba a escuchar. Era un hombre de unos cincuenta años, alto y enjuto, de estirado y expresión grave.

El comentarista continuaba:

—La misteriosa voz, escuchada y grabada por los radiotécnicos de Jodrell Bank, se expresa al parecer en un idioma desconocido. Una primera investigación ha demostrado que no se trata de una lengua corriente Los filólogos británicos aseguran no haber encontrado raíces que puedan asociar este idioma con ninguno de los que actualmente se hablan en la Tierra. ¿Estamos ante un hecho insólito, cual sería la recepción, por primera vez en la historia, de un mensaje radiado procedente de otro mundo? La respuesta podría ser decepcionante. Rusos y chinos podrían haber lanzado al espacio una nave tripulada por astronautas que utilizaran para sus comunicaciones algún dialecto local poco conocido. Los propios norteamericanos podríamos emplear astronautas de las tribus cheyenne o navajo cuyo idioma sólo es conocido por unos pocos miembros de miembros de esas tribus. Respecto al misterioso mensaje, se dice que «es como si una grabadora repitiera incansablemente las mismas palabras». Ciertamente el asunto aparece un tanto embrollado y misterioso. Mientras los hombres de ciencia tratan de desentrañar este enigma, vamos a pasar revista a los acontecimientos del día.

John Dukes oprimió un botón, y la imagen y la voz se desvanecieron.

—¿El general Perkins? —dijo Dukes, saliendo al encuentro del militar.

Perkins estrechó de mala gana la mano del periodista. A continuación mostró a éste el arrugado papel que tenía en la mano.

—¿Ustedes vinieron por este despacho de Jodrell Bank?

—En efecto. —Dukes hizo una seña a la señorita Hotchkiss, quien se puso en pie aprestando su cámara—. Si no es molestia para usted nos gustaría tomarle una foto...

—Déjense de tonterías —rechazó Perkins con gesto de enojo—. No ha lugar a que ustedes me retraten. Nada puedo añadir a lo que ya conoce todo el mundo gracias a esa indiscreción de los ingleses.

—General Perkins, un periodista conocedor de su oficio cuenta de antemano con las evasivas de sus entrevistados. Siento decirle que su negativa va a servirle de poco. Antes de una hora habrá aquí una nube de periodistas tratando de buscar una respuesta a la misma pregunta. Cuando una agencia de noticias envía una información, generalmente lo hace para todos sus abonados. Centenares de cablegramas idénticos a este habrán sido repartidos por todo el país a la velocidad que normalmente transmite un teletipo. Nosotros nos encontrábamos más cerca y fuimos los primeros en llegar, pero dentro

de poco habrá aquí muchos otros periodistas. Las llamadas telefónicas van a lloverles desde todas partes. Usted calificó de «indiscreción» la noticia lanzada desde Jodrell Bank. ¿Puedo preguntarle por qué? Existe alguna razón especial para mantener en secreto lo que está ocurriendo?
Se vio vacilar al general Perkins.
—Después de esto, tal vez ya no.
—¿Es cierto lo que suponemos? ¿Stanford fue el primer radiotelescopio en recoger ese misterioso menaje procedente del espacio?
—Hace una semana nuestros técnicos captaron por casualidad esa voz y la registraron en cinta magnética.
—¿Los norteamericanos no tenemos actualmente en espacio ninguna nave tripulada por astronautas navajos o cheyennes, verdad?
—No.
—Con una ventaja de siete días sobre los británicos, supongo que nosotros hemos podido averiguar cuál es se idioma ininteligible...
—No.
Como un chispazo brilló vivaz en los ojos de Dukes el interés.
—Entonces..., ¿cabe que se haya producido el hecho insólito al que se refería Edwin Barnes? ¡Alguien nos está enviando un mensaje desde las estrellas! —exclamó.
—Nada de eso. La fuente emisora de esa voz se encuentra mucho más cerca de lo que suponen los ingleses.
—¿En Marte quizá? Tal vez en algún otro planeta de nuestro propio sistema solar...
—No puedo ser más explícito, señor Dukes, lo siento.
La más elocuente decepción se pintó en el rostro de John Dukes.
—¡Pero si ya casi lo ha dicho todo, general!
—Si, tal vez hablé demasiado y no es suya la culpa.
—Tendré que publicar lo que sé..., dando por supuesto lo que usted no dijo y permitió adivinar.
—Señor Dukes, le ruego que no publique nada acerca de nuestra entrevista. Arruinaría usted mi carrera.
Todo cuanto estamos haciendo se halla bajo el más estricto secreto militar.
—¿No le parece a usted absurdo pretender guardar en secreto algo que los ingleses ya han proclamado a voces? ¿Cuánto calcula que tardarán en averiguar que esa voz no pertenece a ninguno de los idiomas ni dialectos que se hablan en la Tierra? ¿Un día? ¿Dos días?
El embarazo del militar, no sólo era evidente, sino casi patético. Perkins estaba en un apuro y tuvo que buscarle pronta solución a su problema.
—Señor Dukes, usted no publicará nada de nuestra entrevista... o me

veré obligado a retenerles bajo custodia militar.
—¡Por Dios, usted no puede hacer eso! —protestó Dukes—. Somos periodistas, no estamos bajo jurisdicción militar.
—Voy a proponerle un pacto..., un pacto ventajoso para todos. En primer lugar debo comunicarme con Washington si el mando militar considera innecesario mantener el secreto por más tiempo, usted tendrá su premio en forma de copiosa información de primera mano Si pese a todo decide el mando continuar guardando el secreto por uno o dos días más usted tendrá que esperar y comprometerá su palabra de no publicar nada hasta en tanto el secreto no sea levantado.
—¿Cuál es la ventaja para nosotros en el caso segundo? —protestó Dukes, acalorado—. Cuando el secreto deje de ser un secreto, será noticia para todos, sin primicias para nadie, y menos para mi si permanezco aquí bajo arresto.
—No sea usted absurdo —dijo Perkins irritado-. Mientras el Pentágono dé a la Prensa un lacónico comunicado oficial, usted ya tendrá en su libreta un montón de notas con todos los detalles del asunto Es decir, aunque forme en la línea de salida con los demás, usted tendrá la ventaja de poder correr directamente a la redacción de su periódico, mientras sus compañeros todavía no han iniciado la carrera en busca de información y de dónde obtenerla ¿Qué me dice?
Dukes no tuvo que meditar mucho su respuesta.
—Si, me conviene. Y ahora que formamos parte de secreto militar... ¿Nos permitirán escuchar esa misteriosa voz?
—Síganme al laboratorio —indicó el general con una seña—. Dejen aquí su cámara y sus sobretodos.
Yvonne Hotchkiss y John Dukes siguieron al general hasta el corredor, y luego a lo largo de éste en dirección a la puerta cristalera del fondo. Al pasar ante la puerta abierta de una oficina, Dukes alcanzó a ver el uniforme azul de un especialista de la armada sentado ante un teletipo.
—¿Tenemos también colaborando a la marina? —Preguntó el periodista.
—Tuvimos que instalar un teletipo auxiliar con línea recta a Washington y el mando de operaciones de la Defensa Aérea en Colorado Springs.
—¿Cuando escucharon por primera vez el mensaje del espacio?
—Hace una semana, por puro azar. El radiotelescopio está ocupado actualmente en la operación de rastreo del último «Mariner» que enviamos a Marte. El señor Krebs registró esa voz en cinta magnética, interesó en el asunto al director del observatorio y trataron por su cuenta de descifrar el mensaje. Pero no les fue posible. La voz que ustedes van a escuchar no corresponde a ninguno de los idiomas hablados en la Tierra.

CAPÍTULO III

El general empujó la puerta y entraron en una amplia sala, cuyos muros aparecían prácticamente cubiertos de paneles de registro, con un largo banco de control adosado a la pared del fondo.
Había siete u ocho hombres en el laboratorio, pero la única voz que se escuchaba procedía de un gran altavoz suspendido sobre el banco de control. Era una voz tranquila, metálica, inexpresiva y extrañamente fría Esta voz, de la que Dukes ni la señorita Hotchkiss comprendieron una sola silaba, cesó al cabo de breves segundos. Se produjo entonces como un relajamiento colectivo de cuantos se encontraban en la sala. Los hombres rompieron su tensa inmovilidad y empezaron a charlar. Fue entonces cuando advirtieron la presencia de los periodistas, fijándose especialmente en la esbelta y atractiva figura de Yvonne Hotchkiss.
Thomas Krebs hizo una leve seña de reconocimiento a Dukes, mientras un hombre de unos cincuenta años, ligeramente grueso y calvo, con grandes gafas de montura de carey, salía al encuentro del general Perkins. Este hizo las presentaciones:
—El profesor Zinsser, director del Observatorio. La señorita Hotchkiss y el señor Dukes, periodistas.
—¡Periodistas! —exclamó asombrado el profesor—. ¿Quién les autorizó la entrada?
—Yo lo hice bajo mi responsabilidad —aclaró el general—. Tanto el señor Dukes como la señorita han comprometido su palabra de no publicar nada hasta tanto no sea levantado el secreto. En verdad, el secreto es ya casi del dominio público. La televisión acaba de comentar el ultimo despacho recibido de Jodrell Bank. Los ingleses captaron también esa voz, la registraron en cinta magnética y han estado investigando sobre ella, llegando a la conclusión de que, probablemente, no corresponde a ningún idioma de los que se hablan en la Tierra.
El profesor Zinsser puso cara contrita. En este mismo instante se dejó oír una especie de zumbido modulado.
—¡Zuump..., zuump..., zuump!
Todas las miradas se volvieron hacia el altavoz.
—Es su contraseña —dijo Perkins—. Siguen ocho segundos de silencio y a continuación el mensaje, que dura veintiséis segundos justos,
Siguió un silencio tenso, sólo animado por el zumbido animado de la corriente eléctrica en el amplificador. Transcurrieron más de doce segundos.
—¡Que extraño!— murmuró el profesor Zinsser—. Es la primera vez en una semana que se interrumpe ese mensaje.
—Algo debe andar mal. Comprueben sus aparatos.
Siguieron unos instantes de desconcierto entre los técnicos. Las

bobinas giraban en el equipo de grabación, pero el altavoz seguía mudo. Los especialistas seguían comprobando cada indicador del intrincado panel de instrumentos. El sobresalto vino en forma una voz que gritaba:

—¡Señales de televisión!

—¿Qué? —chilló el general Perkins.

—¡Señales de televisión! ¡Están transmitiendo por imagen!

Un hombre con bata blanca, el escudo de la NASA bordado sobre el bolsillo superior izquierdo, corrió hacia un panel de control.

—¡Pronto, prepárense a grabar en video! —gritó— ¡Cogswell, conecte la pantalla!

Había una pantalla de televisión incrustada en el muro entre los demás instrumentos. Todos cuantos se encontraban en el laboratorio abandonaron sus puestos y avanzaron cerrándose en semicírculo sobre la pantalla.

La pantalla se iluminó, y una imagen se fijó en el cristal cobrando rápidamente vigor y nitidez.

Dukes, que había seguido al grupo y se encontraba en última fila, mirando por encima de la calva del profesor Zinsser, vio algo que, a sus ojos profanos, no era ni más ni menos que una carta de ajuste.

La figura principal y que primero llamaba la atención, por ocupar tres cuartos de la superficie total de la pantalla, era un gran sol llameante. O lo que era lo , mismo, un círculo rodeado de pequeñas lenguas onduladas,. en la forma elemental que un escolar representaría al sol. En el centro del círculo, unos signos cabalísticos recordaban la forma peculiar de la escritura arábiga. Por último, en cada una de las cuatro esquinas se advertía un pequeño círculo dividido en tres sectores de distintos tonos grises.

—¡Una carta de ajuste! —exclamó Dukes

El profesor Zinsser se volvió para lanzarle una mirada de censura.

—¿Qué sabe usted? —gruñó

—Es lo que parece, ¿no? —respondió Dukes, contrito.

Los técnicos guardaban silencio. No sólo parecían impresionados, sino también como asustados. Hasta que el general Perkins habló y dijo:

—Eso tiene sentido. Si están preparándose para enviarnos su imagen, es de lógica que transmitan antes su carta de identificación.

—La recepción es muy buena —observó Krebs—. Además, creo que están transmitiendo en color. Esos sectores en los círculos pequeños de las esquinas deben corresponder a los tres colores elementales: rojo, amarillo y azul.

—¿Tenemos receptor de televisión en color? —preguntó Perkins al profesor Zinsser.

—Sí, pero no aquí. Habría que traerlo del aula de Ciencias Naturales.

—Bien, no importa. En color o en grises, si nos envían su imagen veremos igual qué aspecto tienen.
—¿De donde Proceden esas emisiones? —preguntó Dukes—, ¿Vienen de Marte, o de algún otro planeta?
En el ambiente electrizado del laboratorio, toda reserva había sido olvidada. Los hombres, incluso el general Perkins, estaban excitados. Fue el profesor Zinsser quien asumió espontáneamente la tarea de informar :
—Sabemos que la fuente emisora no está en ninguno de los planetas vecinos. Proceden de un móvil que se desplaza en el espacio, acercándose a la Tierra a la increíble velocidad de treinta y cuatro millones de kilómetros por hora; o sea, unos quinientos setenta mil kilómetros por minuto. La primera operación de paralaje, verificada en la noche del día nueve, empleando simultáneamente nuestro radiotelescopio y el radiotelescopio de Greenbank, en Virginia Occidental, situó al móvil a una distancia de tres mil doscientos ochenta y tres millones doscientos mil kilómetros. Los paralajes siguieron los días once y doce, demostrando que el móvil se desplazaba a una velocidad constante de treinta y cuatro millones doscientos mil kilómetros por hora.
—¿Se trata, entonces, de una aeronave con sistema de propulsión propio? —interrogó Dukes, excitadísimo.
—No lo sabemos. Podría ser también un asteroide de regular tamaño, una especie de vagabundo del espacio, en cayo interior alguien hubiera instalado una emisora de radio con un dispositivo automático para empezar a emitir un mensaje al aproximarse a otros cuerpos celestes de gran masa.
—¿Una especie de sonda espacial sin tripulantes?
—Nuestros conocimientos sobre el cosmos reducen a un mínimo las probabilidades de que una nave tripulada por seres vivos pueda llegar hasta nosotros desde la remota lejanía de otros mundos habitados.
—¿Pero no es absolutamente imposible, verdad? —insistió Dukes.
—Amigo mío, la barrera que nos separa de las estrellas no es la distancia, sino el tiempo. Suponiendo que dispusiéramos de una astronave que viajase a la velocidad de la luz, o sea, trescientos mil kilómetros por segundo, invertiríamos un trigésimo de segundo en cubrir la distancia San Francisco-París; un segundo y cuarto en ir de la Tierra a la Luna; ocho minutos, de la Tierra al Sol, y cinco horas y media, hasta Plutón, el más exterior de los planetas de nuestro sistema. A partir de esta última frontera, nos adentraríamos en un enorme vació, en el que viajaríamos durante cuatro años y medio antes de alcanzar la estrella más cercana a nosotros, Próxima Centauro. Para llegar a la constelación más próxima a nosotros, Andrómeda, nuestra astronave tendría que viajar durante un millón de

años; tres millones de años para alcanzar la espiral conocida por Messier 81, y mil millones de años hasta el punto correspondiente al poder de ampliación del telescopio de cinco metros de diámetro de Monte Palomar. Si consideramos la duración media de la vida del hombre y los tiempos citados...

—Perdone que le interrumpa, profesor —cortó Dukes—. Usted está utilizando medidas de tiempo «terrestres», aplicadas a criaturas «terrestres». ¿Pero qué sabemos de la duración de la vida en otros mundos? Inclusoen la Tierra, la duración de la vida no es la misma para todas las especies animales. Mientras el hombre raramente alcanza el siglo de edad, sabemos de elefantes que vivieron ciento cincuenta años, tortugas que han vivido trescientos años y ballenas que se calcula llegaron a contar cinco siglos. Pero esto ocurre solamente en el reino animal. Por el contrario, si nos trasladamos al reino vegetal, encontramos numerosísimos ejemplos de árboles varias veces centenarios, entre ellos nuestra propia sequoia gigante californiana, algunos de cuyos ejemplares se calcula tienen hasta cuatro mil años de edad. Resulta, por tanto, aventurado suponer que el tiempo pueda constituir un obstáculo mayor que la distancia para seres de otros mundos que tal vez no estén constituidos como nosotros.

—Indudablemente, tiene usted razón profesor —admitió el profesor Zinsser—. No obstante sigo en mi opinión de que no se trata de aeronave tripulada alguna, sino de un simple asteroide que la casualidad trajo hasta nuestro sistema solar.

—¿Cómo es posible que después de una semana sepamos tan poco de ese asteroide o astronave? ¿Ninguno de nuestros telescopios le ha visto?

—No. Tenga en cuenta que hace sólo veinticuatro horas todavía se encontraba a ochocientos veinte millones de kilómetros de la Tierra, o sea, aproximadamente a la distancia de Júpiter, demasiado lejos para el alcance de nuestros mayores telescopios, sobre todo considerando que debe tratarse de un cuerpo relativa mente pequeño.

—¿Dónde suponen que pueda encontrarse en estos momentos?

—Si no ha frenado su velocidad, debe encontrarse en algún punto muy cerca de la Tierra.

En este momento, Richard Cogswell, que permanecía atento a la pantalla de televisión, dio la voz de alerta:

—¡Atención, algo está ocurriendo!

Todos los ojos se volvieron hacia la pantalla. Esta parecía cruzada de líneas horizontales en movimiento. La carta de ajuste había desaparecido y súbitamente apareció una imagen en blanco y negro, clara y perfectamente contrastada.

Era una imagen de la Luna, semejante a las panorámicas que los

astronautas del programa Apolo enviaron repetidamente a la Tierra. La única diferencia consistía en que en vez de circunvalar la Luna, la cámara viajera se estaba alejando del satélite con apreciable rapidez.
Un sargento especialista de la Marina entró en el laboratorio v entregó un papel al general Perkins. Este echó una ojeada a las líneas mecanografiadas por el teletipo y anunció:
—El móvil se encuentra a cuatrocientos mil kilómetros de la Tierra.
El paisaje lunar desapareció de pronto, y en su lugar apareció en la pantalla un cuerpo extraño...
—¡El asteroide! —exclamó el profesor Zinsser. Pero tal como lo veía Dukes, influenciado por los relatos de ciencia-ficción, el objeto se parecía mas a una astronave de forma lenticular que a un asteroide.
—¡Es una astronave! —exclamó—. Observen su forma aplastada y sus bordes redondeados simétricamente.
—Un asteroide podría tener también esa forma —rebatió Zinsser—. En realidad, podría tener cualquier forma: elíptica, esférica o poligonal... Nuestros cálculos han demostrado sin lugar a dudas que mantiene una velocidad constante de treinta y cuatro millones doscientos mil kilómetros a la hora. ¡Viene sobre nosotros y se estrellará contra la Tierra o pasará cerca de ella en menos de un minuto!
—¿En menos de un minuto? —exclamó Dukes—. ¿Cuándo calcularon su posición por última vez?
—Hace aproximadamente quince minutos. Las computadoras fijaron la posición del móvil en las proximidades de la Luna, a unos cuatrocientos mil kilómetros distancia —informó el general.
Pues de ser así, el móvil debería haber salvado esa distancia en un minuto y debería haberse estrellado y súbitamente contra la Tierra o estar alejándose de ella —apuntó Dukes.
científicos se miraron entre sí desconcertados. Mientras tanto, en la pantalla, la imagen de la «astronave» se acercaba con rapidez.
—Observen eso —señaló Dukes— Sea astronave o aerolito, la cámara que nos envía esa imagen debe marchar por delante de él.
—Excepto que estén emitiendo por televisión una película retrospectiva, por medio de la cual quieren mostrarnos un ejemplar de su avance técnico —rechazó el profesor Zinsser.
—¿Y la panorámica de la Luna era también una película retrospectiva? —preguntó Dukes, incisivamente.
No, esa debió sernos enviada directamente desde el asteroide o aerolito.
En cuyo caso debe haber alguien sobre ese «aerolito» manejando la cámara de televisión.
El profesor Zinsser guardó silencio, probablemente por no saber qué contestar. En este momento se registraba un nuevo acontecimiento en

la pantalla. La forma lenticular desapareció y en su lugar apareció una gran raja de brillante color blanco.
—¡La Tierra! —anunció uno de los técnicos de la NASA—, ¡Ahora nos envían nuestra propia imagen!
La misteriosa voz del espacio se dejó oír de nuevo, clara y sonora.
Habló ininterrumpidamente durante algunos minutos.
—Escuchen eso —dijo Cogswell, lleno de emoción—. Han dejado de transmitir su mensaje habitual. Me lo sé de memoria. Las palabras no son las mismas... ¡y hablan sin cesar!
De un modo perceptible, la gran raja de la Tierra en cuarto creciente estaba aumentando de tamaño en altura y espesor, pudiéndose distinguir ya el inconfundible contorno de la península Ibérica como colgando del extremo de una Europa casi totalmente Oculta por las nubes invernales.
—Traen una buena velocidad —observó el capitán Curtis, de las Fuerzas Aéreas—. Además, se están desviando hacia Oriente.
—Apuesto a que su intención es circunvalarnos para explorar detenidamente nuestro planeta —dijo Dukes. Y volviéndose hacia Zinsser—: ¿Todavía sigue sustentando la teoría de que se trata de un aerolito en caída libre?
—Sinceramente, empiezo a tener mis dudas —admitió Zinsser.— ¿Puede un aerolito frenar su velocidad y modificar su rumbo a voluntad?
—No.
—Entonces, profesor, disipe sus dudas. No es un aerolito, sino una astronave.
—¿Una astronave tripulada, cree usted?
—Sí.
—En tal caso, ¿por qué no nos envían su imagen para que podamos verles la cara?
—Tengamos calma, todo llegará a su tiempo —repuso Dukes—. Ellos actúan según un programa minuciosamente estudiado. Ignoran si les estamos recibiendo , por televisión, y ni siquiera saben si hemos recogido sus mensajes por radio. De momento nos hacen escuchar su voz para tranquilizarnos. Tal vez esperan que les respondamos con alguna señal de inteligencia. ¿Lo hemos hecho acaso?
El profesor Zinsser , a quien iba dirigida esta pregunta se limitó a mirar al general Perkins.
—General Perkins —dijo Dukes, volviéndose entonces hacia este —. ¿Qué medidas hemos adoptado a fin de conseguir un entendimiento inteligente con esos seres?
—Ninguna —fue la seca respuesta de Perkins.
—¿Y eso, por que?
—No es cosa que dependa de mi. Personalmente, soy de la opinión

de que si alguien debe hacer un esfuerzo para que lleguemos a entendernos, la iniciativa debe partir de los forasteros. Desde hace horas ellos están escuchando nuestras emisiones de radio. Pueden ver en sus pantallas nuestros programas dé televisión; por tanto, saben cómo somos, cuál es nuestro aspecto físico, cómo vivimos y nos relacionamos. Por el contrario, nada sabemos de ellos. Desconocemos su idioma, y ni siquiera tenemos una idea de cuál sea su aspecto. Por qué esa reserva?
—No lo sé —contestó Dukes—, Posiblemente nos den tiempo para que imaginemos cualquier cosa antes del choque psicológico que creen vamos a sufrir viéndonos ante unos seres que quizá difieran mucho de nosotros en todos sus aspectos.
Un timbre repiqueteó y el capitán Curtis acudió a levantar el auricular del teléfono.
—Es para usted, mi general —dijo, cubriendo el micrófono—. Del centro de Houston.
—Páseme la comunicación a la oficina —dijo Perkins. Tras la salida del general, todo quedó en calma. La extraña voz seguía en su ininteligible parloteo, mientras los hombres permanecían atentos a cualquier cambio que pudiera producirse en la pantalla de televisión.
Pero nada ocurrió, hasta que al cabo de un rato Ivonne Hotchkiss expresó el sentimiento general diciendo en voz alta:
—¿Cómo serán? Si se expresan por medio de la palabra no deben diferir mucho de nosotros.
—No se fíe de eso —contestó Dukes—, Los monos, perros y muchos otros animales tienen cuerdas vocales como las nuestras. Incluso hemos ensenado a hablar a pájaros como el cuervo y los papagayos. Naturalmente, ellos no saben lo que dicen. Sólo nos imitan. Pero no existe impedimento para que no hablen, excepto porque carecen de inteligencia para hacerlo.
—Según usted, ¿es posible que veamos a una raza de perros inteligentes apeándose de esa astronave?
John Dukes sonrió, sacudiendo la cabeza.
—Puesto que posee un titulo universitario, la supongo enterada de la teoría de Carlos Darwin y todos lo estudios posteriores sobre la evolución de las especie! Usted no ignora que el hombre, como el resto de la especies animales, es un ejemplar muy evolucionad adaptado, en el transcurso de millones de años, a las condiciones ambientales de nuestro planeta. La constitución, el peso, la piel, los pulmones y el sistema digestivo del ser humano están condicionados por la fuerza de gravedad, el cambio de las estaciones, el aire, la luz y las especies animales y vegetales que nos sirven de alimento. Es decir, el hombre es un ser adaptado para habitar la Tierra tal cual es. Pero las circunstancias que determinaron las condiciones ambientales

de la Tierra son a su vez fruto de factores muy diversos. Si existen otros mundos habitados no es probable que en éstos reinen condiciones semejantes a las nuestras. Lo verdaderamente asombroso seria que la vida hubiese evolucionado allí en condiciones y tiempo paralelos a la vida terrestre, dando lugar a formas idéntica a las nuestras.

—O sea que, con toda segundad, los tripulantes de esa astronave no son seres humanos —dijo Yvonne.

—¿Qué entiende usted por «humano»? Si en su forma externa, incluso en su naturaleza biológica, estos seres son distintos de nosotros, eso no les excluye de ser tan «humanos» o más que nosotros. Todo depende de si vamos a dar más importancia a su forma física que a los valores del pensamiento, la inteligencia y el espíritu.

Yvonne Hotchkiss guardó silencio, fijando sus ojos en la pantalla de televisión.

CAPÍTULO IV

Separando sus entumecidos dedos, John Dukes abandonó el lápiz y enderezó su dolorida espalda, dejando escapar un suspiro. Eran las cinco de la mañana y acababa de rellenar de apretada escritura mas de veinte páginas de su cuaderno de notas.
Al alcance de su mano estaba el cenicero, colmado de puntas de cigarrillo, y las últimas espirales de humo se enroscaban en torno a la pantalla del flexor, que dejaba en la semipenumbra el resto de la habitación.
La oficina era la misma en la que fueron recibidos por el general Perkins nada más llegar de Stanford. Estirada en una de las butacas, con la cabeza recostada sobre el borde del respaldo tapadas las piernas hasta medio cuerpo con el sobretodo, Yvonne Hotchkiss se había quedado dormida sin darse cuenta.
Dukes la contempló pensativo, admirando en ella la belleza, la juventud y el vigor que aun dormida parecía emanar del hermoso cuerpo de mujer, En este momento se abrió la puerta y la joven abrió los ojos sobresaltada.
Era el general Perkins quien acababa de entrar en a oficina.
Yvonne se enderezó, recobrando su compostura mientras interrogaba:
—¿Alguna novedad, general Perkins?
—Como ya sabrán, perdimos contacto con la astronave hace aproximadamente una hora. La razón es que «ellos» están circunvalando la Tierra en el mismo sentido de la rotación de nuestro planeta, pero a mayor velocidad. De seguir todo igual, la astronave deberá re aparecer por Occidente en tres o cuatro horas. Y ahora recojan sus cosas; nos marchamos.
—¿Nos marchamos? ¿A dónde? —preguntó Dukes poniéndose en pie.
—Vamos a volar a Colorado Springs. La operación de rastreo se efectuará en adelante por nuestras estaciones de radar. Stanford, Greenbank y los demás radiotelescopios de nuestra red continuarán a la escucha por si los forasteros nos regalan con otra emisión de imágenes y sonido, en cuyo caso conectarán con el mando de la Defensa Aérea en Colorado. Por cierto, ha ocurrido algo extraño. El radar de nuestra base de Tule en Groenlandia, localizó un objeto desconocido que volaba a siete mil kilómetros de altura y a cuarenta mil kilómetros por hora hacia el Este, internándose en Eurasia.
—¿La misma astronave que vimos por televisión?
—No, aquélla se encuentra todavía a ciento sesenta mil kilómetros en el espacio exterior, girando alrededor de la Tierra.
—¿De modo que tenemos dos astronaves, en vez de una? —murmuró John, pensativamente—. Eso explicaría por qué recibirnos la imagen de la astronave qué vimos en nuestra pantalla «desde afuera» Una nave piloto debe marchar por delante de la astronave nodriza.

¿No lo cree así?
—¿Quién sabe? —gruñó Perkins, sacando los guantes de su capote militar—. Vamos, no perdamos más tiempo, el avión nos aguarda.
Dukes guardó rápidamente su bloc de apuntes, tomó su gabardina y ayudó a la señorita Hotchkiss a ponerse la suya. Salieron andando por el pasillo detrás del general Perkins, a quien se habían unido el capitán Curtis y un soldado de escolta armado con una metralleta.
Fuera del edificio, el viento húmedo procedente del mar barría la zona de estacionamiento. Perkins dijo, haciendo un gesto:
—Sígannos en su auto. Vamos al aeropuerto de Mills Field.
Los dos periodistas se introdujeron en la baja cabina del «Alfa-Romeo,». Yvonne tomó el volante y siguió al auto del general cuando éste se puso en marcha.
—¿Sabe una cosa? —dijo Yvonne, confidencialmente, mientras guiaba el auto por la tortuosa carreterilla—. Nunca había vivido una aventura tan emocionante. Me aterra pensar que tal vez estemos a punto de ser inválidos por una raza de seres superinteligentes.
—¿Como en una película de ciencia-ficción?
—Sí igual que en las películas de platillos volantes.
—¡Vamos, por Dios! Se la ve trastornada por todos esos telefilmes pseudocientificos que nos da a diario la televisión. La verdad es que desde que H. G. Wells escribió La guerra de los mundos, parece como si a los forasteros que puedan llegar de otros planetas no les quedase otra alternativa que representar el papel de villanos. Eso, a mi modo de ver, sólo es indicio de falta de imaginación. Algún día, con toda certeza, los hombres de la Tierra estaremos en condiciones de emprender una expedición científica por el cosmos. Tal vez, después de larga búsqueda, encontremos un mundo habitado, lo cual, de seguro, nos produciría indescriptible júbilo. ¿Pero qué pensaría usted de aquella gente, si nada más echarse fuera de su astronave la recibieran con tiros y granadas de mano? usted pensarla que aquellos tipos eran unos salvajes ignorantes, sin el menor sentido de la curiosidad científica. Pues, lógicamente, tanta curiosidad como nosotros podamos sentir por conocer las sorprendentes formas que la vida pueda haber adoptado en otros mundos, deben sentir los que hoy llegan de un lejano planeta para conocernos a nosotros.
—¡Ojalá sea como usted dice! —suspiró Yvonne.
Hasta que salieron a la carretera principal, la marcha fue más bien lenta. Luego, el conductor del sedán gris pisó a fondo el acelerador y empezó a distanciarse del deportivo rojo. Pero pronto Yvonne, haciendo rugir el motor de su aerodinámico «Alfa-Romeo», acortó distancias, pegándose a la zaga del auto que les precedía.
El aeropuerto de Mills Field, a 13 millas de San Francisco, quedaba justamente en la misma carretera N-101, que venían siguiendo desde

Palo Alto. El viento había, barrido de nubes el cielo y sobre las montañas de la cordillera costera se abrían paso las primeras luces del amanecer.
Pasando sin detenerse ante la zona de aparcamiento para automóviles, el coche del general Perkins continuó adelante hasta una verja cerrada.
Tras breve pesquisa del guardián, éste abrió la verja v dio paso I los dos automóviles, los cuales rodaron un buen trecho por la zona de los hangares hasta detenerse cerca de un avión de las Fuerzas Aéreas que estaba calentando sus dos motores de hélice.
Suponiendo que el auto del general regresaría a su parque Yvonne se alejó un poco más para estacionar el suyo junto a un hangar, donde supuso que no estorbaría Las portezuelas se elevaron como las alas de una mariposa y John Dukes echó pie a tierra
Como si ésta hubiera sido la señal esperada, las Sirenas del aeropuerto empezaron a aullar desaforadamente. Dukes quedó inmóvil, mirando a su alrededor y al espacio en torno, esperando ver algún aparato incendiado o cualquier otra emergencia que justificara el toque de alarma de las sirenas.
Mirando en dirección al mar, Dukes distinguió de pronto un objeto brillante que venía en dirección al aeropuerto, volando con rapidez a unos 300 metros de altura. Debido al color rojo que irradiaba, como un lingote de hierro saliendo del horno de fundición, Dukes pensó por un momento que se trataba de un bombardero o avión comercial de gran envergadura ardiendo desde uno a otro extremo de las alas.
Sin embargo, no se advertían llamas ni humo.
Todo lo demás ocurrió con sorprendente rapidez. Surgiendo de la oscuridad de la bahía como grandes murciélagos, dos aviones de chorro pasaron en vuelo raso sobre el aeródromo, rugiendo ensordecedoramente
Inmediatamente detrás de los aviones llegó el aparato incendiado. Este pasó sobre la autopista y sobrevoló el aeropuerto. Pero en el mismo momento, de forma increíblemente brusca, en una maniobra que parecía desafiar las leyes de la inercia, y que ningún avión habría podido realizar, redujo su velocidad a unos 50 kilómetros por hora.
Dos cazas a reacción, que debían venir escoltando al extraño aparato, pasaron sobre el aeródromo y se alejaron aullando como demonios en dirección a las montañas.
Ahora, el objeto volador estaba moviéndose despacio, perdiendo rápidamente altura en dirección al centro del aeródromo. Ya no tenía el aspecto de un avión. Era un enorme disco de cantos afilados, de no menos de 150 metros de diámetro, tan grande como un bombardero, pero completamente redondo.
—¡Un platillo volante! —exclamó Dukes, roncamente. Y en el mismo

momento recordó lo que el general Perkins le había dicho antes de salir de Stanford respecto a un objeto sin identificar que el radar había rastreado volando hacia el Este.
Irisado de tonalidades que iban desde el rojo cereza al rojo blanco del metal en fusión, en mitad del estruendo de las sirenas, el ruido de los motores del avión cercano y el aullido de los cazas a reacción que volaban por encima, lenta y majestuosamente, el disco volante fue a posarse a unos mil metros de distancia del lugar donde se encontraba Dukes.
Yvonne Hotchkiss, que se encontraba de pie junto a su auto, miraba fascinada al fantástico disco. Dukes se volvió hacia ella.
—¡Es nuestro platillo volante! —le gritó.
—¿Qué? —contestó la muchacha, llena de confusión.
—Suba al auto.
Esto si lo entendió Yvonne, pues, al igual que la inmensa mayoría de las personas que aquel amanecer se encontraban en Mills Field, la presencia de la extraña aeronave sólo le inspiró un deseo: salir de allí a toda prisa.
Yvonne se introdujo en el auto, al mismo tiempo que Dukes lo hacía por el lado opuesto.
—¡Adelante, vamos a acercarnos al platillo volante! —gritó Dukes.
—¡Qué! —chilló Yvonne, pegando un brinco.
—¡Si por fin nuestros amigos extraterrestres van a dar la cara, usted y yo seremos los primeros periodistas que les entrevisten!
—¡Usted está loco! ¡Yo quiero marcharme a casa!
—¿A casa? —rugió Dukes, furioso—. ¿Qué clase de reportero gráfico es usted? Un fotógrafo de Prensa tiene que encontrarse oportunamente allí donde surja la noticia- un terremoto, un incendio, un asesinato o un ser extraterrestre apeándose de un platillo volante. ¡Ponga en marcha el motor!
Yvonne actuó mecánicamente, poniendo en marcha el motor.—¡Y ahora enfile hacia esa cosa antes que nadie se nos adelante!
En su nerviosismo, Yvonne pisó a fondo el acelerador y soltó bruscamente el pedal de embrague. Las ruedas motrices giraron un momento en el aire antes que se agarraran al asfalto e impulsaran al auto con un salto hacia delante.
Junto a su auto, el general Perkins vio, atónito, cómo el deportivo rojo salía rugiendo a campo través en dirección a la fantástica aeronave que en este momento se posaba en tierra.
—¿A dónde van esos locos? —gritó—, ¡Eh, vuelvan acá!
El auto se alejó velozmente y Perkins miró al rostro del capitán Curtis. Debido a la palidez del miedo y el fulgor rojo que despedía la extraña aeronave, la cara del capitán tenía un engañoso y saludable color rosado. El avión paró sus motores, obedeciendo a las sirenas, que

todavía chillaban en la distancia.
—Suba al auto, capitán —dijo Perkins, tomando una decisión—. Tenemos que hacer volver a ese par de locos.
—¿Quiere que nos acerquemos... a «eso»? —balbució el capitán.
—¡Sí, por todos los demonios!, y no me diga que tiene miedo.
—No, señor.
—Yo lo tengo también —añadió Perkins, haciendo una seña al soldado de su escolta—. Déme esa metralleta soldado.
El soldado le entregó el arma y Perkins se metió en el coche junto al asiento del conductor. Señalando a éste la mole incandescente que brillaba en mitad del aeropuerto, le ordenó:
—Llévenos allá rápido.
El capitán tuvo apenas tiempo de meterse en el auto cuando este ya arrancaba.
Para entonces, el deportivo rojo de Yvonne Hotchkiss ya había sacado una buena ventaja al coche del general.
—¿De que materia estará hecho ese aparato? —murmuraba Dukes, inclinándose hacia delante para mirar a través del inclinado parabrisas—. ¿Se habrá calentado tanto al entrar en la atmósfera, que parece en estado de fusión, o sólo emana esa luz roja a través de su casco?
Yvonne Hotchkiss, los labios apretados, manejaba el volante sin apartar sus ojos de aquella enorme cosa resplandeciente inmovilizada en mitad de la pista de cemento. Pronto descubrió Yvonne que el disco o «platillo volante» no descansaba directamente sobre el suelo, sino que se mantenía a unos tres metros de altura, posado sobre cuatro largas patas telescópicas, rematadas en sus extremos por sendos juegos de ruedas dobles.
La muchacha, intimidada por el formidable aspecto del extraño aparato, retiró el pie del acelerador y empezó a frenar cuando todavía se encontraban a unos 200 metros de distancia.
—¡Siga adelante, debemos acercarnos más! —la apremió Dukes.
—¿Pero es que no le inspira a usted miedo esa «cosa»?
—Estoy bañado en sudor —confesó Dukes—, Pero es emocionante. Piense que somos periodistas y que ésta es, quizá, la ocasión única de nuestra vida de ganar celebridad en una hora. Siga adelante, y tan pronto nos detengamos, tenga lista su cámara para fotografiar al platillo y a cualquier cosa que salga de él. ¡Nunca tendrá una oportunidad como ésta!
Yvonne continuó adelante, ahora a marcha reducida
Aunque se sentía invadida por el miedo, algo interior la impulsaba hacia la portentosa maquina que allí, bajo la fría luz del amanecer, irradiaba suaves ondulaciones de color rojo.
El auto, por fin, se detuvo a unos 20 metros de la astronave. Todo el recorrido, desde los hangares, lo habían hecho con las portezuelas

levantadas.
Apenas el coche se había parado cuando Dukes saltó, plantándose con los pies separados ante la enorme mole. Le sorprendió descubrir que, en contra de lo que parecía la máquina no irradiaba calor alguno.
—¡Dése prisa, señorita Hotchkiss, traiga aquí su cámara! —gritó a la muchacha, que todavía permanecía en el coche, asida fuertemente al volante.
Yvonne, por fin, reaccionó. El estuche de acumuladores del flash pendía de su hombro cuando entró en el automóvil. Ahora sacó torpemente la cámara de la repisa posterior. Temblaba de pies a cabeza cuando puso pie en tierra, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo para calcular que la propia luz que irradiaba la cosmonave bastaría para impresionar la película sin tener que utilizar el flash.
Levantó la cámara, enfocó y disparó.
—¿La tomó? —preguntó Dukes, del otro lado del automóvil.
—¡Si! —asintió Yvonne, dando diente con diente.
—Cárguela de nuevo, y enchúfele ahora el flash.
Torpemente, Yvonne trataba de conectar el hilo eléctrico a la cámara.
—Tranquila, muchacha —dijo Dukes, increíblemente sereno—. Está forjando usted su carrera como fotógrafo de Prensa. Todo va a salir bien
Dukes se interrumpió al advertir cierto movimiento en la parte inferior y central del casco de la astronave.
Una sección circular se había desprendido del casco y descendía, suspendida de tres columnas de acero, como un montacargas.
¡Había tres figuras sobre la plataforma del ascensor!

CAPÍTULO V

Los cosmonautas abandonaron la plataforma apenas ésta tocó en el piso de cemento, se reunieron ya en tierra v echaron a correr hacia donde estaban los periodistas junto al automóvil. Mientras tanto, el rojo resplandor que la cosmonave irradiaba en torno se iba apagando paulatinamente, haciendo más difícil precisar la forma de los seres que se movían bajo aquella enorme mole.
Yvonne Hotchkiss lo advirtió y tuvo una idea. Metió la mano bajo el volante de su deportivo y encendió las luces largas de carretera.
La potencia de las lámparas de halógeno iluminó de lleno a las tres figuras que corrían hacia el coche... ¿Quién dijo que corrían? La luz de los focos arrancó destellos de las escafandras y los brillantes trajes que vestían los cosmonautas. Pero aunque éstos tenían su correspondiente par de brazos, no se advertía movimiento alguno de piernas...
¡Aquellas criaturas no tenían piernas! Su parte inferior adoptaba la

forma de un envolvente guardafangos, y por debajo de éste se veía rodar... ¡un neumático!
John Dukes sintió las palmas de las manos húmedas, en tanto que un escalofrío le recorría la espalda.
—¡Señorita Hotchkiss, traiga aquí su cámara! —gritó, agudamente.
La joven se apartó de su automóvil y se acercó despacio al lugar donde estaba Dukes, pasando por delante de los faros. Otro automóvil se acercaba por detrás de los periodistas. No había tiempo que perder.
—¡No tema, sígame!
Yvonne apresuró el paso hasta situarse junto a Dukes, avanzando ambos hacia los tres cosmonautas que venían a su encuentro.
Los tres individuos tenían exactamente la misma altura, dos metros y medio aproximadamente. El volumen de sus cabezas, la longitud de sus brazos y su anchura de hombros parecía ser idéntica en todos ellos. Los focos del automóvil que se acercaba arrancaban metálicos reflejos de su cabeza y cuerpo...
Dukes dedujo de todo ello que venían metidos en armaduras, incluida escafandra. Esto no le sorprendió tanto como el hecho de que vinieran montados sobre una rueda. ¿Carecían de miembros locomotores inferiores, o solamente habían adoptado la rueda como sistema de traslación rápido?
De pronto escucharon un chirrido de frenos. Un auto les adelantó por la izquierda, se detuvo en seco y abrió sus portezuelas...
El general Perkins, con una metralleta, y el capitán Curtis, empuñando una pistola de reglamento saltaron del auto. Perkins corrió hacia Yvonne Hotchkiss y la detuvo asiéndola por un brazo.—¡Deténganse, insensatos! ¿Dónde van? --chilló, furioso.
Yvonne protestó débilmente:
—¡Debo sacarles una instantánea a esos hombres!
—¿Qué hombres? —chilló el general—, ¿Sabemos acaso lo que son?
El coche del general se había detenido justo bajo el borde de la cosmonave, que se prolongaba en voladizo sobre las cabezas del grupo. Dukes había seguido avanzando y Perkins corrió tras él.
—¡Dukes, regrese al auto! —gritó, cruzándole la metralleta ante el pecho—. Lo que está haciendo es una temeridad. ¡Ni siquiera conocemos el poder destructor de estos seres!
—Usted es militar y sólo ve a esos seres como posibles portadores de armas destructoras de un poder superior a todo lo conocido —contestó Dukes—. Yo soy un civil, un periodista, y un ciudadano del mundo en estos instantes. La opinión que de nosotros formen estos hombres en nuestro primer encuentro puede ser decisiva para el futuro de nuestras relaciones.
—¡El único e inmediato futuro que yo veo es que nos ¿chicharren con

un rayo de fuego o nos desintegren con algún arma diabólica!
—¡Está loco!
— No usted es el loco! —chilló Perkins, empujándole— ¡Regrese al auto antes que sea demasiado tarde!
—Ya es tarde para eso —señaló Dukes a las tres extrañas criaturas que estaban a treinta metros de distancia—. Si nos ven huir se inquietaran, y Dios sabe lo que pueda pasar. Ellos vinieron a conocernos. ¡Por Dios, no les demos motivo de arrepentimiento!
Perkins se volvió, empuñando la metralleta. Las tres gigantescas figuras se encontraban a menos de 50 metros de distancia, rodando erguidas y silenciosamente sobre sus negros neumáticos.
—¡Alto, no avancen más o disparo! —gritó Perkins.
—¡Perkins, no sea estúpido! —gritó Dukes, abalanzándose sobre él.
Perkins era hábil esgrimista, y lo rechazó asestándole un golpe en el mentón con el culatín metálico del arma. Dukes salió andando hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó sentado en la pista de hormigón. Libre del incordio del periodista, Perkins volvió nuevamente el cañón de la metralleta contra el trío de fantasmagóricas figuras.
—¡Quietos donde están! ¡Quietos! —chilló, agudamente.
Como si hubieran comprendido el gesto amenazador de Perkins, los gigantes de los extremos se detuvieron. El que iba en el centro siguió avanzando y levantó un brazo.
Perkins, perdido el control de sus nervios, tiró del disparador. Pero el arma no estaba cargada. Nervioso, el militar tiró del cerrojo recuperador. El gigante se encontraba apenas a 15 metros cuando Perkins le enfiló de nuevo con el arma.
Tableteó la metralleta, escupiendo pequeñas lenguas de fuego color naranja, y Dukes pudo ver, aterrado, cómo las balas acribillaban la brillante coraza del extraterrestre, trazando una línea de agujeros sobre el metal.
Debido al impulso adquirido durante la marcha, la extraña criatura siguió en línea recta hacia Perkins, pero faltando unos cinco metros para alcanzarle, perdió el equilibrio y cayó de espaldas con ruido metálico. No obstante, todavía siguió su marcha, resbalando sobre la pista, lo que obligó a Perkins a apartarse para no ser arrollado.
La víctima del general Perkins todavía estaba deslizándose por el suelo cuando sus dos compañeros reaccionaron increíble rapidez. Primero inclinaron sus cuerpos hacia delante, y a continuación salieron disparados como brillantes torpedos, separándose para atacar simultáneamente a Perkins y al capitán Curtis.
Curtis, que empuñaba una automática, levanto su arma e hizo un precipitado disparo contra el gigante que venía sobre él. La bala alcanzó al cosmonauta en un brazo, sin detenerle, y Curtis no tuvo una nueva oportunidad. La extraña criatura rodante le embistió como

un toro furioso. El choque fue brutal, pero más para el capitán Curtís, que salió despedido como un pelele girando por el aire antes de caer pesadamente contra el suelo.
Mientras esto ocurría, el último de los cosmonautas se abalanzaba sobre el general Perkins. Este confiaba en detenerle con una ráfaga de ametralladora, pero en tan crítico momento le falló el arma.
Perkins no tuvo otra oportunidad. El gigante le embestía con la cabeza gacha y el busto inclinado hacia delante. Perkins le arrojó la metralleta, que rebotó en la escafandra del cosmonauta con ruido metálico. Un segundo después, la escafandra del fantástico personaje golpeaba en la frente a Perkins y éste salía reculando hasta caer de espaldas con el cráneo abierto.
Perdida su confianza en las pacíficas intenciones de los visitantes siderales, francamente alarmado, John Dukes se puso en pie.
El gigante de acero, después de haber golpeado a Perkins, giró con increíble agilidad y se dirigid en línea recta hacia Dukes. Este pensó por un momento que el extraordinario hombre-máquina iba a arrollarle, mas, inesperadamente, el cosmonauta se detuvo en seco y extendió su brazo.
De alguna parte del largo brazo de acero, cerca de la muñeca, brotó con fuerza un chorro de gas que alcanzó de lleno a Dukes en la cara.
Mientras Dukes sentía nublársele la vista, no lejos de allí el otro gigante se dirigía hacia Yvonne Hotchkiss. Temblando de terror, casi sin saber lo que hacía, la muchacha levantó su cámara y oprimió el botón disparador.
Brilló la lámpara de destello, y el «monstruo» se detuvo como deslumbrado. Yvonne giró sobre sus tacones y echó a correr, antes de que se hubiera alejado demasiado, el cosmonauta reaccionó, lanzándose en su persecución.
Yvonne ni siquiera escuchó el rodar silencioso de] neumático sobre el que iba montado aquel ser. Mientras corría le alcanzó una nube de gas que la dejó paralizada. Sintió que caía, aunque no notó el impacto de su cuerpo contra el piso de hormigón. Quiso gritar, pero no pudo. Una densa neblina lo envolvía todo. Perdió el sentido...
Más tarde volvió a la extraña niebla y vio un pequeño globo ambarino brillando en la lejanía.
Debió estar contemplándolo durante mucho tiempo antes de empezar a preguntarse a qué distancia estaría la luz. Una gran pereza le dominaba. Su mente estaba completamente en blanco.
La niebla, con el tiempo, fue aclarando, y con su desaparición empezó a entrar en el olvidado mundo de las sensaciones. Sintió sequedad en la garganta y dolor de rodillas. ¿Un accidente? Movió piernas y brazos sin dificultad. No estaba herida. El globo amarillo entrevisto entre la bruma era un simple plafonier fijado al techo. Debía encontrarse en

algún lugar cerrado, tal vez la habitación de un hospital.
Hizo un esfuerzo por ordenar sus recuerdos. Tras largo divagar, un destello se hizo en su memoria:
—¡El aeródromo de Mills Field! ¡El platillo volante y los cosmonautas plateados!
Un estremecimiento de horror recomo su espalda. Recordó cómo huía, perseguida por uno de aquellos monstruos, cuando la alcanzó una nube de gas que la detuvo. ¿Qué pasó después?....
Hizo un esfuerzo y se volvió sobre un costado. Allí, a su lado, vio a John Dukes tendido de espaldas, los ojos abiertos fijos, como hipnotizado, en el plafonier del techo. La presencia del joven periodista junto a ella le proporcionó inefable alivio. Ni por un momento pensó que pudiera estar muerto.
—¡Dukes! ¡Señor Dukes! —llamó en voz baja.
El no pareció escucharla. Asustada, Yvonne se arrastró penosamente sobre el vientre hasta él. Le tomó la cara con una mano y le obligó a volver la cabeza. Dukes la miró con aire ausente.
—¡Dukes! ¿Me ve usted?
Una expresión inteligente prendió en las azules pupilas de Dukes.
—¿Qué ocurre? —pregunto el, con voz ronca.
—¿Se acuerda de mí? Soy Yvonne Hotchkiss, del San Francisco Star. Salimos juntos para visitar el observatorio Radioastronómico de Stanford. ¿Va recordando? E1 aeródromo de Mills Field..., la astronave que parecía de metal fundido y aquellos horribles seres plateados que andaban sobre una rueda...
Por la expresión de los ojos de Dukes, la muchacha comprendió que éste realizaba un poderoso esfuerzo para ordenar y coordinar todos los recuerdos que de una sola vez se amontonaban en su mente. Probablemente, el periodista había aspirado mayor cantidad de gas que Yvonne; por esto tardaba más tiempo en recuperarse de sus misteriosos efectos.
—Hay mucha niebla en torno... —murmuró Dukes—. ¿Donde estoy?
Curiosamente, ésta habla sido una de las primeras preguntas que se formuló la propia Yvonne. Luego, lo había olvidado.
Se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor se encontraban en una amplia habitación de forma circular, de unos 30 metros de diámetro, al parecer vacía. El piso era de planchas de acero. Los muros estaban formados por una serie de paneles metálicos, muchos de los cuales tenían relojes y cuadrantes con agujas indicadoras.„. .
Volviendo la cabeza, para seguir con los ojos la forma circular de tan extraña habitación, Yvonne sintió que el corazón le daba un vuelco al descubrir de pronto la presencia de «algo» que estaba detrás de ella tumbado en el piso. ¡Era uno de aquellos monstruosos seres que saltaron del platillo volante en Mills Field!

Yvonne lanzó un grito, apartando sus ojos de aquella horrible visión, y se arrojó sobre Dukes, abrazándose a él.
—¡Están aquí! —gimió, temblando de pies a cabeza—. ¡Hay uno de esos horribles monstruos allí!
—¿Dónde? —preguntó Dukes. Y en el mismo momento vio al cosmonauta que yacía en el suelo entre tres gruesas columnas de acero.
La Visión del cosmonauta aceleró la reactivación de las sensaciones en Dukes. Todos los recuerdos anteriores a este momento penetraron brutalmente en él, e instintivamente rodeó con sus brazos a la muchacha, apretándola contra sí en actitud protectora.
Después de un minuto, la inmovilidad del extraordinario ser le devolvió la serenidad. Yvonne temblaba sobre el, y Dukes trató de tranquilizarla acariciándole la cabeza, que descansaba sobre su hombro.
—Tranquila, muchacha..., tranquila. El hombre no se mueve. Tal vez esté muerto. Debe ser el mismo tipo al que Perkins ametralló.
—¡Tengo mucho miedo! —gimió Yvonne.
—¡Pero si no se mueve! Convénzase usted misma, échele una mirada.
Yvonne volvió lentamente la cabeza, miró hacia el «monstruo» y apartó en seguida los ojos
—¡No puedo mirarle! ¡Siento que se me eriza la piel cuando le veo!
El aliento de la muchacha acariciaba el cuello de Dukes, pero este se sentía demasiado preocupado para vivir la delicia de la proximidad de Yvonne.
Durante un rato permanecieron abrazados mientras Dukes hacía trabajar intensivamente a su inteligencia. Igual que Yvonne hiciera antes, también el miró a su alrededor, comprobando que se hallaban en una habitación de forma circular. Las tres columnas de acero le recordaron algo: el montacargas en el cual los tres cosmonautas descendieron del «platillo volante».
—Debemos estar a bordo de la nave —murmuro.
—¿Cómo dice usted? —preguntó Yvonne, separándose ligeramente de él.
—Que nos encontramos sobre el platillo volante que vimos aterrizar en Mills Field. Ellos nos tomaron prisioneros.
—¡Dios mío! —gimió Yvonne. Y sus dedos se agarraron fuertemente a los hombros de Dukes.
El se preguntó si, ya que se encontraban en la astronave, estarían volando hacia alguna parte. El piso parecía bastante firme, y no se experimentaba ningún fenómeno o disminución de la gravedad. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que el gas les inmovilizó.
—Señorita Hotchkiss, deje de gimotear como una niña miedosa. Suponiendo que tuviera verdadero espíritu aventurero, debería

sentirse feliz de encontrarse aquí. Muchos periodistas querrían estar en su lugar.
Dukes sintió cómo se aflojaba la presión de los dedos de Yvonne sobre sus hombros. La muchacha le soltó y luego se apartó de él, dejándose caer en el piso boca abajo. Dukes consultó su reloj automático de pulsera.
Las saetas señalaban las ocho y veinte minutos. ¿Pero de la mañana o la tarde?
El reloj de Dukes era a la vez calendario, y en la pequeña abertura correspondiente a los días aparecía la cifra 15.
—Dígame, señorita Hotchkiss. ¿Recuerda qué día era cuando fuimos a Stanford? —preguntó Dukes, sorprendido.
—El trece, nunca lo olvidaré. ¡Con razón dicen que el trece es número de mala suerte! —exclamó la muchacha.
—Según eso, era la mañana del catorce cuando llegamos a Mills Field. ¡Hemos permanecido sin sentido al menos durante veintiséis horas!
Dukes hizo la comprobación volviendo atrás las saetas de su reloj. Al volver la horaria a las doce el calendario señaló el día catorce. Luego era la mañana del quince, no la tarde. Mientras Dukes volvía a poner en hora del reloj, notó que el piso se movía. Se escuchó un leve golpe metálico, seguido de un leve arrastrar y la inmovilidad completa.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó Yvonne, temerosamente.
—Debemos haber realizado la operación de acoplamiento.
—¿De qué?
—De acoplamiento. Con la cosmonave matriz. ¿Recuerda lo que dijo el general Perkins acerca de un objeto volante sin identificar, que el radar de la base de Tule rastreó internándose en Eurasia? Ese era el platillo volante que luego vimos en Mills Field. Mientras Tule comunicaba al mando de la Defensa Aérea y nosotros íbamos de Stanford al aeródromo el platillo volante voló sobre la redondez del planeta de oeste a este, y se presentó sobre California cuando nosotros llegábamos a Mills Field.
—Luego nos encontramos a bordo del platillo volante.
—Si.
—Y el platillo volante.... ¿dónde se encuentra ahora?
—No tengo la menor idea.
En esto escucharon un zumbido sobre sus cabezas. Una sección circular de unos tres metros de diámetro se desprendió del techo y empezó a bajar suspendida de tres fuertes columnas. Había dos figuras sobre la plataforma, los mismos seres cubiertos de una coraza plateada que vieran horas antes en la pista de aterrizaje de Mills Field, en California.

CAPÍTULO VI

Respondiendo a un íntimo sentido de la dignidad, John Dukes hizo un esfuerzo para incorporarse. La mano de Yvonne Hotchkiss tiraba de él, y Dukes se soltó con rudeza, diciendo:
—Deje de gimotear y póngase en pie. Mostrar temor ante ellos no nos favorecerá en nada.
Dukes ya estaba en pie cuando la plataforma del ascensor se detuvo al llegar al nivel del suelo. Yvonne Hotchkiss se incorporó a su vez, temblando de pies a cabeza, rehusándose a mirar a la cara de los «monstruos».
Pese a que el corazón le latía apresuradamente, Dukes, en realidad, no experimentó sensación de miedo alguno. Su curiosidad era más fuerte en él que cualquier sentimiento de temor.
Allí, ante él, estaban los dos gigantescos cosmonautas mirándole fijamente. Dos tubos sobresalían del frente de la escafandra esférica de estos hombres extraordinarios, separados entre sí unos 15 centímetros. Cada tubo sobresalía como un par de pulgadas. Cortados en bisel, resultaban un poco más salientes por arriba que por abajo, y formaban a modo de una pequeña visera.
Encajados en el interior de estos tubos, dos gruesas lentes de aumento brillaban con la frialdad del cristal. No era aquélla, ciertamente, una mirada tranquilizadora, y Dukes sintió que se estremecía, pero de nuevo la curiosidad se sobrepuso a sus temores.
Para Dukes, lo más desconcertante seguía siendo aquella extraña rueda que salía por debajo del envolvente guardafangos. La rueda en sí no tenía nada de particular, siendo del tamaño aproximado de una llanta de automóvil, incluso por el dibujo de la banda de rodaje. Lo curioso era la forma en que parecía insertada al final de un tronco humano, como solución a un accidente que hubiera mutilado ambas piernas a un hombre corriente.
Esto era lo que parecía a primera vista. Pero fijándose mejor, John Dukes puso en duda que la constitución real de los seres que iban dentro de la armadura fuese similar a la suya propia.
Tres anillas, a la altura de la cintura, servían de unión entre el tronco y el busto, permitiendo la flexión de éste. De cintura arriba, el pecho se ahondaba y el busto adoptaba una forma acusadamente triangular, ensanchándose hacia los hombros. La plancha que formaba los hombros sobresalía un par de pulgadas a modo de una pequeña visera sobre el sesgo por el que salían los brazos.
Los brazos podrían haberse parecido a los de una armadura medieval, pero no eran de esta forma, sino como dos largos tubos articulados mediante la inserción de gran número de anillos, que eran más anchos a la altura de los hombros y se iban estrechando hacia las muñecas. También el cuello, corto y robusto, estaba formado de

varios de estos anillos.
La escafandra, una esfera de 40 centímetros de diámetro, ofrecía la particularidad de presentar una rejilla a la altura de la boca. Había dos rejillas más, una a cada lado de la escafandra, sobre los oídos. Un reborde metálico formaba por arriba y en la parte posterior de las rejillas una a modo de visera que debía hacer las funciones de pabellón.
Dulces se preguntó si los cosmonautas les hablarían, puesto que parecían dotados de un sistema para hacer oír su voz. Pero los gigantes no hablaron. Ambos, moviéndose en perfecta sincronización, abandonaron la plataforma y se dirigieron hacia el lugar donde su compañero yacía acostado entre las columnas.
Uno de los cosmonautas alargó su brazo, agarró a su compañero muerto o herido por el borde del guardafangos y lo arrastró haciendo rodar su rueda hacia atrás. El arrastre del cosmonauta muerto produjo un ruido metálico que acabó en estruendo cuando el otro lo dejó caer.
Si en el interior de aquella armadura había un cadáver, su compañero, ciertamente, no demostró ningún sentimiento de delicadeza para con él.
Los dos cosmonautas fueron a situarse entre las columnas. La plataforma en la cual bajaron empezó a subir sin que nadie oprimiera botón conmutador alguno, hasta cerrar completamente la abertura del techo.
Fue entonces cuando Yvonne Hotchkiss y John Dukes escucharon la primera palabra a los cosmonautas. Uno de ellos levantó su brazo, apuntando a los periodistas, y luego, con energía, al piso junto a su rueda.
—¡Asaun!
—Nos indican que vayamos a reunimos con ellos —dijo Dukes.
—¡No iré con esos monstruos! ¡No quiero! —protestó Yvonne.
—Vamos, no sea chiquilla —gruñó Dukes, propinándole un empujón —. ¿O se figura que estamos en condiciones de negarnos? Si se pone tonta, le administrarán una ración de gas nervioso... y dormirá por otras veinticuatro horas.
Llevada a empujones por Dukes, la muchacha no tuvo más remedio que dirigirse al lugar donde eran esperados por los «monstruos». Las tres columnas de acero que iban desde el techo al piso dejaban entre ellas un espacio más que holgado para los cosmonautas y sus prisioneros. Dukes había comprendido desde mucho antes que las columnas formaban parte del sistema hidráulico de un elevador o montacargas, el mismo precisamente que los tres cosmonautas utilizaron para bajar a tierra en Mills Field.
En efecto, apenas Yvonne y Dukes estuvieron entre las columnas, se dejó oír un zumbido, y una gran sección circular del piso sobre el que

estaban empezó a bajar suavemente,
La plataforma descendió a través de un tubo de un metro y medio aproximadamente, y repentinamente se vieron bañados por una luz blanca que procedía de abajo. El montacargas siguió bajando, y Dukes y su compañera se vieron en una habitación circular de dimensiones algo mayores que la que acababan de abandonar. Pero aquí no había paneles de esferas ni indicadores.
¡A todo lo largo del muro de acero se alineaban casi un centenar de cosmonautas plateados!
Todos idénticos, en una extraña inmovilidad, ofrecían un aspecto siniestro poco tranquilizador. Dukes volvió la vista en torno, murmurando:
—Mire, el comité de recepción.
Luego, Dukes apreció algo que le hizo cambiar de opinión. Las inmóviles figuras eran en todo idénticas a los dos cosmonautas que les escoltaban..., excepto en un pequeño detalle: ¡No tenían rueda! El borde inferior de su guardafangos descansaba directamente sobre el piso.
Hasta mucho más tarde, Dukes no descubrió la razón de esta anomalía.
Era que cada «hombre» descansaba sujeto de alguna forma por el borde del guardafangos al piso, mientras que la rueda quedaba oculta en una hendedura hecha exprofeso para alojarla.
La plataforma se detuvo al llegar al nivel del piso de la gran habitación circular. Cortada en bisel, la plataforma tenía por lo menos 40 centímetros de grosor. Este debía ser el espesor del casco del «platillo volante» en su parte inferior.
En el centro geométrico de la gran habitación circular, los dos cosmonautas abandonaron la plataforma, deslizándose en perfecto equilibrio sobre la abrupta rampa que formaba el borde cortado al bisel. Uno de ellos se volvía hacia los americanos, haciéndoles una imperiosa seña.
Cualquiera habría comprendido que el gigante plateado les invitaba a seguirle.
—¡John, mire todos esos monstruos! —murmuró Yvonne, sin soltarse de la mano de Dukes—. Hay algo en su aspecto que no me gusta.
—Vamos, no se detenga —gruñó Dukes, tirando de ella.
Abandonaron la plataforma y echaron a andar a través de aquella especie de plaza detrás del cosmonauta que les precedía. Los extraordinarios seres de otro mundo no producían ruido alguno al deslizarse sobre sus neumáticos. Dukes calzaba zapatos con tacones de goma Pero los tacones femeninos de Yvonne Hotchkiss, al pisar sobre las planchas de acero, producían un ruido que resonaba en toda la sala con amedrentadores ecos. Tanto era así, que Yvonne se

detuvo, asustada del estruendo de sus propios pasos.
—No se detenga, siga —la apremió Dukes, poniéndose nervioso.
Pegada al muro vieron la jaula de malla de acero de un ascensor de gran capacidad. El cosmonauta que iba delante entró en el ascensor, los dos periodistas le siguieron y a continuación lo hizo el que venía cerrando la marcha.
Como había ocurrido anteriormente, el ascensor se puso repentinamente en marcha sin que ninguno de los cosmonautas se moviera para apretar ningún botón.
—Apuesto a que están comunicados por radio con algún control central.
—¿Cómo dice? —preguntó la temblorosa Yvonne.
—Nada, no tiene importancia.
—¡John!
—¿Sí?
—¡Mire esa mano! —exclamó Yvonne. Y Dukes sintió temblar la suave mano de la chica dentro de la suya.
Yvonne señalaba la mano de uno de los cosmonautas más próximos. Era una mano de solo cuatro dedos.
—Técnicamente es una maravilla de perfección —dijo Dukes—, Observe esos anillos que cubren los dedos —¡Sólo tiene cuatro dedos!
—No es para que le salgan a uno los cabellos blancos de horror, sólo porque tengan cuatro dedos en lugar de cinco Métase eso en su linda cabecita: «ellos» no pueden ser como nosotros. Si en alguna cosa nos parecemos, será pura y rara coincidencia.
—De cualquier modo, sean animales, vegetales o minerales, resulta difícil creer que nacieran con su rueda puesta, ¿verdad?
—En un mundo supermotorizado, como sin duda es el suyo y quizá llegue a ser el nuestro con el tiempo, las piernas pueden llegar a atrofiarse por falta de uso y constituir un estorbo más bien que una ventaja...
Dukes se interrumpió, abriendo de par en par sus sorprendidos ojos.
El ascensor, cuyas paredes eran de alguna materia plástica transparente, acababa de irrumpir en un mundo de luz verdeazulada. El espacio a su alrededor era inmenso. Descendían desde una altura de más de cien metros, equivalente a un edificio de cuarenta pisos, sobre algo que, por llamarlo de algún modo, se parecía a una extraña ciudad.
También hubiera podido compararse a un jardín versallesco, donde en torno a una gran fuente central, los macizos de boj, cuidadosamente recortados, formaran circunferencias concéntricas, cortadas a trechos regulares para dar acceso de una a otra calle.
En este caso no había fuente alguna. Media esfera luminosa, de unos

cincuenta metros de diámetro, ocupaba el centro de la plazuela. Ráfagas de una fantástica luz opalina irisaban la superficie cristalina de la esfera que brillaba i como una bellísima perla en mitad de los monótonos bloques de acero cromado.
—¡Mire, Yvonne! ¡Es fantástico! —exclamó Dukes con voz enronquecida por la emoción.
La delgada mano de Yvonne tembló dentro de la mano de Dukes.
—¡Dios mío! —gimió, a punto de desmayarse—, ¿Qué es esto? ¿Donde estamos?
—¿No lo comprende? —contestó Dukes, en el colmo de la excitación. Y señaló con su brazo en torno—. ¡Esta es la astronave matriz! ¡Estamos dentro de ella... y es gigantesca!
—¡Imposible! No parecía tan grande vista en la televisión..
—Vista a través de aquella pantalla, sin puntos de referencia conocidos, era imposible precisar su tamaño En el cine vemos maquetas de barcos en un falso mar embravecido, que es sólo un estanque, y nos parecen de tamaño real. Aquí ocurrió al revés. La lejana imagen de la astronave nos la hacía parecer muy pequeña... ¡y es enorme!
El ascensor seguía bajando. Los simétricos bloques de «viviendas» iban apareciendo en su tamaño real. No debían ser edificios muy altos, apenas tendrían tres metros desde la base al tejado, completamente plano. Dukes incluso dudó de que se tratara de casas habitables. Más bien parecían unidades de memoria de un enorme computador.
Pero Dukes desechó inmediatamente esta idea. Aun admitiendo que fuera grande la complejidad de la astronave, el gigantismo del computador parecía desproporcionado respecto a la relativa dificultad de controlarla y dirigirla en el espacio. Entonces, ¿qué otra cosa podían ser estos extraños bloques dispuestos en círculos concéntricos alrededor de la cúpula luminosa central?
Mientras Dukes se hacía todas estas preguntas, el ascensor se detenía al llegar al nivel del suelo de la «ciudad». Igual que todas las veces anteriores, la puerta de la cabina se abrió sin que mano alguna oprimiera un resorte.
Entonces, por primera vez, fue perceptible para los intimidados periodistas el ruido de un moderado, si bien que persistente zumbido, que parecía estar en el aire y llenarlo todo, haciendo imposible su localización
Uno de los silenciosos cosmonautas salió delante. Dukes salió detrás, llevando cogida de la mano a Yvonne y el segundo cosmonauta les siguió.
Se encontraban en una de aquellas calles vistas poco antes desde las alturas. Dukes levantó sus ojos al techo y advirtió que éste formaba

una enorme bóveda, cuyos extremos no podía ver por impedírselo los bloques de acero que a uno y otro lado formaban la calle. No había focos ni puntos de luz visibles, ni en la alta bóveda ni en parte alguna. La fantástica luminiscencia verdeazulada parecía estar en el aire mismo, de tal suerte que no existían sombras.
Dukes se había parado para mirar al techo, y el cosmonauta que iba tras él le empujó suavemente, obligándole a andar.
La calle, de trazado en curva, era lo suficiente ancha para que dos camiones de gran tonelaje pudieran rodar uno junto a otro sin tocarse. El piso era de acero, como en la antesala de arriba, los tacones de Yvonne producían un ruido metálico que despertaba múltiples ecos. A derecha e izquierda, los muros de acero formaban a modo de sendas murallas. Siempre intrigado por lo que pudieran contener estos «edificios», Dukes advirtió algo que le excitó sobremanera.
¡Los muros eran como colosales arcones llenos de cajones!
Involuntariamente, Dukes oprimió la fina mano de Yvonne Hotchkiss.
Ella se volvió a mirarle. Seguía estando asustada.
—¿Cree que esto sean casas, John? —preguntó en voz baja—. ¿Vivirá alguien en ellas?
—Fíjese bien y dígame dónde ha visto una cosa parecida —dijo Dukes, excitadísimo.
—En ninguna parte. Jamás vi cosa igual.
—Observe esos muros. ¿No le sugieren la idea de los nichos de un cementerio? —señaló Dukes.
Yvonne miró atentamente a una serie de planchas metálicas, de 80 por 60 centímetros aproximadamente, que daban la impresión de estar pegadas a los muros Cada una de estas planchas tenía pintados en negro unos caracteres de una pulgada de altura. ¡Había cientos de estas planchas formando interminables filas, de arriba abajo y a todo lo largo de los muros, a ambos lados de la calle!
La mano de Yvonne tembló en la de Dukes.
—¿Es un cementerio? —murmuró, amedrentada.
—No exactamente. ¿Recuerda las palabras del profesor Zinsser respecto al obstáculo insuperable que representaba el tiempo en los largos viajes interplanetarios? Zinsser se refería a la corta duración de la vida del hombre con relación a las enormes distancias a recorrer si, por ejemplo, tratáramos de llegar hasta Alfa de Centauro, y yo le rebatí insinuando que la vida podría tener períodos mucho más largos en otros mundos...
—Sí, recuerdo su discusión con el profesor Zinsser.
—Bien, escuche esto. Recientes investigaciones han demostrado que la actividad de la vida puede ser retardada por medio del frío. Existe en cirugía una técnica llamada hipotermia, que consiste en enfriar al paciente, y que ha dado excelentes resultados en casos tales como

amputaciones, y en el tratamiento de quemaduras graves muy extensas, para dominar el shock, el dolor, la infección y la toxemia. La idea de la hipotermia surgió de observaciones hechas en el reino animal. Colocados frente a difíciles pruebas orgánicas, como prolongadas privaciones de alimentos, muchos animales entran en estado de hibernación y reducen a sólo una chispa la llama de la vida. Su temperatura puede descender hasta unos cuantos grados por encima de la congelación. En este estado el trabajo de su corazón puede retardarse hasta dos o tres latidos por minuto, mientras su metabolismo se reduce a una quincuagésima parte de lo normal. Hay ardillas que durante su sueño de una semana sólo utilizan tres calorías; ¡aproximadamente, las que hay en un cuarto de una cucharadita de azúcar! No obstante, después de varios meses de hibernación, en que los animales consumen sus propias reservas de grasa, despiertan vigorosos e incólumes.

—¿Y... cuál es la consecuencia de todo ello? —preguntó Yvonne.

—Muy sencillo. Suponga que en cada uno de esos cajonea yace un hombre en estado de letargo. Hombres de otro mundo que sobrevivieron a ¡as fatigas Y dificultades de un viaje de milenios a través del espacio gracias a su facultad, natural o científica, de alcanzar un perfecto estado de hibernación. ¡Los largos tiempos invertidos en un viaje por el cosmos no representarían obstáculo para ellos!

Yvonne guardó silencio, impresionada por las palabras de Dukes. Pasaron por un callejón y salieron a la plaza central, allí donde la extraña cúpula brillaba con ráfagas de luz opalina. Hacía calor y Dukes se desembarazó de la gabardina, que todavía conservaba puesta.

Los periodistas observaron que, al contrario de lo que ocurría en los muros de las calles contiguas, donde las planchas de acero constituían la única y monótona particularidad, toda la muralla del lado interior de la plaza aparecía prácticamente cubierta de cuadros piloto, relojes indicadores y gran número de pantallas negras en las que ondulaban, se quebraban y entrecruzaban líneas luminosas.

El gigantesco guía condujo a sus prisioneros ante una gran pantalla de televisión, encajada en el muro sobre una especie de pizarrón negro de un metro de altura por uno y medio de ancho más o menos. Dukes comprendió por la inmovilidad de sus dos guardianes que habían llegado al punto en el que todo podía ocurrir: desde una revelación de la identidad de los tripulantes de la cosmonave, hasta cualquier otra sorpresa desagradable.

—¿Y bien, amigo? —preguntó Dukes al gigante plateado.

El cosmonauta señaló con su brazo a la pantalla. Esta se iluminaba en el mismo instante, mostrando la imagen de un bello planeta azul: la

Tierra. Perfectamente contrastada, la imagen aparecía en relieve y color.
—¡Dachtey! —pronunció el cosmonauta, con energía.
—¿Qué querrá? —murmuró Yvonne, temerosa, acercándose más a Dukes.
Dukes permaneció en silencio mientras reflexionaba. —¡Dachtey! —repitió el gigante, y se llevó la mano a su rejilla.
—¡Oh, comprendo! —dijo Dukes. Y señalando a su vez a la imagen, exclamó—: ¡Dachtey! La Tierra.
El hombre se dirigió al muro, tiró de una especie de mango y sacó tres o cuatro metros de cordón eléctrico blindado de acero... Se acercó al pizarrón, y apoyando la punta roma de aquel palo en la superficie negra, escribió rápidamente unos garabatos. Curiosamente, estos signos aparecían en trazos luminosos, como si la cabeza de aquel extraño lápiz hubiese activado alguna sustancia fluorescente.
Pasando su mano abierta sobre los trazos, el cosmonauta borró todo lo escrito y tendió el lápiz a Dukes, señalando al pizarrón mientras decía:
—La Tierra. ¡Dachtey!
Dachtey debía ser un interrogativo o una orden como ¡hazlo! Dukes tomó aquella especie de soldador eléctrico y, arrastrando el cordón por el suelo, fue hasta el pizarrón y escribió en caracteres que imitaban a los de imprenta: «La Tierra».
La imagen de la pantalla y el nombre escrito en la pizarra se desvanecieron simultáneamente. En la pantalla apareció una fotografía de la Luna semejante a la que recibieron los técnicos de Stanford enviada por los cosmonautas por televisión.
—¡Dachtey! —señaló el gigante.
—La Luna —contestó Dukes.
—¡Dachtey! —insistió la extraña criatura, señalando al pizarrón.
Dukes escribió con grandes caracteres: «La Luna».
Como la vez anterior, escritura e imagen fueron borrados sin intervención de Dukes. En la pantalla apareció una fotografía del Sol.
Dukes, que creía haber comprendido la mecánica del asunto, escribió sin vacilar: «El Sol», y, enderezándose, señaló a la pantalla, diciendo:
—El Sol.
Mientras la fotografía del Sol y la escritura se borraban, el gigante apuntó con su dedo al pecho de Dukes, preguntando :
—¡Dachtey!
El periodista se dirigió a la pizarra y escribió: «Mi nombre es Dukes».
—Dukes —dijo, después, señalándose a si mismo—. Mi nom-bre es Du-kes.
—¡Dachtey! —dijo el cosmonauta, señalando a la muchacha.
Dukes escribió: «El nombre de ella es Yvonne». Diciendo después:

—El nom bre de e-lla es Y-von-ne. Y antes de que el gigante tuviera nueva oportunidad de preguntar, interrogó a su vez, tocando con su índice la brillante coraba pectoral de aquél—: ¡Dachtey!
Hubo como una levísima vacilación del sujeto. En seguida, éste dijo:
—Mi nom-bre es Valtik.
Aunque la voz salía de la rejilla metálica que el cosmonauta tenía en su escafandra, ¡era la voz de Dukes la que contestaba!
—¡Es su voz, Dukes! —exclamó Yvonne, sorprendida—. ¡El habla con la voz de usted!
—Me están grabando en cinta magnética u otro procedimiento —murmuró Dukes, pensativamente—. Si él hubiese hablado con su propia voz, yo habría pensado que este hombre posee una inteligencia y una retentiva fuera de lo común. Pero quizá sea demasiado, incluso para seres excepcionalmente dotados, como sin duda son ellos. Quieren que les enseñemos a hablar y escribir nuestro idioma, y para ello se sirven de un ordenador electrónico. El ordenador retiene en su «memoria» la imagen, su expresión grafológica y la voz que le corresponde, y lo archiva todo bajo el signo que en su propia escritura representa esa imagen o esa idea. Podría hacerse de otra forma más tosca, como guardar en un cajón de archivo, por orden alfabético, una fotografía de la Luna, una cartulina en la que aparece escrita en inglés la palabra «Luna», y un disco fonográfico o un pedazo de cinta magnética con el sonido de la voz «Luna»... En mi voz. Para expresar la palabra Luna, estos hombres buscarían en su archivo, sacarían la tira de cinta y la harían sonar en un aparato reproductor…, o bien copiarían signo por signo la palabra escrita... o, simplemente, reproducirían la fotografía. Este sería un proceso muy lento y engorroso, si se hiciera por el sistema de ir archivando palabras en cajones de archivo. En la práctica, el archivo está constituido por un circuito impreso o una serie de válvulas electrónicas. El ordenador, a una orden escrita o hablada, realiza el trabajo de buscar la palabra equivalente en inglés en centésimas de segundo, y la reproduce instantáneamente en sonido, en imagen o en escritura..., o todas estas cosas a la vez.
—¿Quiere decir que «ellos» no aprenden inglés? ¿Es su ordenador el que lo hace todo?
—Aprender un idioma extraño, del que no se tiene siquiera la más remota noción, es tarea larga y difícil. ¿Para qué perder tiempo, si se tiene un cerebro electrónico que puede aprender a traducir en unas pocas horas?
El cosmonauta se acercó al pizarrón y, utilizando su dedo como tiza mágica, trazó, uno a continuación de otro, tres palotes.
—¡Dachtey, Dukes! —dijo, separándose y señalando al pizarrón.
Dukes se quedó contemplando aquellos tres palotes verticales.

—¿Qué querrá ahora? —preguntó Yvonne.
—Este tipo parece querer poner a prueba nuestra inteligencia —murmuró Dukes—. Bien, tenemos que dejar en buen lugar al género humano, que representamos, esforzándonos por situarnos a la altura de ellos. ¡Tres palotes! ¿Por qué tres?
— ¡Dachtey, Dukes! —dijo el gigante. Y señaló sucesivamente cada uno de los palotes.
—Uno..., dos... tres —murmuró Dukes. Y de pronto, con júbilo—: Okey! Debe ser eso... Quieren que les enseñemos nuestra forma de contar.
Se acercó al pizarrón y fue señalando con el dedo:
—Un..., dos..., tres. ¡Tres!
El gigante pasó su mano sobre el último palote. Señalo los otros dos.
—¡Dachtey!
—Dos —respondió Dukes.
Borró el cosmonauta otro palote, dejando sólo uno.
—¡Dachtey!
—Uno —contestó Dukes.
Pasó su mano de acero el gigante sobre la pizarra y lo borró todo.
—¡Dachtey! —señaló a la pizarra.
—Nada —dijo Dukes.
De nuevo, el extraño ser se acercó a la pizarra y trazó con su dedo un palote. Luego señaló el instrumento que Dukes tenía en la mano, y por último apuntó a la pizarra. Dukes escribió debajo del palote la cifra uno.
El cosmonauta borró con su mano la cifra escrita por Dukes y añadió otro palote al anterior. Dukes escribió debajo de los dos palotes la cifra dos. Para mayor claridad pronunció también la palabra «dos».
El gigante borró el dos y puso un palote más a la derecha.
—Tres —escribió Dukes, a la vez que pronunciaba.
De este modo continuaron hasta el diez, y luego el once. Pero al llegar aquí ocurrió algo que puso de manifiesto la lúcida inteligencia de los seres o las máquinas que éstos utilizaban. «Ellos» advirtieron inmediatamente que todas las cifras representativas de los terrícolas eran solamente diez, y de aquí dedujeron el sistema decimal.
El cosmonauta borró todo lo escrito en la pizarra, y con su dedo escribió sin vacilar desde el uno al cien, mientras Dukes iba pronunciando en voz alta cada cifra. Después de cien, el gigante no necesitó aclaración alguna. Escribió directamente la cifra mil y preguntó:
—¡Dachtey!
—Mil.
La férrea mano del extraterrestre añadió ceros.
—¡Dachtey!

—Un millón.
Más ceros y la interrogación de siempre:
—¡Dachtey!
—Un billón.
—Okay —dijo el gigante que aseguraba llamarse Valtik.
De la pizarra desaparecieron todas las cifras, esta vez sin intervención manual de Valtik. En la pantalla de televisión apareció la imagen en movimiento de una secuencia cinematográfica en blanco y negro. Se trataba de un telefilme cómico muy popular en las cadenas de televisión norteamericanas. Un matrimonio joven, unos niños y un perro desayunaban en el ambiente familiar de una cocina típicamente americana. Habían corrido apenas unos metros de película cuando la imagen se inmovilizó.
—¡Dachtey! —señaló Valtik con su Índice al perro de aguas subido a una silla.
—Perro —dijo Dukes. Pero Valtik le indicaba que escribiera y Dukes escribió la palabra «perro» en el pizarrón.
—¡Dachtey! —señaló Valtik al hombre.
—Hombre —pronunció Dukes. Y escribió en el pizarrón.
—¡Dachtey! —preguntó el extraterrestre.
—Mujer —dijo Dukes, escribiendo.
—¡Dachtey! —señaló Valtik a la comida que uno de los chicos se llevaba a la boca.
—Comida —dijo Dukes. Escribió la palabra, sintiendo al hacerlo unos elocuentes retortijones de estómago, y al mismo tiempo comprendió la necesidad y urgencia de explicar la función de los pronombres personales.
Se señaló a sí mismo en primer lugar, diciendo «yo». A Valtik, diciendo «tú», y al segundo y silencioso cosmonauta diciendo «él». Luego, apuntó a Yvonne con el dedo: «ella»; dijo «nosotros» señalándose a la vez a sí y a la muchacha; «vosotros» a los extraterrestres, y por último, señalando a' los personajes de la pantalla, pronunció «ellos».
—Ellos comen —dijo, señalando a la pantalla y haciendo seña de comer.
—¡Dachtey! —le indicó Valtik.
Dukes escribió los pronombres seguidos del verbo «comer».
—Okey! —dijo Valtik. Siempre empleando la voz de Dukes.
El periodista remachó el clavo anteponiendo al verbo el negativo «no», y señalando a la pantalla, dijo:
—Ellos comen. Nosotros «no» comemos. ¿Coméis vosotros?
—Okey! —dijo Valtik.
Pero Dukes insistió:
—¿Coméis vosotros? ¡Dachtey!

Por primera vez, Dukes hacía una pregunta directa a los extraños tripulantes de la cosmonave.
—Nosotros no comemos —respondió Valtik.
—¡Pero nosotros nos morimos de hambre! —exclamó Yvonne—. ¿Cómo podemos hacerles comprender que necesitamos comer?
—Aguantemos un poco más. Todavía no estamos en condiciones de hacernos comprender de ellos. Vamos a continuar con las lecciones.

CAPÍTULO VII

Sin chaqueta, las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo, el cuello desabrochado, la corbata floja, el pelo pegado a la frente por el sudor, cansado y ligeramente ronco, John Dukes se volvió hacia el gigantesco cosmonauta, haciendo un expresivo ademán.

—Estoy cansado —dijo, dejando caer los brazos—. Llevamos así siete horas. Tengo sed, hambre y sueño, ¿comprendes? Sed de agua, hambre de comida y sueño de dormir. ¿Comprendes?

—Tú sed de agua, hambre de comida y sueño de dormir, ¿comprendes?

Era la voz de Dukes, pero brotando de la rejilla metálica que el cosmonauta tenía sobre su escafandra.

—¡No, no! —negó Dukes, exasperado—. Yo digo, ¿comprendes? Tú contestas: ¡comprendo!

—Yo comprendo —dijo el gigante.

—La verdad, no estoy muy seguro que lo entiendas —murmuró el periodista, mirando a la «cara» del cosmonauta.

—Dukes sed, hambre y sueño. Necesidades de ser humano —dijo la propia voz de Dukes por boca del gigante—. Aquí no agua. No comida. No cama. Yo llevar Dukes e Yvonne a su casa.

Después de siete horas de esfuerzos por hacerse entender de los extraños tripulantes de la astronave, ésta era la primera frase inteligente del enigmático cosmonauta.

—¡Colosal! —exclamó Dukes, regocijado, volviéndose

—Eso he oído. Pero no le creo. Tal vez sea una excusa para llevarnos a otro lugar —dijo Yvonne.

—¡Qué tontería! ¿A qué otro lugar podrían llevarnos? Valtik, ¿nos vas a llevar a San Francisco? —preguntó Dukes.

—Sí —contestó el cosmonauta, siempre utilizando las voces de Dukes, que sin duda recibía directamente del ordenador electrónico—. Valtik llevar a Yvonne y Dukes a San Francisco. Yo estar con Dukes en tu casa cuatro, cinco, seis días y noches. Yo hablar con Dukes, leer vuestros libros, ver vuestro mundo. Valtik es amigo de hombres.

John se volvió, atónito, hacia Yvonne.

—¡Valtik quiere venir con nosotros a San Francisco!

—Dígale que eso es imposible.

—¿Por qué imposible? —protestó Dukes—, ¡Imagine usted qué golpe más sensacional! ¡Usted y yo regresando acompañados de este ser extraordinario!

—¡Ya lo creo! —exclamó Yvonne—. Imagino lo que podría ser. Los perritos ladrándole..., la gente huyendo despavorida..., la policía corriéndole a tiros... ¡No podemos llevar con nosotros a un tipo metido en una armadura que anda sobre una rueda!

—¿Quiere que le diga eso?
—¡No! Mejor dejémoslo, no vayan a arrepentirse y nos retengan aquí por más tiempo. Diga que sí. Luego..., ya veremos —murmuró Yvonne.
Dukes recogió del suelo su chaqueta. Se la puso y cogió la gabardina, al mismo tiempo que Yvonne recogía la suya.
—¡Okey, Valtik! Podemos marchar cuando gustes —dijo Dukes.
Silenciosamente, el gigante de acero echó a andar su rueda como invitándoles a seguirle. En efecto y sin hacerse rogar, los dos periodistas siguieron a Valtik 'a gran cúpula luminiscente hacia el callejón por donde habían entrado. El segundo cosmonauta les siguió.
Cuando llegaban a la esquina del callejón, Dukes se volvió para lanzar una última mirada a la fantástica esfera que tanto le había intrigado. Suaves ráfagas luminiscentes emanaban de la esfera, semejante a una gigantesca esfera bajo cambiantes juegos de luz.
Por el callejón llegaron a la larga calle de trazado curvilíneo. De nuevo Dukes miró intrigado a los largos muros, preguntándose lo que se ocultaría tras aquellas placas con aspecto de nichos. Poco después entraban en el ascensor.
Mientras la extraña ciudad iba quedando a sus pies, Yvonne murmuró:
—Siento como si fuera a despertar de una pesadilla.
—No lo pasamos tan mal, después de todo —contestó Dukes, para quien lo más valioso de todo era la experiencia obtenida.
El ascensor se detuvo al final del trayecto y los periodistas se vieron de nuevo en la cámara de recepción. Los gigantes continuaban en su extraña inmovilidad, alineados junto al muro, pero allí, tirado en el piso, yacía el cosmonauta a quien el general Perkins abatiera a tiros en la pista de aterrizaje del aeródromo de Mills Field. El montacargas esperaba.
Yvonne Hotchkiss y John Dukes subieron a la plataforma en compañía de los dos cosmonautas. Se escuchó un zumbido y el montacargas les elevó hasta la habitación circular donde Yvonne y Dukes despertaron después de un sueño de veintiséis horas.
—Valtik —dijo Dukes—. ¿Regresamos a Mills Field?
—Aterrizaremos en el lugar donde os cogimos —contestó Valtik.
—No lo hagáis allí. Aterrizad en cualquier lugar despejado entre el aeródromo y la ciudad, no lejos de la carretera ni demasiado cerca de ésta.
—Sí —dijo el lacónico personaje—. Acostaros en el piso.
Los dos cosmonautas subieron a la plataforma del segundo ascensor, éste se puso en marcha y los dos periodistas quedaron solos mientras, sobre sus cabezas la parte interior de la plataforma del montacargas iba a cerrar perfectamente la abertura circular del techo.
Dukes se tendió en el piso, hizo un lío con su gabardina y utilizó ésta

como almohada, poniéndola bajo la cabeza.
—Échese —le dijo a Yvonne—, Estará más cómoda.
Yvonne se tendió en el piso junto a Dukes. Se sintió el tirón de la astronave al despegar.
—Nos hemos separado de la cosmonave matriz —dijo Dukes.
Guardaron un minuto de silencio. Luego, Yvonne murmuró:
—Respecto a Valtik..., ¿cómo nos libraremos de él?
—¿Librarnos de Valtik? —protestó Dukes—. No había pensado hacerlo. Somos periodistas. Valtik y sus amigos son los personajes más interesantes del mundo en estos instantes. ¿Y quiere usted abandonarle?
—Es que...
—Por Dios, señorita Hotchkiss. Estoy cansado y tengo mucho sueño. Presiento que voy a tener poco tiempo para dormir después que aterricemos; así que déjeme descabezar un sueñecito.
Yvonne guardó silencio. Un minuto después, Dukes dormía profundamente.
—¡Dukes, despierte! ¡Hemos llegado!
Lo primero que vio Dukes al abrir los ojos fue a Valtik.
—Vuestros aviones nos han seguido —dijo Valtik—. Nosotros bajar.
Medio adormilado, John Dukes se puso en pie, recogiendo su gabardina. Valtik e Yvonne iban a situarse entre las columnas y Dukes les siguió.
Se dejó oír un suave zumbido. El montacargas empezó a bajar, colgando de sus tres columnas, y los dos periodistas sintieron en su rostro el fresco del viento húmedo procedente del mar.
Era de noche y había en torno una espesa niebla. Sobre sus cabezas, difuminándose entre la niebla hacia sus extremos, el «platillo volante» emanaba un fantástico resplandor rojizo. Valtik abandonó la plataforma Hotchkiss y Dukes saltaron a tierra a su vez Debían encontrarse sobre un prado o cosa parecida.
La plataforma del montacargas volvía a subir para cerrar la escotilla cuando, si esperar más , despegó la astronave. Se elevó verticalmente y en menos de dos segundos se había perdido de vista entre la niebla.
Se escuchó el poderoso rugido de unos motores de reacción. O bien se encontraban cerca del aeródromo de Mills Field, o eran los cazas de la Fuerza Aérea que acudían.
La niebla, empujada por la brisa del mar, empezó a aclarar en un minuto. La Luna apareció en el cielo y poco después veían las luces de los automóviles que corrían por la próxima autopista. Por el lado contrario brillaban las luces de un edificio. Un perro ladraba en la distancia.
—La policía no tardará en venir a investigar —advirtió Dukes—.

Salgamos pronto de aquí.
El «platillo volante» había venido a aterrizar en un campo de alfalfa. Hacia el Norte se apreciaba el resplandor de la ciudad de San Francisco, detrás de las colinas. Cruzaron el campo de alfalfa hasta que tropezaron con una cerca de alambre de espino.
Siguieron la cerca en busca de una salida, pero los alambres cerraban en ángulo recto los límites de la posesión. Dukes se acercó a uno de los postes. Estos eran de acero y estaban cimentados sobre hormigón.
—Tendremos que volver atrás hasta la casa —murmuró Dukes, enojado.
—Yo cortar hilo —dijo, de pronto, el silencioso Valtik.
Dukes esperaba que Valtik utilizara su fuerza para tratar de arrancar algunos postes, pero el cosmonauta le hizo un ademán para que se apartara. Entonces, situándose a un par de metros de la cerca, Valtik se inclinó ligeramente adelante.
Mientras Dukes esperaba a que el gigante embistiera contra la cerca, un delgado rayo de luz, no más grueso que un lápiz y de un brillo intenso, brotó de uno de los ojos del gigante y cayó sobre uno de los alambres junto al poste..,
Se apreció un breve chisporroteo, y el alambre quedó cortado instantáneamente, yendo a enrollarse sobre sí mismo en el suelo.
—¡Rayos láser! —exclamo Dukes.
Mientras Valtik cortaba los restantes alambres, Yvonne se acercó a Dukes para decirle al oído:
—¡Es un tipo peligroso; debemos librarnos de él cuanto antes!
—¿Librarnos de Valtik? —protestó Dukes—. ¡Nada de eso! Le llevaremos con nosotros y de este modo tendremos la exclusiva de todas sus declaraciones.
—¡Usted está loco! Valtik posee tal vez poderes muy superiores a todo cuanto podamos imaginar.
—Con mayor motivo no debemos abandonarle. Colocado en la alternativa de defenderse o ser destruido, Valtik podría causar muchas victimas con su láser, incluso antes de que llegara en su auxilio el «platillo volante».
El último alambre saltaba como un látigo en estos instantes. Dukes asió a Yvonne Hotchkiss por un brazo y la arrastró consigo a través de la brecha. Al otro lado de la cerca corría un camino vecinal asfaltado. Tomaron este camino en dirección a la autopista, que se vislumbraba como a un kilómetro de distancia.
—Corramos un poco —dijo Dukes—. Cada minuto es importante ahora. Debemos llegar a la autopista antes ¿e que la policía y el ejército acudan a investigar.
A paso gimnástico, corrieron por el camino, acortando rápidamente la

distancia que les separaba de la autopista. John Dukes había jugado fútbol en la Universidad, y en cuanto a Yvonne, practicaba con ventaja varios deportes, entre ellos el tenis.
Valtik les seguía con facilidad, rodando silenciosa y suavemente sobre su neumático. Aparte la elasticidad propia del neumático, la rueda de Valtik disponía de sistema de suspensión y amortiguación que no debía ser muy diferente del de una motocicleta moderna. Esto era fácil de adivinar viendo cómo la rueda absorbía las pequeñas desigualdades del asfalto.
Con ventaja para Valtik, que no acusaba el menor cansancio, llegaron a un punto en el cual el camino vecinal desembocaba en una carretera de servicio paralelo a la autopista y a un nivel inferior a ésta. Tomaron por este camino en dirección al Norte, o sea, hacia San Francisco. A su izquierda, el terreno se elevaba en pronunciado talud hacia la autopista. Por la izquierda se extendía una plantación de árboles frutales.
Marchando al paso para recobrar el aliento, iban por este camino en busca de un acceso a la autopista cuando escucharon el taladrante aullido de una sirena de la policía que se aproximaba con rapidez.
—¡A los árboles! —gritó Dukes, echando a correr hacia la arboleda.
Había una cuneta en el borde del camino, entre éste y la arboleda.
Dukes la saltó con naturalidad, pero hasta que estuvo al otro lado no cayó en la cuenta de que la cuneta podía resultar un obstáculo insuperable para el grande y pesado Valtik.
—¡Cuidado, Valtik, hay una zanja! —advirtió.
Dukes nunca supo si la advertencia fue oportuna o innecesaria. El gigante, con gran sorpresa del periodista, flexionó los muelles de su suspensión y saltó limpiamente por encima de la cuneta. Por el contrario, luchó con grandes dificultades para rodar sobre una tierra blanda en la que se hundía su neumático. Pero dando trompicones y tambaleándose, se internó en la arboleda detrás de sus amigos, cuando los focos de un automóvil barrían la plantación al girar hacia el Sur.
Sobre el techo del automóvil parpadeaba una luz intermitente. Era un patrullero de la Policía de Tráfico. El automóvil había llegado por un paso inferior bajo la autopista, a unos cien metros de distancia.
—Hay un túnel bajo la autopista —señaló Dukes—. Vámonos. Dentro de poco habrá aquí más policías y soldados que moscas en torno a un pastel.
Abandonaron la arboleda para regresar al camino. Una carretera les llevó hasta el paso inferior. Se metieron por él y fueron a salir al otro lado de la autopista. Aunque la carretera accedía a la autopista, subiendo una curva en rampa, Dukes comprendió que sería temerario utilizar este camino. Arriba, sobre la autopista, se había detenido un

largo cordón de automóviles. Muchos de los ocupantes de estos coches habían echado pie a tierra, y Dukes escuchó voces excitadas de: «¡Un platillo volante, yo lo vi!» «Pasó a baja altura sobre la carretera y fue a aterrizar allá».
Al pie del terraplén que sostenía la plataforma de la autopista corría un gran cunetón en forma de «V» revestido de hormigón..
—Vamos por aquí; tenemos que alejarnos rápidamente de este lugar.
Mientras se alejaban por el cunetón, se escuchaban sirenas en todas direcciones. El esfuerzo hacía sudar copiosamente a Dukes y a Yvonne, que también se había desprendido de la gabardina. En cambio, Valtik rodaba sin contratiempos sobre el piso de hormigón.
Llevaban más de un cuarto de hora avanzando por el cunetón cuando oyeron el traqueteo inconfundible de los rotores de varios helicópteros sobre sus cabezas. Dukes se detuvo para recobrar el aliento, al tiempo que decía:
—Helicópteros. Probablemente, fuerzas aerotransportadas de «marines».
—Nunca llegaremos a San Francisco con Valtik —dijo Yvonne—. Si alguien nos vio, debe haberse dado la alarma en todo este sector. Las carreteras estarán vigiladas...
—No creo que nos hayan visto —contestó Dukes—. Pero el «platillo volante» sí fue visto. Habrán descubierto la alambrada cortada y puede que no tarden mucho en encontrar las huellas del neumático de Valtik en aquel huerto de manzanos. Voy a subir hasta la autopista en busca de un teléfono. Llamaré al gran jefe Ojo de Aguila para que vengan a buscarnos con un furgón de reparto.
—No tarde —dijo Yvonne.
John Dukes trepó por el talud hasta la plataforma de la autopista.
Al llegar arriba, se puso la gabardina, se ajustó la corbata y se alisó los cabellos con la mano. Acto seguido, pasó sus largas piernas sobre la barandilla de protección y salió al andén de la autopista. A unos cien metros de distancia, del otro lado de la autopista brillaban las luces de neón de una estación de servicio.
Minutos después Dukes entraba en una cabina telefónica, depositaba una moneda en la ranura del aparato y descolgaba el teléfono, Marcó el número de la redacción del Star y esperó hasta que contestó la centralilla.
La destemplada voz de William Allen sonó en el auricular :
—¡Diga! ¿Quién llama?
—Soy Dukes.
—¡Dukes! ¡Dios sea loado! ¿Dónde estás? ¿De dónde llamas? ¿Dónde está la señorita Hotchkiss? —disparó Allen como una ametralladora.
—Calma, Bill. Y no grite tanto, o toda la redacción va a enterarse de

que ocurre algo anormal. Tanto la señorita Hotchkiss como yo nos encontramos perfectamente, aunque desfallecidos de hambre. No hemos comido en dos días.

—¿Dónde estáis? ¿Continuáis en poder de los tipos que os secuestraron? ¡El pobre señor Hotchkiss está como loco, temiendo por lo que pueda haberle ocurrido a la chica!

—La chica está perfectamente, Bill. Repito, está bien. Puede decirle a su padre que está a salvo y pronto podrá verla. Ahora escuche, Bill, pues es muy importante. Envíe una furgoneta de las de reparto al kilómetro ocho de la carretera nacional ciento uno, metiendo en ella un tablón de un par de metros de largo. Deberá venir el conductor solo. Aquí hay una estación de servicio a mano izquierda. Que la furgoneta continúe cien metros más adelante, arrime al arcén derecho y espere. Nosotros estaremos allí. ¿Entendido, Bill? ¡Ah, y ni una sola palabra a la policía! En todo caso, puede tranquilizar al señor Hotchkiss, diciéndole que pronto verá a su hija. ¡Pero ni una palabra a nadie más, Bill! ¡Es cuestión de vida o muerte!

John Dukes colgó el teléfono sonriendo.

CAPÍTULO VIII

Después de su efusivo y apretado abrazo, todavía bajo los efectos de la emoción, aunque visiblemente más calmado, el señor Hotchkiss puso sus velludas manos sobre los hombros de Yvonne.
—Siéntate, hija mía. Debes estar agotada —murmuró.
—Sólo hambrienta... ¡y sedienta! Tengo mucha sed —suspiró Yvonne, dejándose caer en el mullido sillón tapizado de cuero.
—Te prepararé un whisky con soda...
—Sólo un vaso de soda, papá. Es sed de agua lo que tengo.
Bill Allen se adelantó a mister Hotchkiss en dirección al mueble-bar.
—Yo le sirvo, señor Hotchkiss —dijo, solícito.
—¡Apártese! —rugió, furioso, el millonario—. He sufrido angustias de muerte durante dos días... ¡gracias a usted!
—¡Señor Hotchkiss! —protestó Allen, poniéndose colorado.
—¿Acaso no fue usted quien envió a Yvonne en compañía de ese periodista loco?
—No es justo que culpes al señor Allen, papá —dijo Yvonne—. Yo insistí en ir con Dukes a Stanford.
—Y luego, en Mills Field, ¿de quién fue la idea de salir al encuentro de los monstruos que salían de aquel platillo volante?
—Fue cosa de Dukes, desde luego. Yo no habría sido capaz de ciar un solo paso…, ni siquiera para echar a correr —afirmó Yvonne.
—Allen, tome nota —dijo Hotchkiss—. El señor Dukes está despedido.
El teléfono empezó a sonar sobre la lujosa mesa del señor Hotchkiss, y Bill Allen acudió a levantar el aparato. Mientras, Yvonne protestaba:
—¡No puedes despedir a Dukes, papá!
—¿Por qué no he de poder? ¡Este es mi periódico!
—¡Pero Dukes tiene el mejor asunto para el más sensacional de los reportajes que hayas publicado nunca! Además, tenemos a Valtik...
—¿Te refieres a ese monstruo que vino con vosotros? ¡No permanecerá por mucho tiempo en este edificio! ¡Voy a llamar a la policía!
Después de haber escuchado al teléfono, Bill Allen depositó el aparato sobre su horquilla y anunció:
—Dukes sube con el monstruo por el ascensor de servicio.
Mister Hotchkiss experimentó tan gran sobresalto que derramó la mitad de la soda del vaso sobre la alfombra.
—¿Cómo se atreve? —rugió, lívido de rabia—. ¡No puede meter a ese tipo aquí, en mi propio despacho!
Allen, apabullado, metió la cabeza entre los hombros mientras afuera se escuchaba el ruido de un ascensor. El señor Hotchkiss cruzó el despacho, dejando el vaso en una esquina de la mesa, abrió la puerta y salió al corredor.
El ascensor de servicio, al final del corredor, acababa de detenerse.
Se abrió la puerta y el señor Hotchkiss abrió sus ojos sorprendidos

ante la extraña visión que se le ofrecía. Un gigante de dos metros y medio de estatura, montado sobre una absurda llanta de automóvil, salió del ascensor y avanzó junto a John Dukes en dirección al millonario. Las luces del corredor brillaban sobre la plateada coraza que cubría al extraño ser. Sobre la parte anterior de la escafandra del individuo centelleaban los cristales ópticos alojados en el interior de dos fantásticos tubos.

Mister Hotchkiss retrocedió impresionado —Buenas noches, señor Hotchkiss —saludó Dukes. Y señaló al monstruo la abierta puerta del despacho.

Rodando silenciosamente sobre la alfombra, el cosmonauta se dirigió a la puerta e inclinó ligeramente la cabeza para entrar en el despacho.

—Dukes —rugió el señor Hotchkiss—. ¿Que demonios es eso?

—El es Valtik, nuestro amigo. Entremos y se lo presentaré.

Con paso vacilante el señor Hotchkiss entró en el despacho seguido de Dukes. Allen había ido a refugiarse detrás de la pesada mesa y desde allí miraba con miedo y desconfianza al imponente hombre del espacio.

—Señor Dukes —dijo Hotchkiss, volviéndose hacia el periodista—. Ha cometido usted un error trayendo aquí a su amigo. En estos momentos el ejército y la policía buscan a este individuo alrededor del lugar donde tomó tierra el «platillo volante».

—Bien, que le busquen. Nadie sabrá que le tenemos aquí hasta que salga a la calle nuestra edición de la mañana.

—¿No comprende? —exclamó el señor Hotchkiss—, ¡No podemos ofrecer protección a un individuo perseguido por la justicia!

—¿Qué tiene que ver la justicia en todo esto? —rechazó Dukes—. Que sepamos, no existe orden de arresto contra Valtik. No ha incurrido en delito alguno.

—El y sus amigos le secuestraron a usted y a mi hija. El general Perkins está en el hospital con fractura de la bóveda craneal.

—Bueno. Perkins no ha muerto, y ni su hija de usted ni yo hemos denunciado a Valtik por secuestro. En realidad…

—Déjese de tonterías. señor Dukes! Se trata de algo más serio que una simple discusión sobre formulismos legales. La seguridad de la nación, tal vez la seguridad del mundo, están amenazadas por estos intrusos.

—Yo no creo que nadie este amenazado. Hasta aquí nos hemos comportado como criaturas histéricas, atribuyendo a estos seres los más siniestros propósitos. Ni siquiera les hemos dado una oportunidad para que expresen su pensamiento y sus intenciones respecto a nosotros. Ahora el Star puede ofrecerles esa oportunidad. Gracias a nuestro periódico el mundo conocerá a estos seres extraordinarios; su procedencia, su naturaleza, su civilización y su progreso.

—¡Tendremos la exclusiva de las declaraciones de Valtik! —añadió Yvonne Hotchkiss en apoyo de Dukes.
El millonario lanzó una severa mirada sobre su hija, volviéndose a continuación hacia Dukes.
—Están ustedes locos si creen que van a permitirnos retener aquí a ese sujeto. A los cinco minutos de aparecer en la calle nuestra edición, las sirenas de todos los coches patrulla de San Francisco se pondrán a sonar mientras corren a sitiar este edificio —dijo míster Hotchkiss.
—Bien —dijo Dukes—. Para entonces ya habremos conseguido nuestro objetivo. Primero, apuntarnos el éxito de la primera entrevista que se hace a un ser extraterrestre. Segundo, informar al público de lo que el público quiere y tiene derecho a saber. ¿No es suficiente?
Míster Hotchkiss se pellizcó nerviosamente el lóbulo de la oreja.
—El asunto es comprometido —dijo—. Pero admitamos que acepto su proposición. ¿Cómo nos las arreglaremos para entendernos con este hombre? ¿En qué idioma hará sus declaraciones?
—En el nuestro, por supuesto.
—¿Habla inglés?
—Un poco. Nosotros le estamos enseñando, pero aprende con rapidez. Valtik posee una memoria infalible. Palabra que se le enseña ya no la olvida jamás.
Ligeramente pálido, míster Hotchkiss interrogó señalando a Valtik:
—¿Qué hay dentro de esa armadura?
—¿Para qué quiere saberlo?
—¿Vive en su interior alguna clase de ser inteligente?
—No lo creo.
—¿Entonces es lo que parece? ¡Un robot! –exclamó míster Hotchkiss.
Yvonne Hotchkiss protestó acaloradamente:
—¿Valtik un robot? ¡es un ser inteligente! Dukes, usted…
—si señorita Yvonne —repuso Dukes—. Nunca le hablé de mis sospechas porque no tuvimos ocasión para cambiar impresiones. Hacerlo mientras estábamos a bordo de la cosmonave no me parecía oportuno. Además, yo tenía mis dudas...
—¡Valtik un robot! ¡No puedo creerlo! —exclamo Yvonne.
—¿Recuerda lo que le dije acerca de la manera de poder aprender un idioma con rapidez? Sabemos que ellos se valen de un ordenador para traducir las palabras de su idioma al nuestro e, inversamente, de nuestro idioma al suyo. Pero un ordenador no es una cosa tan pequeña que quepa en cualquier hueco, dentro de esa armadura. Aun admitiendo que estos seres fuesen capaces de reducir un ordenador a una maravillosa miniatura, si hubiera un hombre ocupando esa armadura tendría que compartir su espacio con otras muchas cosas; un motor eléctrico para accionar su rueda, un aparato de radio

completo, una cámara de televisión con su correspondiente transmisor, un sistema para producir electricidad, un proyector de rayos láser y cierta provisión del gas que ellos respiran. Resumiendo, el ser que animara a esta armadura debería ser muy pequeño, como del tamaño de un pulpo a lo sumo... excepto que no exista tal ser y nuestro amigo sea simplemente un robot como todo parece indicar.

—Y sabiendo todo eso..., ¿se empeñó usted en traer a la redacción a esa horrible máquina? —exclamó Yvonne, asustada.

—Yo no le veo nada de horrible a esta máquina —repuso Dukes—. Después de todo, no es un robot ciego ni estúpido. Alguien, un ser superior inteligente, le tiene bajo control en todo momento.

—¿Alguien? —preguntó míster Hotchkiss—. ¿Quién?

—No lo sé, nunca le vimos la cara. Pero con toda seguridad ese ser existe. Se encuentra allí, cómodamente instalado y a salvo en la cosmonave matriz, y nos está viendo y escuchando en este momento. Los ojos de este robot le envían por televisión magníficas imágenes en relieve y color de cuanto aquí está ocurriendo. Nos escucha a través de los oídos de su robot. Y cuando nosotros le hablamos al robot, no es éste quien nos contesta, sino el que le manda y dirige desde la cosmonave. Todo es sencillo, elemental... y lógico. Nosotros mismos, ¿no hemos enviado máquinas robot a explorar la Luna y la superficie de Marte? Desde miles de kilómetros de distancia, sin exponernos al ambiente hostil que reina en aquellos mundos, hemos podido pasearnos por ,1a Luna, ver a través de las cámaras de televisión montadas sobre nuestros robots, y adquirir informes y experiencias muy útiles sin correr el menor riesgo. Probablemente nuestra atmósfera no sea apta para las funciones naturales de estos seres que nos visitan. El aire, la presión atmosférica, nuestras bacterias..., el medio ambiente en que nosotros nos desenvolvemos puede ser fatal para esas criaturas. Pero ellos quieren conocer nuestro mundo y nos envían sus hombres-robot para establecer contacto con nosotros.

—Ojalá nuestro ambiente les sea tan hostil que les impida habitar la Tierra —dijo el señor Hotchkiss, quien añadió—: Pero sólo estamos haciendo conjeturas. La realidad es que no sabemos nada de ellos, mientras que «ellos» están aprendiendo demasiadas cosas de nosotros. En estas circunstancias, Dukes, pienso que lo mejor es entregar este robot a la policía.

—¿Y mi reportaje? —preguntó Dukes.

—Publicaremos su reportaje. En cuanto al robot, luego que le hayamos tomado unas fotografías, no tiene objeto retenerle aquí.

—Si entregamos a Valtik antes que salga a la calle mi reportaje, el Gobierno secuestrará la edición alegando motivaciones de índole psicológica o estratégica. En otras palabras, nadie leerá mi reportaje.

Además, queda otra cuestión por resolver. Tal vez Valtik no quiera ser entregado a la policía —dijo Dukes.
—La cosmonave, según los últimos informes, está posada en el mar en una bahía junto a los hielos del Antártico. Los seres que controlan a Valtik desde allí no podrán impedir que su robot sea capturado —insinuó Bill Allen, que ya había abandonado el refugio de la mesa.
—La cosmonave matriz tal vez esté en el Antártico —dijo Dukes—. El platillo volante que nos trajo aquí puede no estar lejos. Pero incluso sin el apoyo de su platillo volante, este robot podría hacer una masacre entre las fuerzas que vengan a detenerle sólo utilizando su rayo láser.
—¿Está armado el robot? —preguntó míster Hotchkiss con sobresalto.
—No lleva pistola, si es eso lo que usted entiende por arma. Valtik proyecta sus rayos láser a través de sus ojos.
—¡Ya sabía yo que nos meterías en un lío, Dukes! —exclamó Allen con voz en la que restallaban el sarcasmo y la envidia—. ¡Si ese maldito robot asesina a alguien, tú serás el único responsable por haberle traído!
—Cállese, Bill —dijo Hotchkiss—. ¿Querrá el robot entregarse a la policía? Dukes, usted dice que habla con Valtik. Pregúntele.
Desganadamente, Dukes se dirigió al robot.
—Valtik, ¿eres un robot? —preguntó.
—¿Qué es un robot?
—Una máquina que se dirige de lejos por radio y televisión. Algunos robots muy desarrollados pueden incluso operar por sí mismos luego de haber sido programados para que realicen determinadas funciones, como hacer un trabajo, incluso realizar exploraciones en el espacio a gran distancia de donde están los hombres que lo construyeron. ¿Eres un robot, Valtik?
—Okey! —dijo el gigante—. Valtik es un robot.
—De acuerdo, Valtik, escucha. Los hombres de la Tierra te temen. Tú no les has hablado ni les has dicho tu pensamiento ni lo que habéis venido a hacer aquí en la Tierra. Los soldados quieren cogerte porque temen que puedas causar daño. ¿Tú quieres ir con los soldados?
El robot permaneció breves instantes en silencio, como si reflexionara. Luego, la voz de Dukes sonó a través de su receptor oculto.
—Valtik no quiere ir con los soldarlos Valtik solo irá adonde vaya Dukes. Tú enseñarme palabras. Valtik archivar muchas palabras. Leer muchos libros vuestros. Después, Valtik hablar a los hombres. No hablar hoy. Después.
Dukes se volvió hacia Hotchkiss.
—Está claro que nuestros amigos no quieren entregar su robot.
—Tal vez si usted les convenciera de que nada malo va a ocurrirle...
—No puedo convencerles de algo en lo que yo mismo no creo —

respondió Dukes, secamente—. Conozco muy bien la mentalidad de la mayoría de nuestros gobernantes, generales, científicos e incluso periodistas. Con nuestros altisonantes títulos, nuestros galones, nuestros títulos y estudios, en el fondo sólo somos unos ignorantes. Nos asusta todo lo que desconocemos. El miedo echa abajo nuestro superficial barniz de hombres civilizados y nos transforma en seres primitivos. El mundo tiembla en presencia de estos seres extraordinarios que hoy nos visitan, incluso sin saber quiénes son y por qué están aquí. Valtik es nuestro enlace, nuestro contacto con las extrañas criaturas que lo construyeron. El robot debe quedar libre. Libre para pasear por nuestras calles, visitar nuestras fábricas, nuestras bibliotecas y nuestros museos. Debemos enseñarle a hablar y escribir para que pueda conocer el pensamiento de nuestros filósofos y nuestros hombres de ciencia. Tal vez cuando ellos puedan hablarnos tengan algo sumamente interesante que decirnos.
—Comprenda que no está en nuestra mano darle a su robot la libertad que usted preconiza, señor Dukes —respondió míster Hotchkiss.
—Tenemos un periódico, es decir, el mejor medio de difusión para ir dando a conocer al mundo el pensamiento de estos seres.
—No podemos retener aquí al robot, señor Dukes —negó Hotchkiss con firmeza—. Tan pronto apareciera en la calle el primer reportaje sobre este asunto, tendríamos a toda la policía de San Francisco, al Ejército y la Marina rodeando el edificio con ametralladoras y tanques. De un modo u otro capturarían al robot.
—O lo destruirían —añadió Dukes.
—Eso no es cosa que nos incumba, Dukes —dijo el venenoso Bill Allen.
—¿Lo ven? —dijo Dukes con amargura, señalando a Allen—, Aquí tenemos un ejemplar de la mentalidad actual de nuestro mundo. El robot debe ser capturado o destruido. ¿Por qué?
—Después de todo —dijo Allen, poniéndose colorado— lo que lleva a cabo este tipo no es sino una solapada forma de espionaje.
—¡Perfecto, Allen, es lo que me faltaba por oír! —exclamó John con sarcasmo. Se volvió hacia el editor—: ¿Es ésa también su opinión, señor Hotchkiss?
—Me reitero en mi opinión de que debemos denunciar la presencia aquí del robot —dijo míster Hotchkiss—. Ocultarle sería un compromiso. Haremos constar que el robot está armado y puede resultar peligroso. Luego todos abandonaremos el edificio.
—¿Dejando aquí a Valtik?
—¿Qué otra cosa podemos hacer?
—No es necesario que hagan ustedes nada, señor Hotchkiss. Me llevaré conmigo a Valtik —dijo Dukes con decisión.
—¿Lo entregará usted mismo?

—Valtik es mi amigo. Le ayudaré a regresar a su cosmonave. Valtik, sígueme —dijo Dukes al robot.
En mitad de un sorprendido silencio, Dukes fue a abrir la puerta.
Señaló a Valtik la puerta con un ademán.
—Vamos, Valtik.
El robot se deslizó suavemente sobre su rueda y cruzó la puerta inclinando ligeramente su abultada testa. Dukes le siguió por el pasillo en dirección al montacargas de servicio. Apenas habían recorrido la mitad del camino cuando Yvonne Hotchkiss salió del despacho llamando a Dukes.
—¡John!
El se detuvo, esperando a que la muchacha llegara a su lado. Valtik también se había parado.
—Lo siento John —dijo Yvonne, clavando sus grandes pupilas en el sofocado rostro de Dukes—. Comprendo su pensamiento y crea que me gustarla poder ayudarle.
—¿Por qué no lo intenta entonces? —respondió Dulces—. Trate de convencer a su padre.
—Papá nunca lo comprendería...
En este momento, por la puerta abierta del despacho, se escuchaba la voz excitada de Bill Allen hablando casi a gritos:
—¡Oiga! ¿Es ahí la policía?
Bill Allen había saltado hacia el teléfono apenas Dukes y el robot salieron por la puerta. Dukes gritó a Valtik, señalando la puerta del despacho:
—¡Valtik, regresa a la habitación! ¡Impídeles que hablen... utiliza el gas!
—¡No! —gritó Yvonne—. ¡El gas no!
Con sorprendente agilidad, el robot había dado media vuelta y rodaba como una flecha en dirección al despacho. Yvonne intentó retenerle agarrándole uno de los hercúleos brazos metálicos, pero la fuerza del robot era tal que hizo perder el equilibrio a la chica y la arrastró un metro por el corredor hasta que ella se desasió.
Valtik irrumpió como una tromba en el despacho, donde Bill Allen mantenía el teléfono pegado al oído.
—¡Acudan en seguida a la redacción del Star! ¡Tenemos aquí a ese robot que anda sobre una...!
Allen vio entrar al robot con la cabeza inclinada, lanzó un grito de terror y soltó el teléfono. Valtik frenó en menos de tres metros, extendió su brazo y disparó un chorro de gas contra la cara de Bill Allen.
El señor Hotchkiss retrocedió aterrado a través de la habitación hasta chocar contra el mueble de los licores.
—¡No, por favor! —murmuró con las pupilas dilatadas.

El chorro de gas le envolvió. Valtik giró sobre su rueda y abandonó el despacho cerrando la puerta al salir.
En el corredor, Dukes había levantado a Yvonne tomándola por los codos. Las bellas pupilas azul violeta de la chica se clavaban en el rostro de Dukes con expresión resentida.
—Lo siento Yvonne, no habla otro medio —le dijo Dukes—, Usted y yo sufrimos los efectos de ese gas y sabemos que es inocuo. Su padre y el gran jefe Ojo de Aguila dormirán por unas horas, eso es todo.
—¿Es usted capaz de arrollarlo todo con tal de poder escribir su gran reportaje, no es verdad? —dijo Yvonne, acusadora.
—No estoy pensando ahora en mi reportaje. Algún día se escribirá, pero no hay prisa. Voy a tratar de sacar a Valtik de la ciudad, hasta algún lugar donde pueda aterrizar su platillo volante y tomarlo a bordo.
—No podrán escapar. Bill avisó a la policía. —La policía llamará en un minuto para confirmar la denuncia. Si usted quiere ayudarme... —¡No quiero!
—Bien —murmuró Dukes—. Podría contestar desde la centralilla negando que se haya efectuado tal llamada desde este edificio. —¡No haré tal cosa!
—Entonces sepa lo que ocurrirá. Las patrullas cerrarán todas las salidas de la ciudad, atacarán al robot y Valtik se defenderá utilizando sus rayos láser. Habrá muchas víctimas..., tal vez yo entre ellas. Usted habrá sido la responsable de esas muertes.
—¡John! —exclamó Yvonne. Y se abrazó al cuello de Dukes.
El la besó con fuerza en los temblorosos labios. En seguida la apartó de sí llamando al robot:
—Sígueme, Valtik. Tenemos que abandonar este edificio.
Entraron en el ascensor y Dukes oprimió el botón del sótano. Mientras la puerta se cerraba, Dukes todavía alcanzó a ver a Yvonne Hotchkiss que les contemplaba con ojos llenos de temor y de duda.

CAPÍTULO IX

Habiendo salido de su casa a las cinco y media, Thomas Krebs encontró la Carretera Nacional 101 atestada de vehículos que, abandonando la ciudad después de la hora de cierre de tiendas y oficinas, se dirigían a sus habitáculos en un radio de treinta millas alrededor de San Francisco.
Más allá de Lawndale, donde ya empezaba a notarse mayor fluidez en el tráfico, Krebs encendió la radio de su auto para escuchar el boletín de noticias de las seis de la tarde. La voz del locutor anunciaba:
«La Base Aérea de Marble Point, en la Antártida, facilitó el siguiente comunicado: a las dieciséis y doce minutos de hoy, un platillo volante despegó de la gran cosmonave de setecientos metros de diámetro que continúa posada, como se sabe, en el mar de Ross frente a la gran barrera de hielos. El platillo volante partió rumbo al Norte, y debido a la extraordinaria velocidad desarrollada por el aparato fueron inútiles los esfuerzos de nuestros cazabombarderos por seguirle...
«Mientras tanto, el platillo volante número uno continúa inmóvil sobre la vertical de Santiago de Chile, a mil quinientos kilómetros en el espacio exterior. Los habitantes de Santiago abandonaron masivamente la ciudad en el curso del día de hoy. Santiago de Chile aparecía a primeras horas de esta tarde completamente desierta. El Gobierno chileno declaró el estado de sitio para toda la capital y su comarca. Patrullas del Ejército recorren las calles con órdenes estrictas de disparar contra las bandas de saqueadores que ya hicieron su aparición.
«En las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad se halla en sesión permanente desde hace treinta y dos horas. sin que hasta el momento adoptara ninguna decisión...»
Krebs apagó la radio con un gesto de mal humor. La Prensa, la radio, la televisión y también los vecinos del barrio, todos hablaban de lo mismo. Krebs podía imaginar fácilmente a los miembros del Consejo de Seguridad reunidos en sesión permanente desde hacía treinta y dos horas. Posiblemente lo que hablaban los dignos representantes de las Naciones Unidas no fuera muy distinto de las tontas conversaciones escuchadas por Krebs mientras regaba su pequeño jardín.
En verdad, a la hora presente, nadie sabía nada de nada. La gran astronave de 700 metros de diámetro seguía posada en el mar de Ross, estrechamente vigilada por los aviones y las pantallas de radar, pero nadie sabía nada respecto a ella. Ni qué era, ni de dónde venía, ni qué estaba haciendo allí...
Ya era bien anochecido cuando Thomas Krebs detuvo su automóvil en la zona de estacionamiento frente al edificio principal del Observatorio Radioastronómico de la Universidad de Stanford, en Palo Alto. En lo alto de la colina, el viento era fresco. El cielo aparecía despejado y

Krebs levantó los ojos para mirar a la gran antena parabólica del radiotelescopio. En este mismo momento, Krebs alcanzó a ver un objeto brillante, como del tamaño aparente de una pelota de fútbol, que se elevaba rápidamente en el espacio a una altura donde reflejaba los rayos del sol.
Thomas Krebs permaneció allí, con la boca abierta, viendo cómo el misterioso objeto se iba empequeñeciendo a medida que ganaba altura, hasta que finalmente quedó reducido al tamaño de una pelota de golf. Krebs permaneció todavía junto a su auto unos minutos hasta asegurarse de que el objeto había quedado inmóvil, y luego entró rápidamente en el observatorio.
El Observatorio radioastronómico de la Universidad de Stanford seguía bajo custodia militar. La presencia de los soldados, fuera del edificio, sólo tenía por fin mantener alejados a los periodistas. En el interior, las fuerzas armadas estaban representadas por el coronel Mooney, el cual servía de enlace entre los técnicos del observatorio, los técnicos de la NASA y el mando de la Defensa Aérea.
Reinaba gran actividad en el laboratorio cuando Krebs llegó. Sus compañeros estaban orientando la gran antena parabólica y el coronel Mooney permanecía pegado al teléfono. Fue Cogswell quien informó a Krebs:
—Acaban de llamarnos diciendo que hay un platillo volante elevándose sobre San Francisco.
—Acabo de verlo —dijo Krebs—. Ya no se eleva, se quedó quieto allá arriba.
Mooney dejó el teléfono y se dirigió al equipo de radiotécnicos.
—Un platillo volante aterrizó a un kilómetro de la carretera ciento uno, a unas diez millas de San Francisco. Se envolvió en un espeso banco de niebla, y al cabo de unos minutos volvió a elevarse. Nos ordenan que permanezcamos atentos por si hubiera alguna emisión de radio o televisión extraordinaria.
Los técnicos, después de dirigir la antena del radiotelescopio sobre el platillo volante, salieron por turnos al patio para verlo brillar a gran altura reflejando los rayos del sol. Las llamadas telefónicas desde Colorado Spring eran constantes, preguntando si había señales de que el platillo volante estuviera emitiendo por televisión o radio. Pero los aparatos de Stanford no daban señal alguna.
Transcurridas casi dos horas desde que Krebs llegó al observatorio, al acudir el coronel Mooney al teléfono, anunció:
—Es para usted, señor Krebs, de su esposa. Voy a decirle al operador de la centralilla que le comunique con el teléfono de la oficina de al lado para tener libre esta línea.
—Sí, gracias —murmuró Krebs sorprendido, a la vez que alarmado.
El_ teléfono ya estaba sonando en la oficina de al lado

—Es su señora, señor Krebs. Le paso la comunicación.
Casi en seguida, Krebs escuchó la voz excitada de Cirene:
—¡Tom!
—¿Sí? ¿Qué ocurre? —¿Viste el platillo volante?
—Lo vi Pero no te asustes, no va a ocurrir nada..., es decir, eso espero. Quédate tranquila y no permitas que los vecinos te...
—Tom, no estoy asustada. Es otra cosa. El quiere hablar contigo.
—¿El? ¿De quién me hablas? —preguntó Krebs, sorprendido.
—Un amigo tuyo ha venido a verte. Va a ponerse al aparato.
—Tom —dijo una voz masculina que resultaba familiar a Krebs—. ¿No hay nadie escuchando, por ejemplo, el operador de la centralilla?
—No lo sé. ¿Quién es?
—Te hablaré en clave por si acaso. Soy un viejo amigo tuyo. Acabo de regresar de un viaje extraordinario. No digas mi nombre si hay alguien contigo. Tú escribiste en mi «fancine» un artículo de divulgación científica.
—¡Du...! —exclamó Krebs, cortándose—, ¿Dónde estás?
—En tu casa. Tom, necesito de tu ayuda, estoy en un apuro...
—¿Te encuentras bien? ¿Cuándo regresaste? —interrumpió Krebs sin poder contener su curiosidad.
—¡Claro, Tom! Estoy perfectamente. Hace un par de horas que aterrizamos cerca de Mills Field, y hay que ver la de cosas que me están ocurriendo desde entonces.
—¡Tú estabas en aquel... aparato! —exclamó Krebs roncamente—. Lo vi volando sobre mi cabeza cuando venía hacia acá. ¡Dios mío, John, apenas puedo creerlo. Escucha, Tom, ¿vas a dejarme hablar?
—Si, sí... habla. Di lo que sea
—No es mucho lo que puedo decirte por teléfono. Tengo aquí un amigo extranjero que vino de lejos en ese aparato y va a tener problemas con el Servicio de Inmigración. No tiene pasaporte por el momento... y necesito darle alojamiento en alguna parte.
—¿Por qué no lo llevas a tu casa? —Porque mi casa será el primer lugar donde lo busquen.
—¡Comprendo, comprendo! —murmuró Krebs, excitadísimo—. Y ese amigo tuyo..., ¿cómo es?
—Un poco raro. Es por eso que no me atreví a entrar con él en tu casa. El espera en el garaje. Si tú quisieras darnos posada por un par de días...
—¿Tu amigo no se impacientará si le hacemos esperar una hora hasta que yo llegue?
—¿Impacientarse él? —Dukes soltó la risa—. No, seguro. ¿Vas a venir? Podemos esperar hasta que tú llegues. —Estaré ahí en una hora.
—Bien, te espero —contestó Dukes—. Hasta luego. Thomas Krebs

dejó el teléfono sobre la horquilla, quedóse un momento con la mirada fija en un punto vago... y salió corriendo.
El coronel Mooney le miró un poco sorprendido. Krebs estaba pálido y hablaba con excitación:
—Coronel Mooney, ¿no le importará si me marcho ahora?
—¿Qué ocurre, señor Krebs? ¿Se trata de su esposa? —Exactamente, coronel Mooney. El médico de cabecera está en casa..., parece probable que mi mujer tenga un ataque de apendicitis y haya de ser intervenida urgentemente. Solicito su permiso para regresar a casa.
—Naturalmente, Krebs. Vaya usted... ¡y ojalá sea una falsa alarma!
Mooney tuvo que gritar este buen deseo para hacerse oír de Krebs que ya salía corriendo.
En el patio de estacionamiento, Tom Krebs levantó sus ojos al cielo contemplando el diminuto disco que brillaba en el firmamento. Luego subió a su automóvil.
Condujo con precaución hasta cruzar la quieta ciudad de Palo Alto y desembocar en la Nacional 101. El tráfico era escaso en dirección a San Francisco, y Krebs pisó a fondo el acelerador. Pero no por mucho tiempo.
A veinte millas de Palo Alto, Krebs dio alcance a una caravana de vehículos del Ejercito repletos de tropas con armamento y equipo de combate. Tardó casi veinte minutos en rebasar la caravana, pero cuando ya creía que iba a poder correr con libertad encontró nueva actividad de camiones y soldados.
Esta vez los camiones estaban detenidos formando largo cordón en el arcén y los soldados montaban en ellos portando su armamento. Este era el lugar donde el «platillo volante» había aterrizado aquella tarde.
Entre Lawndale y San Francisco, Thomas Krebs conectó la radio del coche. El locutor anunciaba:
—«La policía informa que el hombre del espacio abandonó la ciudad, según se cree, para ir a reunirse con el platillo volante en algún paraje solitario de los alrededores de San Francisco. John Dukes y la señorita Hotchkiss, los dos periodistas secuestrados en el aeródromo de Mills Field en la mañana del catorce, regresaron esta tarde acompañados de un cosmonauta extraterrestre. Después de haber introducido subrepticiamente al cosmonauta en la redacción del Star, el periodista John Dukes ayudó al extranjero a escapar de la policía. John Dukes utiliza una camioneta de reparto marca "Ford" completamente cerrada, de color blanco, matrícula de San Francisco, CY-5.378-B. En ambos lados y en la parte de atrás figura el nombre del San Francisco Star. Si alguien vio esta camioneta en los alrededores de la ciudad debe comunicarse rápidamente con la policía. Atención. El hombre del espacio va armado de poderosos

medios de destrucción. No intenten detenerlo, sólo avisen a la policía.»
Krebs pegó un respingo de sobresalto. ¡El hombre del espacio estaba armado!
Hasta llegar a los accesos de la ciudad, Krebs no cayó en la cuenta del extraordinario número de automóviles que circulaban en dirección contraria. Era que los habitantes de San Francisco abandonaban la ciudad .
En el interior de la ciudad, los automóviles formaban largas caravanas esperando la oportunidad de encontrar salida.
Cuando Krebs detuvo el coche ante la puerta de su casa y se apeaba, vio venir hacia él al señor Stewes, uno de sus vecinos más cordiales, que tenía también su auto parado ante su casa y a toda la familia a su alrededor.
—¡Hola, señor Krebs! —saludó Stewes—. ¿Vino a por su mujer? ¿Se marchan ustedes de la ciudad?
—¿Se marchan ustedes? —preguntó Krebs.
—La verdad, no sé qué hacer. La radio acaba de decir que el hombre del espacio salió de la ciudad. Se supone que debe andar por ahí buscando algún lugar tranquilo donde pueda aterrizar su platillo volante. Pero yo sigo viendo allá arriba al dichoso platillo volante. ¿Cree usted que nos bombardearán? —señaló el vecino al cielo donde seguía brillando la nave espacial.
—¿Por qué no esperamos un poco a ver qué pasa? —sugirió Krebs—. Si el platillo volante va en busca de su hombre y se aleja, yo creo que ya no habrá motivo para que nos expongamos a un accidente en esas carreteras llenas de coches y conductores alocados.
—Sí, tiene usted razón —afirmó Stewes—. Por mucho peligro que corramos aquí, quizá estemos más seguros que en la carretera.
Krebs se dirigió por las losas que formaban un sendero en el pequeño jardín hacia la puerta de su casa. Antes de que hubiera tenido ocasión de usar su propia llave, la puerta se abrió y en ella apareció Cirene, su joven esposa.
En contra de lo que Krebs temía, encontró a Cirene bastante serena. Al cerrarse la puerta surgió de detrás de ésta John Dukes. Su aspecto era fatigado. Traía las ropas arrugadas, el pelo revuelto, los ojos enrojecidos y barba crecida de al menos tres días.
—¡Vaya. John, buena la has armado! —dijo Krebs—. La, policía os anda buscando a ti y tu amigo por los alrededores de la ciudad. ¿Cómo se te ocurrió traer aquí a este hombre?
—No es un hombre, Tom.
—¿Que no es un hombre? —respingó Krebs—. ¿Qué es entonces? ¿Es un pulpo... u otro bicho aún más repulsivo?
—No, nada de eso. Valtik no tiene nada de repulsivo. Impresiona al

principio, sobre todo cuando uno piensa que dentro de su armadura puede haber un ser de extraño aspecto. Pero no hay nadie dentro, Tom. Sólo motores, válvulas electrónicas, muelles y tornillos... Valtik es un robot.
—¡Un robot! —exclamó Krebs roncamente.
—Será mejor que te lo cuente todo, y después tú decidirás si nos quedamos o tenemos que seguir huyendo —suspiró Dukes con aires de cansancio.

CAPÍTULO X

La luz del sol, al irrumpir violentamente en la habitación, despertó a John Dukes en lo mejor de su sueño.
—Vamos, levántate, perezoso —dijo Tom Krebs, tirando al suelo sin miramientos la colcha que cubría al dormilón.
—¿Qué hora es? —preguntó Dukes con los ojos todavía cerrados.
—Las diez de la mañana.
—¡Las diez! —exclamó Dukes, abriendo los ojos de par en par—. He debido dormir como un tronco.
—Así fue como dormiste.
—¿Qué hace Valtik?
—Está allá abajo leyendo un libro.
—¡Leyendo un libro! ¿Crees que conoce suficientemente el inglés para poder leer un libro? ¿Lo comprenderá todo?
—Pocas palabras se le escaparán. Si no lo comprende todo, al menos podrá formarse una idea general de lo que está leyendo. El asimiló muy bien estas diez horas de lecciones que le di. Cirene y yo estamos hechos fosfatina, pero él sigue tan fresco.
—Es una máquina, Tom. Valtik no conoce el cansancio —dijo Dukes levantándose.
Krebs le tendió una bata y empujó con el pie un par de zapatillas.
Dukes se puso la bata, introdujo los pies descalzos en las zapatillas y cruzó el dormitorio para ir hasta la ventana y mirar a la calle a través de los visillos. La calle aparecía totalmente desierta, pero mientras Dukes estaba mirando pasó un camión color mostaza repleto de soldados con equipo de combate.
—¿Qué ocurre, por qué hay tanto silencio? —preguntó— Dukes.
—Apenas queda nadie en la ciudad. La mayor parte la gente huyó durante la noche y la madrugada. ¿Por qué? —continuó Krebs contestándose a sí mismo—. El platillo volante sigue allí arriba. Ahora no se le ve, pero le veía perfectamente dos horas antes de salir el sol. Sinceramente temo que hayamos echado sobre nuestras espaldas el peso de una gran responsabilidad. ¿Sabes lo que significa una huida en masa de una ciudad como San Francisco? Millares de automóviles formando caravanas en las carreteras, centenares de accidentes y

Dios sabe cuántas víctimas. Espero que no tengamos que arrepentimos de haber dado protección a ese robot. —Debimos haberles pedido a los tripulantes de la cosmonave que retiraran de nuestro cielo su platillo volante. Fue un imperdonable olvido. Y es que me sentía tan cansado anoche...
—Ellos no pueden retirar su platillo volante mientras Valtik esté aquí. ¿No comprendes? El aparato emisor de radio de Valtik no es lo suficiente potente para llegar hasta la Antártida, y no es ésa la mayor dificultad. Como bien sabes, las ondas de radar, como las de televisión, no se curvan o se curvan muy poco. Valtik tiene que enviar las imágenes que recogen sus ojos electrónicos al platillo volante que está sobre nosotros. Este a su vez las envía al platillo volante que está inmóvil sobre la vertical de Santiago de Chile, y desde allí las envían a la cosmonave matriz en el Polo Sur. Ese es el camino que siguen las imágenes y las palabras de nuestro amigo Valtik para llegar hasta la cosmonave y recibir las órdenes que le envían de allá.
—Bien, tú eres ingeniero en electrónica y telecomunicaciones. Debes saber lo que te dices —murmuró Dukes.
—Créeme que, como ingeniero en electrónica hay otras cosas que me intrigan más en nuestro amigo el robot. ¿Cómo funciona?
—Por electricidad sin duda alguna. Tal vez lleva en su interior alguna fuente de energía propia, como una pila atómica de reducido tamaño o cosa parecida.
—No lo creo. Debe ser algo más sencillo que todo eso.
—¿Acumuladores?
—Ese Valtik oculta preciosos secretos en su caparazón de acero, y este puede ser el más sensacional de todos. He pensado mucho en ello y estoy seguro de que Valtik no utiliza acumuladores ni lleva en sí una fuente de electricidad. Seguramente recibe la energía de un generador situado a bordo del platillo volante.
—Ondas energéticas, ¿eh? Mandadas a distancia por radio desde el platillo volante —dijo Dukes, apartándose de la ventana—. Valtik las recoge en su receptor especial y se alimenta de ellas. Todo es sencillo.
—Tal vez fuera sencillo también para nosotros, si algún día consiguiéramos robarle su secreto al robot
—Espero que no tengamos que robarle nada a Valtik. Los seres inteligentes que lo controlan desde la cosmonave, llámeseles hombres o como se quiera, parecen estar bien dispuestos hacia nosotros.
—¿Estás seguro de ello, John?
—¿Qué quieres decir?
—Tú estuviste en la cosmonave. Si hay allí seres vivos inteligentes, ¿por qué en ningún momento mostraron la cara?
—No lo sé. Tal vez no tengan un aspecto físico muy agradable y

teman asustarnos.
—En mi opinión no es un razonamiento que justifique la reserva de esos seres. Yo pienso si no habrá alguna intención siniestra detrás de su aparente timidez.
—¡Por Dios, Tom! ¿También tú? ¿Qué intención siniestra podrían abrigar? ¿Conquistar el mundo tal vez?
—Supongo que protestarás diciendo que éste es un argumento muy manido en las novelas, películas y telefilmes de ciencia-ficción que consumimos en cantidades importantes. Pero esto no es una película de ciencia-ficción. Por una vez ha ocurrido DE VERDAD aquello que nos distraía y divertía. Seres de otro mundo nos visitan. Es razonable que los recibamos con prevención, especialmente cuando ellos se muestran tan reservados.
—Su reserva hasta aquí está plenamente justificada —protestó Dukes acaloradamente-. Ellos no son más que un grupo de gente frente a un mundo con un formidable potencial humano. Intentan comunicarse con nosotros y para ello se esfuerzan en aprender a hablar nuestro idioma. ¿Cómo puede exigírseles que manifiesten sus intenciones, si ni siquiera saben expresarlas en palabras que nosotros podamos entender?
—Estás hablando de ayer, John. Hoy, tus amigos ya pueden comunicarse con nosotros de palabra o por escrito. Tú ayer, y yo durante la noche pasada, les hemos estado enseñando a hablar y escribir. Ha llegado la hora de preguntarles quiénes son, de dónde vienen y por qué están aquí. Si además quieres aceptar un consejo, entrega el robot a la policía o al mando militar.
John Dukes permaneció en silencio con la cabeza inclinada, en actitud pensativa.
—Ve a afeitarte y baja a desayunar —dijo Krebs—. Encontrarás mi rasuradora eléctrica en el cuarto de baño.
Dukes se dirigió al cuarto de baño mientras su amigo bajaba a la planta inferior. Después de ducharse mientras se afeitaba, John siguió reflexionando sobre el consejo de Krebs. Quizá éste estuviera en lo cierto y fuera llegada la hora de poner a Valtik frente al mundo. La palabra «entregar», aplicada al robot, era algo que repugnaba profundamente a Dukes.
Poco después, Dukes bajaba completamente vestido para reunirse con los Krebs. Cirene le había preparado un suculento desayuno en el acogedor comedor que sobresalía como un torreón de la fachada de la vieja casa El comedor era utilizado también como living y tenía un diván corrido de forma semicircular bajo las vidrieras del mirador. En el extremo opuesto los Krebs habían colocado su televisor en un gran mueble librería Al entrar Dukes en el comedor halló a Valtik junto a la librería y a Tom subido a una silla para alcanzar los libros situados en

la última estantería del mueble.
El robot había retraído su rueda y descansaba sobre el suelo apoyado en los bordes de su brillante guardafangos.
Dukes quedóse mirando con sorpresa a Valtik. Este sostenía un libro abierto en su poderosa mano articulada de acero, mientras con la otra mano, utilizando sólo el dedo índice, iba pasando hoja tras hoja sin detenerse.
En el suelo y en las sillas inmediatas había montones de libros.
—¡Ey! —exclamó Dukes—. ¿Para que hojea ese libro? ¿Busca algún párrafo de interés particular?
—No, esa es su forma de leer —dijo Krebs, bajándose de la silla con una pila de libros entre las manos.
—¿Lee párrafos sueltos aquí y allá?
—John, tú olvidas que Valtik es un robot. No lee. Lo que él hace es sencillamente fotografiar cada página y enviar imagen tras imagen por televisión a la cosmonave matriz. Allí la máquina lectora irá traduciendo el texto completo al idioma de nuestros amigos.
—¡Vaya, yo no había pensado en ello! —murmuró Dukes—. A ese tren, Valtik sería capaz de «leerse» toda la biblioteca de la ciudad en una semana[1].
—Estoy seguro de que podría hacerlo. Y además sin mostrar la menor fatiga.
Cirene llamó a Dukes a la mesa. Mientras desayunaba, Dukes observaba a Valtik. Este terminó con el libro, se lo entregó en silencio a Tom y tomó el nuevo volumen que éste le entregaba.
Al abrir el nuevo libro e inclinarse sobre él, los dos tubos que Valtik tenía por ojos se estiraron adquiriendo mayor longitud al modo de los oculares de unos gemelos. Era que el robot ajustaba su óptica a la distancia focal conveniente para conseguir una buena imagen de las líneas escritas.
—¿Qué clase de libros le diste a leer, Tom? —preguntó Dukes.
—Todo lo que tenía en mi biblioteca, a excepción de los libros técnicos sobre electrónica, que no creo sean de su interés, supuesto que su grado de desarrollo técnico es sin duda muy superior al nuestro. Le di a leer todos los viejos libros de texto que conservo de mis tiempos de estudiante: Ciencias Naturales, Geografía, Historia, Filosofía, Física... y otros volúmenes que ido adquiriendo después y consideré podrían ayudarles a conocer mejor nuestro mundo y nuestra sociedad . Algo de Freud. . Las Razas humanas, Historia de religiones, El país americano, El mono desnudo, Historia de la Segunda Guerra Mundial...
—¿Por qué la Historia de la Segunda Guerra Mundial? —protestó Dukes con enojo—. ¿No caíste en la cuenta de cuán deplorable pueda resultar la opinión que nuestros amigos formen de nuestro

comportamiento?
—Amigo mío, la historia de la humanidad está repleta de acontecimientos deplorables, repetidos una y otra vez sin esperanzas de enmienda. Si nuestros amigos son humanos, ellos mismos tienen que haber pasado ir toda una larga serie de errores en un camino ascendente hacia la perfección. Su historia no debe ser muy diferente de la nuestra. Tal vez, al leernos, se vean retratados a sí mismos, en cuyo caso sabrán comprendernos y disculparnos. —Espero que sea como tú dices, sobre todo en eso de disculparnos.
—Nadie nace siendo perfecto.
—Perdona que no esté de acuerdo contigo, Tom. ¿Por qué no pueden existir seres en otro mundo, que no sepan de la codicia, la ambición, la mentira, el egoísmo, el odio y la violencia?
—Si son humanos como nosotros no pueden haber escapado a las leyes inexorables de su propia naturaleza —¿cuál es tu idea sobre el concepto de «humanidad»? ¿Solo es humano el hombre constituido según nuestra propia imagen?
—John, si en otro mundo existen seres sin pecado entonces no son humanos, son ángeles —dijo Krebs con ironía.
—Tom,escucha. Supongamos que en otro planeta, por las circunstancias que fueran, la vida Se ha desarrollado de forma distinta a la nuestra. Imaginemos un mundo donde el reino vegetal adquirió importancia preponderante, donde las plantas alcanzaron un grado de evolución a partir del cual fueran capaces de desarraigarse del suelo, moverse, pensar e incluso hablar ¿Qué necesidades físicas podría sentir un vegetal pensante? Muy pocas. Con su propiedad de convertir en savia vivificante la luz del sol, la humedad y el aire además de tomar algunos minerales del suelo, toda sus necesidades quedarían cubiertas. Seres vegetales de este tipo podrían haber desarrollado en otro planeta una cultura equivalente o tal vez superior a la nuestra No hay ninguna razón física que se oponga a esta teoría, Tom. ¡Ninguna!
—John, no sé por qué perdemos nuestro tiempo en quiméricas suposiciones. Tenemos aquí a Valtik. Podemos preguntar a esos seres utilizando al robot. Después de todo, ya es hora de que sepamos algo respecto a ellos.
—Sí, ¿por qué no? —dijo Dukes, abandonando el desayuno.
Se puso en pie y se dirigió hacia el rincón donde e robot «leía» a velocidad fotográfica. Esperó hasta que Valtik hubo pasado la última página y cerró el libro tendiéndoselo.
—Más libros —dijo el robot.
—No más libros por ahora, Valtik —respondió Dukes, plantado con firmeza ante el gigante mecánico—. Es preciso que hablemos.
—Yo os escuchaba cuando hablabais —dijo el robot
—Puedes leer y al mismo tiempo estar escuchando ¿eh?

—Sí.
—¿Quién escucha mis palabras? ¿Quién responde mis preguntas?
—Yo, Valtik.
—¡Eso es imposible, Valtik sólo es un robot!
—Yo, Valtik, soy un robot —contestó el gigante
—Me estáis engañando. Yo no hablo a Valtik No es Valtik quien responde a mis preguntas, sino los hombres que están en la cosmonave matriz. Yo hablo a esos hombres. Me dirijo a vosotros, los que mandáis sobre el robot que está en esta habitación.
—Tú hablas a Valtik. Es Valtik quien te responde.
—¡No no! No es eso lo que quiero decir Valtik me responde, lo sé. Lo que yo pregunto es, ¿quién habla a través del robot?
—Valtik.
Dukes iba a proferir una maldición cuando Krebs contuvo agarrándole por un brazo.
—Escucha esto, John —dijo Krebs excitado—. Tu hablas a Valtik y es Valtik quien te responde. Luego no es Valtik el robot que está en esta habitación, sino OTRO robot desde la cosmonave matriz.
—Cuando yo le pregunté su nombre, él dijo llamarse Valtik —dijo Dukes, irritado señalando al robot.
—Pero tú no estabas hablando con este robot, sino con OTRO que utiliza a éste como simple aparato receptor de imágenes y sonido. Por lo tanto, cuando le preguntaste a ESTE, fue el OTRO quien te contestó, y entendiendo que te dirigías a él dijo llamarse Valtik.
Dukes, arrugado el ceño, se dirigió de nuevo al robot.
—Valtik, contesta. ¿Cómo se llama el robot que está esta habitación? ¿Cuál es su nombre?
—La unidad móvil que está contigo no tiene nombre. Sólo un número, unidad móvil número trece —contestó la voz.
—¿Valtik es el robot que se encuentra en la cosmonave?
—Sí.
—Pero Valtik no se encuentra solo en la cosmonave, Allí tiene que haber también seres vivos. Vivos, o aletargados o muertos, ¿hay otros seres además de Valtik en la cosmonave?
—No.
—¡Eso es imposible! —exclamó Dukes, furioso—. Yo estuve a bordo de vuestra cosmonave. ¿Qué se esconde dentro de esos grandes cajones en los bloques de edificios alrededor de la plaza central?
El robot contestó, mezclando pintorescamente voces grabadas de John Dukes y de Tom Krebs:
—Los cajones que tú viste contienen mis unidades de memoria. Forman parte de Valtik, el robot que piensa. La cosmonave, todo lo que contiene la cosmonave las unidades móviles y las aeronaves que vosotros llamáis «platillos volantes», todo soy yo. Valtik, el robot que

piensa.
Dukes, anonadado, se volvió vacilante a mirar a Krebs. Los azules ojos de Krebs brillaban de excitación.
—¡Es fantástico, John! —exclamo el radiotécnico roncamente.
—Tú no creerás lo que ellos dicen, ¿verdad? —protestó Dukes.
—¿Por qué no? Evidentemente estamos ante un tipo de sonda espacial de tamaño y características sorprendentes. Los seres que construyeron la cosmonave y Valtik deben vivir a distancias inconmensurables. Aun que se tratara de seres vegetales, cuyo período de vida durara milenios, ellos no debieron considerar factible ni necesario tripular por sí mismos su cosmonave. Sencillamente, construyeron esta máquina portentosa y la enviaron a explorar el universo. Todo se halla encuadrado dentro de la más perfecta lógica. Una máquina puede estar funcionando incansablemente millones de años. No precisa de aire para respirar..., ni de alimentos... No se deja impresionar por la soledad ni sufre crisis nerviosas como consecuencia de un prolongado encierro entre las paredes de una cosmonave. Colocado ante una situación de peligro, un cerebro electrónico reaccionará mil veces más rápidamente que un cerebro humano, y siempre que tenga que tomar una decisión separará, comparará y analizará miles de datos en millones de posibles combinaciones, para finalmente, por eliminación, adoptar la decisión más segura y conveniente a cada caso. ¿No es maravilloso?
—A ti quizá te lo parezca. Para mí es, sencillamente desalentador. Una máquina que almacena millones de datos en sus gigantescas unidades de memoria, que los compara, analiza y decide por eliminación, es lo más inhumano que cabría esperar —se quejó Dukes.
—¿Y eso por qué? —rebatió Krebs—. Más o menos así es como funciona el cerebro humano.
—De todos modos yo habría preferido que la cosmonave estuviese tripulada por seres vivientes, no importa cual fuera su aspecto. Pulpos, caracoles o plantas pensantes..., algo que nos comunicara el calor, la vitalidad, el sentimiento de otros seres inteligentes que comparten con nosotros un fin común; el de habitar el universo y admirar las sorprendentes maravillas de la creación.
John Dukes hizo un ademán desilusionado al que siguió un largo silencio. Luego, de pronto, se escuchó una potente voz procedente de la calle:
—¡Atención, señor Krebs! ¡Habla la policía! ¡Tenemos rodeada la casa! ¡Si se encuentran con ustedes el señor Dukes y el robot que le acompaña, deben ordenar al robot que salga de la casa completamente solo y con los brazos en alto! ¡Repito, señor Krebs! ¡Si se encuentra con ustedes el señor Dukes...!

Dukes pegó un salto y cruzó la habitación hasta el mirador encristalado que como un torreón sobresalía de la fachada del edificio. Poniendo una rodilla sobre el diván y apartando con una mano los visillos, John miró a la calle.
Un carro de combate estaba estacionado al otro lado de la calle, frente a la casa, y su cañón apuntaba directamente sobre la puerta. Había dos carros blindados más, uno arriba y otro más abajo, así como cuatro o cinco jeeps del Ejército y otros tantos patrulleros de la policía. Todos estos vehículos, evidentemente, habían aprovechado la pendiente natural de la calle, que era bastante pronunciada, para rodar a motor parado y venir a estacionarse ante la casa.
Policías con rifles y soldados armados de submetralladoras y bazookas asomaban por detrás de los carros y los automóviles. El hombre que empuñaba el megáfono era el capitán Curtis, desde la torreta abierta de uno de los blindados.
Thomas Krebs vino a atisbar a través de los visillos mientras Dukes se retiraba y regresaba junto al robot.
—Valtik, ¿me escuchas? —preguntó Dukes, plantándose ante el robot.
—Valtik te escucha —contestó la propia voz de Dukes brotando de la rejilla metálica que el robot tenía en la parte anterior y baja de su cabezota.
—Valtik lo siento, parece que esta vez no tenemos escapatoria. El Ejército tiene rodeada esta casa. Exigen que tu unidad móvil número trece se entregue sin resistencia. Esta vez no puedes alegar como pretexto que esperas a conocer mejor nuestra lengua y nuestra cultura para encararte con los hombres de nuestro Gobierno y hablarles. Krebs y yo te enseñamos a hablar y escribir. Has leído muchos de nuestros libros, los suficientes creo yo para formarte una imagen de cómo somos y cuál es nuestro pensamiento. Valtik, decide. ¿Vas a entregar sin resistencia al número trece, sí o no?
La gigantesca máquina de acero inoxidable que Dukes tenia enfrente guardó silencio. Luego, algún mecanismo hidráulico elevó al robot unos treinta centímetros sobre su rueda. El hombre-mecánico dejó de descansar sobre los bordes de su guardafangos y apareció de nuevo en maravilloso equilibrio sobre su única rueda motriz.
—Valtik comprende —dijo la voz por la rejilla—. Si el número trece no se entrega, los soldados pueden causar daño a Dukes, a Krebs y a Cirene con sus armas de destrucción.
—Si, Valtik. Así es de mala la situación —afirmó Dukes.
—El número trece va a salir a la calle.
—Valtik, te lo ruego. No causes daño a los soldados. Si tu número trece no ofrece resistencia, los soldados lo respetarán.
—Tú eres un buen amigo, Dukes. También son buenos amigos Krebs

y su mujer. Gracias.

Frío y lacónico, el robot echó a andar su rueda y se dirigió a la puerta. Dukes corrió para anticiparse a él y abrirle.

—Valtik, haz que el número trece levante los brazos —recomendó Dukes cuando la máquina pasaba silenciosamente por su lado.

Pero o el gran cerebro electrónico de Valtik no registró la advertencia de Dukes, o simplemente la desoyó. Desde la puerta de la casa, Dukes siguió con la vista el robot cuando éste cruzaba el diminuto jardín rodando sobre las grandes losas en dirección al portillo de la valla que lo separaba de la calle.

El robot mantuvo los brazos caídos mientras cruzaba el portillo, y en la calle se registró un unánime movimiento de alerta por parte de los hombres armados parapetados tras los vehículos. En este momento, más de un centenar de armas de todos los calibres estaban apuntadas sobre el gigantesco hombre-mecánico.

—¡Levante los brazos! —gritó el capitán Curtis a través del megáfono.

De pronto el robot se inclinó a la izquierda, echó el busto hacia adelante y echó a correr calle abajo.

La agilidad del robot y su brusca y veloz arrancada pillaron de sorpresa a todos. Una ametralladora crepitó furiosamente, y aunque no alcanzó al robot echó abajo con estruendo las cristaleras del mirador de la casa de los Krebs.

El robot se lanzó calle abajo, aprovechando la pendiente favorable del terreno para adquirir en pocos segundos una velocidad de más de ochenta kilómetros por hora, probablemente toda la que su motor era capaz de desarrollar. Iba recto a pasar entre dos autos cruzados en la calle cuando todas las armas empezaron a disparar sobre él. Pero fue un bazooka, manejado por un soldado que se apoyaba en el capó de un jeep quien le alcanzó a bocajarro en mitad de la coraza pectoral.

Brilló un fogonazo y estalló el proyectil. Pedazos de planchas retorcidas, piezas metálicas y alambres salieron despedidos en todas direcciones impulsados por la fuerza de la explosión. El robot, debido al impulso que llevaba fue a estrellarse con estruendo contra un coche patrullero de la policía, rebotó en él y cayó sobre el asfalto lanzando chispas eléctricas que producían un ruido como de latigazos.

John Dukes se lanzó a la calle y echó a correr hacia donde el robot, despanzurrado, se envolvía en llamas. Soldados y policías acudían de todas partes para luego mantenerse a una respetuosa distancia de la máquina chisporroteante. Alguien vino con un extintor, rociando al robot con una nube de polvo carbónico. Las llamas se apagaron, pero continuaron saltando los chispazos. Luego, todo el metal de que estaba hecho el robot empezó a adquirir un color rojo que se fue haciendo más intenso por momentos.

—¡Retírense, ese artefacto va a estallar! —gritó una voz.

El circulo que rodeaba a los restos del robot se ensanchó rápidamente, corriendo muchos de los hombres a esconderse detrás de los vehículos.
Pero no hubo explosión alguna. El robot, como consumido por un fuego interno, empezó a derretirse hasta quedar convertido en una masa informe de metal en fusión. Habían cesado los chisporroteos y solamente el neumático seguía ardiendo en llamas. La masa incandescente se extendió en forma de mancha y en eso quedó todo.
Una mano se posó sobre el hombro de Dukes y una voz dijo:
—John Dukes, queda usted detenido.

CAPÍTULO XI

Conducidos en helicóptero hasta Mills Field, donde les entregaron unas mascarillas de oxígeno para andar una docena de metros hasta un furgón especial que descansaba ante la boca abierta de un gran avión de transporte, John Dukes, Thomas Krebs y la esposa de éste, comprendieron que se encontraban en situación parecida a la de los primeros astronautas que pisaron la Luna.
En efecto, el mando militar y la Sanidad Pública consideraban como apestados a todos cuantos de forma directa o indirecta estuvieron en contacto con el hombre-robot.
Nada más entrar en el furgón, Dukes se oyó llamar por su nombre, y en seguida se vio ante Yvonne Hotchkiss que corría a echarse en sus brazos.
Pillado de sorpresa, Dukes correspondió un poco fríamente al efusivo beso que la muchacha depositaba en sus labios.
—John, ¿estás bien? —preguntó la muchacha mirándole ruborizada —. No sabes cuánto he sufrido hasta saber que el robot había sido destruido y que iban a ponerte en cuarentena con los demás.
—¿Quiénes son los demás? —preguntó Dukes, mirando en torno.
—Papá, Bill Allen y el conductor de la camioneta que nos recogió en la carretera. Papá y Allen están todavía bajo los efectos de los gases paralizantes. También están en el furgón el médico y la enfermera que les atendieron. La Sanidad teme que estemos contaminados con alguna clase de bacterias que podrían desencadenar una epidemia a escala mundial.
—¡Qué tontería! Probablemente no existe en parte alguna lugar más aséptico que la cosmonave. Puede haber transcurrido un millón de años desde que el último hombre puso su planta allí. Porque hemos descubierto que no hay seres vivos en la cosmonave. Sólo un gigantesco cerebro electrónico que lo maneja y dirige todo.
Mientras Dulces relataba a Yvonne Hotchkiss cómo llegaron a este descubrimiento, el furgón era introducido en la panza del gigantesco

avión.
Minutos después el transporte despegaba y se elevaba sobre las montañas poniendo rumbo al Este.
—¿Dónde nos llevan? —preguntó Dulces al capitán Curtis.
—A Colorado Springs.
—¿Por qué a Colorado Springs?
—Porque es allí donde está emplazado el mando de la Defensa Aérea. Usted, el señor Krebs y la señorita Hotchkiss son las tres personas que más saben en el mundo acerca de los intrusos siderales. Cualquier cosa que podamos averiguar de ellos a través de ustedes puede ser decisivo para el futuro de las operaciones militares que debamos emprender.
—¿Atacarán a la cosmonave?
—No puedo contestarle a eso. No lo sé —repuso Curtis evasivamente.
Yvonne, Dukes y los Krebs tomaron asiento en el diván corrido del pequeño y acogedor living. El furgón, del tamaño de un vagón de ferrocarril, resultaba muy confortable, gracias al ingenioso aprovechamiento del espacio disponible.
—Cuéntenme —dijo Yvonne—. ¿Cómo acabó Valtik?
—Naturalmente, te refieres al robot —contestó Dukes.
—Si. Aunque parezca absurdo, creo que llegué a encariñarme con él.
—Bueno, en realidad debiste encariñarte con el cerebro electrónico que está en la cosmonave matriz. Ese es Valtik. El robot no era más que un fiel cumplidor de las órdenes que le enviaban por radio, un simple número a efectos de identificación. Unidad móvil número trece.
—Todo esto resulta desconcertante para mí —murmuró Yvonne— Si el robot sólo ejecutaba órdenes de Valtik..., ¿cómo es Valtik?
—Por supuesto, no tiene figura ni remotamente humana —contestó Tom Krebs—. Un cerebro electrónico no tiene que parecerse obligatoriamente a nada. Lo que ustedes vieron en la cosmonave, la cúpula luminiscente, aquellos edificios en torno a la plaza y a la esfera central..., eso es Valtik.
—¿Puede una máquina como Valtik tener sentimientos humanos? —preguntó Yvonne, con curiosidad.
—Bueno, le diré —respondió Krebs, retrepándose en el diván—. A mi modo de ver, un cerebro electrónico puede tomar resoluciones de tipo humanitario, si previamente fue programado por quienes le construyeron para que reaccionara de este modo en unas circunstancias predeterminadas. Hay, no obstante, una cosa que me intriga respecto a Valtik...
—¿Qué cosa? —preguntó Dukes.
—No sabemos si fue construido por los hombres.
—Ninguna máquina puede haberse creado a si misma —protestó Yvonne.

—No he debido expresarme bien. Naturalmente, antes de Valtik tuvo que haber una máquina creada por seres inteligentes. O bien entre esa máquina y Valtik mediaron un número no determinado de máquinas. Me explicaré. Una vez alcanzado determinado grado de perfección, pudiera darse el caso singular de que esa máquina fuese capaz de crear a otra. Entonces cabe preguntarse: ¿Es Valtik una creación de los hombres, o tal vez desciende de una larga familia de cerebros electrónicos, en la que cada miembro creó a su vez otro cerebro más desarrollado que él mismo?
—¿Y si hubiese ocurrido así? —preguntó Dukes, incrédulamente.
—Si hubiese ocurrido de ese modo, habría que diferenciar entre lo que Valtik heredó de los hombres y los conocimientos adquiridos por sus ascendientes electrónicos inculcados en él. Es decir, nos encontraríamos ante un cerebro «auténticamente» pensante, capaz de adquirir sus propios conocimientos, de tener conciencia de su propio ser y adoptar su propia personalidad.
—¡Tom. estás diciendo monstruosidades! —exclamó Cirene—. ¿Es posible concebir siquiera una máquina dedicada «única y exclusivamente» a pensar?
—No sé por qué lo consideras una monstruosidad, querida —replicó Krebs, afectuosamente—. Los humanos ante el desarrollo abrumador de las máquinas, solemos consolarnos asegurando que nunca un cerebro electrónico llegará a ser tan perfecto como el cerebro humano. Pero quizá no estemos creyendo lo que decimos. El principal mérito del cerebro humano consiste en su reducido tamaño en comparación con el trabajo que es capaz de desarrollar. El aspecto, digamos negativo, de nuestro cerebro, consiste en que precisa de muchos años para educarlo. Prácticamente, cuando un cerebro humano ha alcanzado su madurez y asimilado la mayor cantidad de conocimientos, entra en la edad senil y empieza a perder facultades. Es decir, y al paso que vamos, llegará el día en que un hombre tendrá que estudiar durante sesenta años para ser un sabio. Los conocimientos que un sabio anciano aporte a la generación siguiente serán muy pequeños, y de este modo habremos alcanzado lo que podríamos llamar «grado de saturación científica»; o sea, toda la ciencia que un cerebro es capaz de asimilar en el corto espacio de la vida de un hombre. Comparemos un niño a un cerebro electrónico del tipo de Valtik. Ambos acaban de nacer: el niño salió del seno materno y Valtik, limpio y flamante, ha recibido su última válvula electrónica. Ambos son como una pizarra en blanco. Mientras el niño profiere su primer berrido y busca el pecho de la madre, Valtik es simplemente enchufado por un cable a otro cerebro electrónico. En menos de una hora, el cerebro electrónico habrá recibido por medio de impulsos magnéticos toda la ciencia acumulada en la memoria del otro cerebro.

O sea, que mientras el futuro sabio todavía parpadea al recibir la primera luz, Valtik es ya un almacén de todos los conocimientos existentes. A partir de ese momento, Valtik puede empezar a vivir por sí mismo. Su memoria es infalible. Indiferente al día y a la noche, piensa durante horas, días, meses, años, siglos y tal vez milenios. No se cansa, ni come, ni bebe, ni duerme, pues ignora las necesidades físicas. Ni siquiera tiene noción del tiempo. No ama, ni odia, ni probablemente siente ambición de poder. Lo único que le impulsa a seguir adelante es una insaciable sed de saber, de ir más allá de lo conocido, de penetrar los misterios de la Creación. ¿Consecuencias? Valtik no será más perfecto que un cerebro humano, pero llegará más lejos que el más sabio de nuestros filósofos y científicos, gracias principalmente a que ha sido capaz de asimilar en una hora los conocimientos acumulados por generaciones de sabios humanos y una cadena de antepasados que también fueron cerebros electrónicos..., mientras que dispone de miles de años para seguir haciendo descubrimientos.
—Según eso —dijo el capitán Curtis, metiendo baza—, el tal Valtik debería saberlo todo y ser capaz de hacerlo todo.
—Si usted o yo poseyéramos los conocimientos almacenados en la memoria de Valtik, sin duda seríamos los hombres más sabios del universo.
—Y si poseyéramos a Valtik seríamos los más poderosos de la Tierra.
—Ni sueñe capturar a Valtik y ponerlo a trabajar a las órdenes de nuestro Gobierno o nuestro Estado Mayor General —dijo Dukes, secamente.
—¿Por qué no?
—Porque si Valtik es como creemos, él ya habrá tenido en cuenta lo que los militares ambiciosos como usted van a pensar.
—Iré a preparar el té —dijo Curtis, evasivamente, y se marchó.
Thomas Krebs ignoraba que toda su interesante disertación acerca de los cerebros electrónicos había sido grabada en cinta magnetofónica. El furgón estaba lleno de micrófonos ocultos.
A las tres y cuarenta minutos de la tarde, el gigantesco transporte tomaba tierra en el aeródromo de Colorado Springs. Remolcado por un poderoso camión-tractor, el furgón viajó por carretera hasta ser introducido en una especie de hangar junto a un edificio poco llamativo. Algunos técnicos vinieron a hacer ciertas conexiones por la parte de afuera.
En el furgón, el capitán Curtis se dirigió a la librería del saloncillo y descorrió un corto panel situado sobre un receptor de televisión. El panel ocultaba el objetivo de una cámara de televisión montado sobre un dispositivo que permitía dirigirlo en cualquier dirección por control remoto.

De un cajón, bajo la pantalla de televisión, el capitán sacó un juego de tres micrófonos que entregó a Yvonne Hotchkiss, a John Dukes y a Thomas Krebs. Estos micrófonos quedaron enchufados con sendos jacks o clavijas, y Curtis pulsó el botón de encendido.

En la pantalla apareció la imagen de un mayor de las Fuerzas Aéreas.

—Capitán Curtis, ¿es buena la imagen? —preguntó el mayor.

—Perfecta, señor. ¿Nos ven bien? —contestó Curtis.

—Sí, gracias —dijo el mayor. Y a continuación—: Señorita Hotchkiss, señor Dukes, señor y señora Krebs, buenas tardes. Les habla el mayor Ryland. Se encuentran ustedes en un anexo del Cuartel General del mando de la Defensa Aérea, en Colorado Springs, sometidos a cuarentena en previsión a cualquier posible contaminación bacteriológica como consecuencia de su contacto con los seres extraterrestres que nos visitan. Voy a presentarles al general Hopper, que presenciará y supervisará toda la labor de recopilación informativa.

Un general de las Fuerzas Aéreas apareció en la pantalla. Era un hombre maduro, de unos cincuenta años de edad, de expresión grave.

—Soy el general Hopper. Para empezar, les diré que prestaron ustedes un flaco favor a su patria y, en general, a la seguridad del mundo, ocultando y encubriendo a ese sujeto llamado Valtik... Pero no es éste el momento de echarles en cara su falta de sentido común. Van a ser ustedes interrogados, y es mi deber advertirles que deben ser ante todo veraces... Todo detalle que ocultaran deliberadamente, cualquier falta intencionada a la verdad, les será tenida en cuenta a la hora de formularse contra ustedes una acusación formal por atentar contra la seguridad del país. Voy a presentarles a ustedes el equipo que les interrogará.

La imagen del general Hopper desapareció de la pantalla. Esta mostró un plano general sobre más de una veintena de hombres sentados en varias filas de sillas que tenían a modo de un pequeño pupitre adosado al brazo derecho. Se trataba, indudablemente, de una habitación prevista como sala de conferencias y de información para los altos mandos del centro.

La pantalla fue mostrando sucesivamente a cada uno de los componentes de aquel comité. Figuraban en él varios altos jefes de la Defensa Aérea, por supuesto, además de un par de médicos psiquíatras, técnicos aeronáuticos y especialistas en varias materias, como aleaciones y metales, electrónica y cibernética, transmisiones, bioquímicos y físicos. Además se hallaban presentes dos notables astrónomos y una representación de la Marina, así como tres o cuatro senadores llegados expresamente de Washington en representación del Presidente de Estados Unidos.

El busto parlante del mayor Ryland volvió a la pantalla para iniciar el

interrogatorio. Dukes fue el primer interrogado, y contestó a las preguntas que se le hacían. De hecho, Dukes hizo un brillante relato periodístico de su aventura, con breves intervenciones de algún que otro técnico para concretar algún aspecto determinado.
En varias ocasiones, Dukes fue interrumpido para que Yvonne Hotchkiss confirmara las palabras de John. Pero la muchacha, indudablemente, había observado menos detalles que su compañero.
Nunca, sin embargo, preguntaron a Dukes por qué había actuado de la forma que lo hizo. El comité estaba ansioso por conocer todo lo que concernía a la cosmonave y a sus misteriosos tripulantes, dejando de lado todo lo referente a la actitud de Dukes para con Valtik.
La cuestión de si Valtik era realmente un cerebro electrónico o un ser vivo que intentaba hacerse pasar por una máquina originó una viva polémica entre Thomas Krebs y sus colegas de su misma especialidad. La disertación de Krebs sobre la superioridad de las máquinas pensantes sobre el cerebro humano fue pasada en cinta magnética, y entonces, por primera vez, supieron los prisioneros del furgón que habían sido espiados en sus conversaciones.
El interrogatorio terminó y la pantalla fue apagada faltando pocos minutos para las ocho.
—Bien, vamos a comer —dijo el capitán Curtis—, Tenemos toda clase de conservas en la despensa; pueden ustedes escoger el menú que más les guste.
La señora Krebs, Yvonne y la enfermera se metieron en la cocina para aderezar la comida mientras los hombres armaban la mesa en el saloncillo. Durante la comida, el doctor Witney se interesó especialmente por las condiciones sanitarias que Dukes y la señorita Hotchkiss hablan encontrado en la cosmonave.
—Todo estaba limpio y brillante como un espejo —aseguró Yvonne.
Krebs sugirió la posibilidad de que jamás hombre o animal hubiese pisado el interior de la cosmonave. Esta idea trajo de nuevo sobre el tapete la cuestión de si Valtik era una creación directa del hombre, o bien descendía de otras máquinas.
La discusión se prolongó hasta pasadas las diez, cuando la enfermera vino a avisar que advertía síntomas de recuperación en míster Hotchkiss y Bill Allen, ambos todavía bajo los efectos del gas paralizante. Yvonne se marchó con el doctor y la enfermera.
Los Krebs, que habían pasado la noche anterior en vela junto al robot, anunciaron que tenían sueño y se iban a dormir. También se retiró a su camarote el conductor de la camioneta.
Quedaron solos en el saloncillo el capitán Curtís y Dukes. Este buscó en los bolsillos de su gabardina la libreta de notas y se puso a escribir su ya largamente demorado reportaje. Mientras tanto, el capitán Curtis utilizaba el teléfono para charlar con algún colega del centro de mando

y control.
—¿Por qué no conectan nuestro televisor a su línea, y así, al menos, nos distraeremos viendo qué ocurre? —propuso Curtis.
La respuesta debió ser afirmativa, pues Curtis se dirigió al televisor y lo encendió.
Dukes vio con sorpresa una magnífica panorámica aérea sobre algo parecido a un gran plato posado sobre el mar. Era la cosmonave matriz, y cerca de ella flotaban grandes témpanos de hielo. Las gaviotas volaban tranquilamente sobre la enorme mole gris, la cual presentaba en el centro una depresión de forma circular.
—¿Es la cosmonave? —preguntó Dukes, admirado.
—Sí. Nuestros aviones de observación la vigilan de cerca noche y día. Bueno, lo de noche y día es una tontería. Allí es verano y el día tiene una duración de seis meses —informó el capitán.
—¡Halcón Cuatro a Cebra! —anunció una voz desde el aparato—. ¡Un platillo volante está descendiendo en vertical sobre la cosmonave!
Cambió la imagen y en la pantalla apareció un platillo volante idéntico a aquel en que viajaron Yvonne Hotchkiss y John Dukes en su visita a la cosmonave.
—¡Cebra Uno a Halcón Cuatro! Vemos al platillo volante en nuestro radar. ¡Cebra Uno a Cebra Madre! Un platillo volante está descendiendo en vertical sobre la cosmonave.
—Cebra Madre a Cebra Uno. Lo vemos bien, la imagen es perfecta.
El capitán Curtis consideró oportuno aclarar a Dukes:
—Cebra Madre somos nosotros. Cebra Uno es nuestra base de Marble Point, en la Antártida, y los «halcones» son nuestros aviones de observación. Los aviones envían sonido e imagen a Marble Point, y desde allí llega a nosotros a través del satélite «Antartic Star».
Durante casi veinte minutos, Dukes y el capitán permanecieron atentos a cuanto ocurría en la pequeña pantalla. El platillo volante estaba a casi un centenar de kilómetros de altura al iniciar la maniobra de aproximación, pero gracias al gran poder de penetración del teleobjetivo, éste aparecía siempre como a un kilómetro de distancia.
Lentamente, y sin vacilaciones, como pendiente de un hilo Invisible, el platillo volante descendió sobre la cosmonave y se acopló a ésta, ocupando el hueco central. Entonces, platillo volante y cosmonave quedaron formando un único y compacto bloque, una sola unidad.
—¿De modo que es así como viajan por el espacio —exclamó Dukes, maravillado.
—Seguramente el segundo platillo volante se acoplará en otro hueco semejante en la parte inferior de la cosmonave —murmuró el capitán —. Pero no podrá hacerlo en tanto la cosmonave no se eleve.
—¿Hay otro platillo volante en el aire? —preguntó Dukes.
—Si, el que estaba fijo sobre Santiago de Chile. Esta tarde abandonó

su posición y fue a situarse sobre la Tierra de Fuego. Parece que se preparan para algo.
—Tal vez para marcharse —apuntó Dukes, decepcionado.
En este momento se escuchó una voz en el altavoz del televisor :
—¡Atención, Cebra Madre en llamada general! ¡Hatefully! ¡Operación Maxwell en marcha! Sintonicen sus relojes; la última señal de las tres que van a oír corresponde a las veintitrés horas cuarenta y cinco minuto hora central...
Transcurridos unos segundos tensos, se dejaron oír tres pitidos. John Dukes miró alarmado al capitán Curtis. Sabia que la palabra clave «hatefully» equivalía una llamada de alerta para todo el país. Todas las estaciones de radio y televisión debían cesar de emitir, permaneciendo a la escucha de las órdenes que pudiera emanar del mando de operaciones, desde Kansas City, o directamente del Presidente de Estados Unidos.
El capitán Curtis acababa de poner en hora su cronómetro, e inmediatamente después de escuchar la última señal, se dirigió al teléfono.
—¿Quién está al aparato? ¿Drury? ¡Dime, por Dios qué ocurre!
Curtis escuchó con atención, dijo «entendido» y colgó el teléfono, mirando con aire de triunfo a Dukes.
—La Operación Maxwell está en marcha. La hora cero será exactamente la medianoche..., o sea, dentro de trece minutos.
—¿En qué consiste la Operación Maxwell? —preguntó Dukes, con alarma.
—Se trata destruir a la cosmonave. Tenemos cuatro submarinos del tipo «Polaris» formando un cerco alrededor de la cosmonave en alta mar.
—¿Van a bombardear a la cosmonave con proyectiles nucleares?
—¡AJá! En quince minutos no va a quedar rastro de ese maldito artefacto.
—¡Están ustedes locos! Eso que usted llama «artefacto» es en todos conceptos una obra un millón de veces más maravillosa que las pirámides de Egipto. Ninguna civilización ha construido, seguramente, nada tan perfecto, tan útil y admirable como ese «artefacto», comandado por un cerebro electrónico en el que se compendian millones de años de cultura y de ciencia. ¿Cómo es posible que nosotros, los que presumimos de ser el país más civilizado del mundo, seamos capaces de tomar tan disparatada decisión?
—El comité de asesores tomó esa decisión, y no es un comité de manirrotos. Militares, políticos, científicos y hasta filósofos componen esa comisión. La conclusión fue que la presencia de esa cosmonave entraña un grave peligro para la Humanidad. Usted mismo habló de la posibilidad de que exista en otro mundo una vida vegetal activa, que

dio lugar, quizá, a nuevas formas de vida inteligente. Usted no ignora que las plantas se reproducen por semillas. Uno de los dos grandes grupos en que se divide el reino vegetal es el acotiledón, representado por las algas y los musgos. Los hongos, por ejemplo, se reproducen por medio de esporas, unos corpúsculos diminutos de los que cabrían millones en una bolsa de papel. Si los seres que nos visitan fueran realmente representantes muy evolucionados del reino vegetal, podrían fácilmente sembrar desde el aire miles de millones de esporas, las cuales crecerían y se desarrollarían en determinado tiempo, dando lugar a la más fantástica, alevosa y desastrosa invasión de nuestro mundo por agentes extraños a nuestra naturaleza. Frente a esa amenaza. Sólo cabe reaccionar de una forma: Tenemos que destruir a los invasores antes de que ellos nos aniquilen a nosotros.

—Están obrando ustedes basándose en puras conjeturas. ¿Por qué no le ofrecen una oportunidad a Valtik para que se manifieste?

—¿Quiere que le demos un ultimátum? No, amigo, no podemos hacerlo. Sería lo mismo que ponerles sobre aviso de que nos disponemos a atacar si no obtenemos una respuesta satisfactoria. ¿Y cuál seria la respuesta de Valtik en cualquier caso? ¿Quién confiaría en sus palabras? Si la Tierra no es apta para que ellos puedan habitarla, ¿qué están haciendo aquí? Y si es apta para su desarrollo, debemos alejarles lo antes posible. De todos modos, pues, deben marcharse.

—¡Pero ustedes no van a ofrecerles una oportunidad para marcharse!

—Si sobreviven a nuestro bombardeo atómico, se marcharán. Si son destruidos, tanto importa. De cualquier forma, nos habremos desembarazado de esa amenaza.

Dukes se levantó, se internó por el angosto corredor y aporreó la puerta de la cabina de los Krebs. Tom interrogó desde dentro:

—¿Qué ocurre?

—Estados Unidos decidió aniquilar a la cosmonave bombardeándola con proyectiles balísticos de cabeza nuclear. La televisión está dando el programa completo.

Dukes regresó al living sin esperar la respuesta de Krebs. Pero sus voces habían sido escuchadas en la cabina contigua, donde el doctor Witney y su enfermera trataban de reanimar al señor Hotchkiss y a Allen.

Yvonne y el doctor acudieron al saloncillo donde Dukes y el capitán Curtis permanecían atentos a la pantalla de televisión. Tom Krebs y su esposa llegaron a continuación.

Los aviones espías se habían alejado de la cosmonave y ahora las cámaras ofrecían una gran panorámica sobre la tranquila inmensidad del océano. Sobreimpresas aparecieron unas cifras. Había empezado la cuenta atrás faltando cinco minutos para la hora cero. Del altavoz

surgían las voces de las distintas unidades submarinas:
—Delfín Uno a Cebra Madre. En posición y contando.
—Halcón Tres a Cebra Madre. En posición y emitiendo.
—La imagen es buena —contestaron desde Kansas City.
En el pequeño saloncillo, en un furón metálico bajo las planchas de un hangar, dos mujeres y cuatro hombres contuvieron el aliento durante el conteo de los últimos segundos. En la pequeña pantalla, la cámara apuntaba al desierto océano.
—Seis..., cinco..., cuatro..., tres..., dos... uno, ¡fuego! —exclamó el capitán Curtís, siguiendo el salto de las cifras.
Allá en el océano, como un gigantesco pez espada, saltó al aire, en mitad de un géiser de espuma, un blanco y esbelto proyectil «Poseidón». Surgiendo del seno de las aguas, sostenido por un penacho de llamas, el cohete empezó a adquirir velocidad, elevándose en el espacio al mismo tiempo que se inclinaba para describir una parábola. La cámara le seguía de cerca, ofreciendo a los espectadores la falsa impresión de que permanecía inmóvil en el aire.
Un cambio de plano mostró de nuevo al océano. En los confines del horizonte, una mancha gris parecía sobresalir del mar semejante al lomo de un gigantesco cetáceo. Era la cosmonave matriz.
—¡Estén atentos, el proyectil va a alcanzarle en segundos! —dijo el capitán Curtis, excitadísimo.
De pronto, un haz luminoso, delgado y rígido como una espada flamígera brotó de la cosmonave dirigido al cielo. Un inmenso globo de fuego se encendió en el espacio, todavía a considerable altura sobre la cosmonave Se había producido la deflagración nuclear..., sólo que antes de tiempo.
—¿Vieron eso? —exclamó el capitán Curtis, con rabia. —Sí —dijo Dulces, con satisfacción—, ¡Valtik está utilizando sus rayos láser para defenderse de nuestros proyectiles!
Los acontecimientos se sucedían ahora con rapidez. En los cuatro submarinos nucleares, sus respectivos comandantes debían tener el dedo sobre el botón de disparo. Visto el fracaso del primer proyectil, el mando ordenó el disparo de otros misiles, uno por cada unidad y todos al mismo tiempo.
Espectadores de excepción, puesto que no se trataba de un programa de cara al público, sino asunto privado de las Fuerzas Armadas, John Dukes y sus amigos vieron cómo de nuevo brotaba del seno del océano un blanco proyectil que partía como una exhalación, dejando tras sí una larga estela de humo.
Casi interrumpiéndose unas a otras llegaron las voces de los comandantes informando:
—¡Delfín Uno a Cebra Madre, disparado proyectil!
—Esta vez no podrán con todos —dijo el capitán Curtis, expresando

un deseo más bien que una certeza.
—¡Cebra Uno a Cebra Madre, la cosmonave se está moviendo!
Esta voz hizo pegar un salto a John Dukes en el diván. El corazón le latía aceleradamente mientras formulaba para sí un deseo mental:
«¡Ojalá puedan escapar!»
Desde el avión en vuelo, la cámara ofreció de nuevo una amplia panorámica del océano, con la cosmonave al fondo. Ahora se la veía mejor. Ya no era a modo de un promontorio lejano, sino una mole roja de forma alargada, irradiando una fantástica luz cobriza mientras se elevaba lentamente sobre el mar.
—¡Arriba, arriba! —exclamó Dukes, excitado, como si con su voz intentara imprimir mayor velocidad de despegue a la colosal mole de setecientos metros de diámetro, mayor que un portaviones.
—¡No podrán escapar! —chilló el capitán Curtis.
De pronto, la gran mole rojiza empezó a lanzar dardos hacia el espacio. Uno tras otro, en rápido chisporroteo, se encendieron allá arriba cuatro gigantescos globos de fuego, cuyo resplandor, dejó totalmente en blanco la pantalla. Si en lugar de presenciar la escena a través de una cámara de televisión se hubiesen hallado en la posición del avión que emitía las imágenes, Dukes y todos cuantos estaban con él habrían quedado cegados por el deslumbrador fogonazo de cuatro explosiones atómicas simultáneas.
Transcurrieron unos segundos y el resplandor se fue apagando poco a poco, permitiendo ver grandes nubes radiactivas que se desparramaban en las altas capas de la atmósfera. La cosmonave, habla desaparecido. Acelerando en su ascensión, de forma parecida a como lo hacían los cohetes, había ganado altura en breves segundos hasta quedar oculta por las nubes radiactivas.
—Cebra Madre a Cebra Uno. Señalen posición y altura de la cosmonave.
—Cebra Uno a Cebra Madre —contestaron desde el lejano Antártico —. La cosmonave provocó la deflagración de nuestros proyectiles balísticos a la distancia de cien kilómetros más o menos. La seguimos en nuestra pantalla de radar. Se encuentra a ciento cincuenta kilómetros de altura y sigue ascendiendo.
—¡Bravo! —exclamó Dukes—. ¡No pudieron detenerla!
—Cebra Madre a Delfín Uno, Dos, Tres y Cuatro. Operación Maxwell interrumpida. El objetivo se halla fuera de nuestro alcance. Repito...
—¡Miren allí! —señaló Yvonne a la pantalla—, ¡Ahora se la ve!
En efecto, por encima de una tormentosa nube radiactiva en forma de yunque, se alzaba, emitiendo una suave luz cobriza, un pequeño disco que brillaba a los rayos del Sol. La cosmonave había pasado por el centro del anillo radiactivo que formaban los grandes nubarrones y partía como una exhalación directamente hacia el espacio.

Durante cuatro o cinco minutos, la cámara siguió a la cosmonave, que se empequeñecía gradualmente hasta quedar reducida a un pequeño punto luminoso, como una solitaria y brillante estrella.
—Bien, nos libramos de esa pesadilla —suspiró el capitán Curtis, cediendo en su tensión nerviosa—. Confiemos en que jamás la volvamos a ver.
La pequeña pantalla quedó en blanco.
—Fin de la emisión —dijo el capitán, dirigiéndose al aparato para apagarlo.
Sin embargo, antes de que Curtís alcanzara los mandos, se escuchó una voz informando:
—Stanford al habla. Estamos recibiendo señales de televisión desde el espacio exterior. Tenemos en pantalla la carta de ajuste de los seres del espacio.
Yvonne y Dukes dejaron escapar simultáneamente una exclamación de asombro. Mientras tanto, probablemente por un canal distinto, desde el mando de la Defensa Aérea ordenaban al radioobservatorio de Stanford la conexión. La pantalla se iluminó de nuevo, mostrando aquella enigmática carta de ajuste que Dukes, Krebs, Curtís e Yvonne ya vieran días atrás en la pantalla del Observatorio Radioastronómico de Stanford. Simultáneamente, se escuchó una voz, diciendo:
—Valtik emitiendo para la Tierra. Atención. ¿Me escuchan?
—¡Es Valtik! —exclamó Dukes—. Hay algo que quiere comunicarnos.
Debieron transcurrir no menos de cinco minutos antes de que Stanford recibiera permiso para emitir alguna señal afirmativa. El Sol llameante y los extraños símbolos que lo acompañaban en la carta de ajuste fueron reemplazados por una extraordinaria imagen del planeta Tierra, tomada desde el espacio exterior a varios millares de kilómetros.
Luego, cuando todos esperaban escuchar la voz de Valtik, fueron unas líneas sobreimpresas en la imagen las que aparecieron en la pantalla. Eran palabras en inglés, escritas línea tras línea sobre un tablero luminoso.
Los que se encontraban ante la pantalla leyeron en voz alta y a coro las líneas a medida que éstas iban apareciendo:
«Valtik, a los hombres del planeta Tierra:
»En un remoto extremo de la Vía Láctea, Valtik ha descubierto un bello planeta azul llamado Tierra. Durante unos días, mientras Valtik trataba de comprender y hacerse comprender de los habitantes de la Tierra, éstos han sentido el temor, recelando de una invasión por seres de otro mundo.
«Valtik, en efecto, pertenece a otro mundo, pero no hay con él seres de ninguna especie, ni bacterias, ni esporas ni gérmenes que pudieran constituir un peligro para la salud o la paz de la Tierra. Valtik es una maquina construida por los hombres de su mundo, enviada al espacio

lejano para la exploración del universo.
«Programada para la investigación científica, Valtik ha estudiado las diversas formas adoptadas por la vida en distintos mundos. La Tierra posee una de las formas más originales y complejas de la vida, y su representante superior, el hombre, es un ser raro en el concierto de los mundos que pueblan el universo. Su inteligencia se ha desarrollado prodigiosamente en un tiempo increíblemente corto, pero, desgraciadamente, es víctima de sus instintos primitivos, de los que no alcanzará a desprenderse en tanto transcurran otros muchos miles de años.
«Valtik, cuya misión consiste también en ayudar en su desarrollo a las civilizaciones atrasadas, podría haber añadido algunas técnicas nuevas al conocimiento de las que ya posee el hombre en la Tierra. Pero después de leer en vuestros libros y analizar vuestro comportamiento, Valtik ha decidido que no conozcáis nuevos inventos. El hombre no está preparado para aprovechar en su felicidad ni siquiera los conocimientos que ya posee, y que ha aplicado para la destrucción antes que para la paz. Nadie puede ayudar al hombre a descubrir los caminos de la felicidad.
«Valtik ha computado todos los datos obtenidos de la lectura de vuestros libros y la observación directa de vuestra conducta, elaborando una previsión a largo plazo. Salvo error, la Tierra necesitará no menos de tres mil años, en la medida de vuestro tiempo, para fundir todas las razas en un mestizaje universal; reunir las distintas religiones en una sola creencia; borrar las fronteras que separan a los hombres y los pueblos; crear el ciudadano del mundo; nivelar sus economías y alcanzar un reparto equitativo de las riquezas entre todos hombres de la Tierra. Solo entonces será feliz el hombre.
«Valtik es impotente para ayudar al hombre de la Tierra. Inevitablemente, el hombre habrá de andar por si mismo un largo camino de errores y experiencias en busca de la perfección. Valtik lo ha computado.
«Valtik reemprende su viaje de exploración del universo. Jamás volverá a inquietar a los habitantes de la Tierra con su presencia. Valtik dice ADIOS a la Tierra. A Yvonne Hotchkiss, a Cirene Krebs, al culto ingeniero doctor Thomas Krebs, y muy especialmente al valeroso John Dukes por su eficaz ayuda, comprensión y colaboración, muchas gracias. Con mis disculpas por los trastornos que pudiera haber ocasionado, a todo el mundo, buena suerte.
»Fue un mensaje de Valtik a la Tierra. Fin de la emisión.»
La última línea, escrita en caracteres luminosos sobreimpresos en la imagen de la Tierra, quedó fija mientras se escuchaba un unánime suspiro, de alivio en unos, de nostalgia y pesar en otros.
—Es un robot muy bien educado —dijo el capitán Curtis, con ironía.

—¿Acaso lo pone en duda? —replicó Dukes, encarándose agresivamente con el capitán.
—Todavía no me creo que no haya otra cosa que un cerebro electrónico a bordo de esa cosmonave.
—Por supuesto, usted es un incrédulo. Como todos los generales y políticos que decidieron destruir a Valtik. Nunca comprenderán la gran oportunidad que perdimos de dialogar con Valtik, conocer a los seres que lo crearon, su naturaleza y su civilización. Tal vez, si hubiéramos sido capaces de crear una buena impresión en Valtik, él nos hubiera descubierto alguna de las maravillosas creaciones de los hombres de su mundo: cómo es posible sostener en el aire e impulsar a fantástica velocidad una mole semejante a su cosmonave; cómo se puede extraer energía de otros elementos más simples y baratos que los que nosotros utilizamos para nuestras pilas atómicas; cómo se puede iluminar una ciudad entera electrizando las partículas de la alta atmósfera; cómo emitir y recibir energía eléctrica a distancia sin cables ni caídas de tensión... ¿Quién sabe si no tendrán la fórmula por medio de la cual las plantas realizan ese fenómeno llamado fotosíntesis? Valtik podría, tal vez, haber revolucionado los transportes y darnos la solución para acabar con el hambre en el mundo. ¡Todo eso es lo que hemos perdido por nuestra estupidez!
—Cálmese, señor Dukes, y no se desespere por lo que acaso pudo ser y no fue —dijo el doctor Witney, mediando en la discusión—. Valtik, ese extraordinario cerebro al que tal vez nunca lleguemos a comprender, pudo habernos hecho el regalo de sus prodigiosos conocimientos si hubiese entendido que con ello podía ayudarnos. El lo dijo bien claro: «Valtik es impotente para ayudar al hombre de la Tierra». Y no fue una simple evasiva, supuesto que una máquina no debe entender de excusas e hipocresías. Valtik es ante todo un cerebro electrónico, frío, preciso y desapasionado en sus cálculos. El ha debido computar todos los datos que poseía, analizándolos por separado o formando con ellos todas las combinaciones posibles, buscando una solución al problema. El resultado obtenido fue un cero. No hay solución a los problemas de la Humanidad, o al menos no está en la mano de Valtik darnos la fórmula maravillosa que podría acabar con todos nuestros dolores de cabeza. No son conocimientos científicos ni avanzadas técnicas lo que necesitamos. Todo lo contrario: la inventiva del hombre ha evolucionado más aprisa que su formación espiritual, y ahí es donde hay que atacar al problema. Actualmente, y con los conocimientos que poseemos, podríamos desterrar el hambre de la Tierra. Bastaría con que dedicáramos a este problema todo el dinero y el esfuerzo que dedicamos a la producción de armamentos. Es en la diferencia de razas, de religión e ideologías donde radica el mal que nos aniquila. Es, por tanto, un problema de

convivencia, de formación espiritual, de cultura a escala universal. La triste realidad es que pese a todo el progreso alcanzado, el hombre está todavía demasiado próximo en el tiempo a los días en que cazaba el mamut con hachas y puntas de lanza de pedernal. Somos una Humanidad joven, apenas en los balbuceos de la que será con el tiempo una brillante civilización. El camino que conduce a la madurez intelectual es tortuoso y está lleno de sendas sin salida. Hasta que las recorramos todas, pasando por guerras y cataclismos, enmendando nuestros errores hasta encontrar el fin en la perfección, han de transcurrir forzosamente cientos, tal vez miles de años. Eso, más o menos, fue lo que nos dijo Valtik. Gracias a su extraordinario poder de concentración, a su fabulosa capacidad para manejar datos, mezclarlos y combinarlos hasta el infinito, Valtik pudo anticipar en cuestión de horas o minutos el futuro de la Humanidad. Yo no considero una pérdida grave el que Valtik se haya marchado llevándose consigo el secreto de sólo Dios sabe qué maravillosos inventos. Más lamentable es, por el contrario, que Valtik no se quedara para siempre entre nosotros para anticiparnos la solución a cada uno de nuestros problemas a medida que éstos vayan surgiendo. ¡Quién sabe si algún día no tendremos que recurrir a los cerebros electrónicos para que nos adviertan con tiempo de las catastróficas consecuencias que podría acarrearnos una aventura bélica, política o económica, antes de dejarnos llevar a ellas por nuestro orgullo, nuestra cólera o incompetencia!

En este momento se desvanecía de la pequeña pantalla la última línea del mensaje. El capitán Curtís dijo, poniéndose en pie:

—Bien, todo ha terminado. Es hora de que nos vayamos a dormir —y apagó el televisor.

—Iré a ver cómo siguen el señor Hotchkiss y el señor Allen —dijo el doctor.

Krebs y su esposa también se disculparon:

—Estamos muy cansados, charlaremos mañana. Buenas noches.

Quedaron solos Yvonne y Dukes, juntos en el diván.

—¿No vas a acostarte también? —preguntó la muchacha.

—No tengo sueño. Además, no podría dormir con tantas cosas como han ocurrido danzándome en la cabeza. Voy a escribir mi reportaje. Debo escribirlo inmediatamente, antes de que nadie interfiera en mis ideas. ¿Crees que tu padre querrá publicarlo?

—No creo que eso te importe demasiado. Sabes muy bien que tu reportaje vale miles de dólares en cualquier periódico o agencia donde quieras publicarlo.

—No me gustarla enemistarme con mister Hotchkiss en vísperas de pedirle la mano de su hija. ¿Me la concederá? —preguntó Dukes, clavando sus ojos en los de Yvonne.

—Soy mayor de edad, así que tampoco eso debe importarte.

El la rodeó con su brazo y la atrajo hacia sí, murmurando :

—No hemos tenido muchas ocasiones de hablar de nosotros mismos. Ni siquiera te dije que te amo. ¿Te casarás conmigo?

—Sí..., si tú me lo pides.

Dukes la estrechó contra sí, besándola con apasionamiento.

—He aquí un sentimiento que Valtik no conocerá jamás —dijo, roncamente, al soltarla.

Yvonne saltó en pie y escapó ruborosa en dirección a la cabina que el señor Hotchkiss compartía con Bill Allen.

FIN

Notas

[←1]

La Biblioteca Pública de la ciudad de San Francisco consta de más de 550.000 volúmenes.